

## Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela-Alicante)

### Una contribución al estudio del Bronce Final en la Península Ibérica (Estudio crítico 1)\*

POR OSWALDO ARTEAGA y MARÍA R. SERNA

#### I. INTRODUCCIÓN

El poblado de Los Saladares, como ya hemos expuesto en otros trabajos,<sup>1</sup> se encuentra emplazado en la ladera más suave de un pequeño cabezo (figs. 1 y 2), que se halla en el límite sur de la Huerta de Desamparados, a tres kilómetros al suroeste de la ciudad de Orihuela (Alicante) (figs. 3 y 4) y a unos treinta de la actual desembocadura del río Segura (figuras 5, 6 y 7).

El principal objetivo del trabajo crítico que aquí presentamos es el de argumentar con mayor detenimiento los resultados obtenidos en el estudio de las fases fundacionales del yacimiento, como habíamos prometido en las páginas de nuestra *Memoria Oficial*, recientemente publicada por el Ministerio de Educación y Ciencia.<sup>2</sup>

Como base de nuestra exposición hemos querido presentar la documentación del sector VIII de las excavaciones, puesto que la forma en que se depositan

los estratos en su área nos ofrece evidencias bastante claras para las comparaciones relativas que vamos a establecer.

La excavación del sector VIII de Los Saladares se llevó a cabo en la primavera de 1972, tomando parte en las labores de campo, bajo la dirección de quienes suscriben, don Vicente López Rayos, el joven descubridor del yacimiento, y doña Carmen Espinoza, que actuaron como asistentes en el lavado, numeración, dibujo y catalogación preliminar de los hallazgos, en el pequeño almacén que para tales efectos construimos en el mismo terreno de los trabajos. Don Rafael Lledó tuvo a su cargo la parte fotográfica, que damos a conocer aquí, mientras que don Manuel Soler colaboró en los variados aspectos de la topografía y planimetría de los cortes efectuados.

Durante los días de las excavaciones hemos tenido las gratas visitas de don Pedro Cartagena Bueno, alcalde de Ori-

\* El presente trabajo ha sido entregado para su publicación en 1975 y constituye el primer estudio crítico que sobre los horizontes culturales de Los Saladares esperamos ofrecer.

1. O. ARTEAGA y M. R. SERNA, *Los Saladares. Un yacimiento protohistórico en la región del Bajo Segura*, en XII Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza, 1972, págs. 437-450; ÍD., *Die Ausgrabungen von Los Saladares (Prov. Alicante)*, en *Madrider Mitteilungen*, t. 15, Heidelberg, 1974, págs. 49-56; ÍD., *Influjos fenicios en la región del Bajo Segura*, en XIII Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza, 1975, págs. 737-750; ÍD., *Los Saladares 71*, *Memoria Oficial*, en *Noticiario Arqueológico Hispánico, Arqueología*, t. 3, Madrid, 1975.

2. ARTEAGA y SERNA, *Los Saladares 71...*, citado, pág. 77.



Fig. 1. — Vista del poblado de Los Saladares desde el noroeste.



Fig. 2. — Vista del poblado de Los Saladares desde el nordeste.



Fig. 3. — Vista hacia Orihuela desde el poblado de Los Saladares.

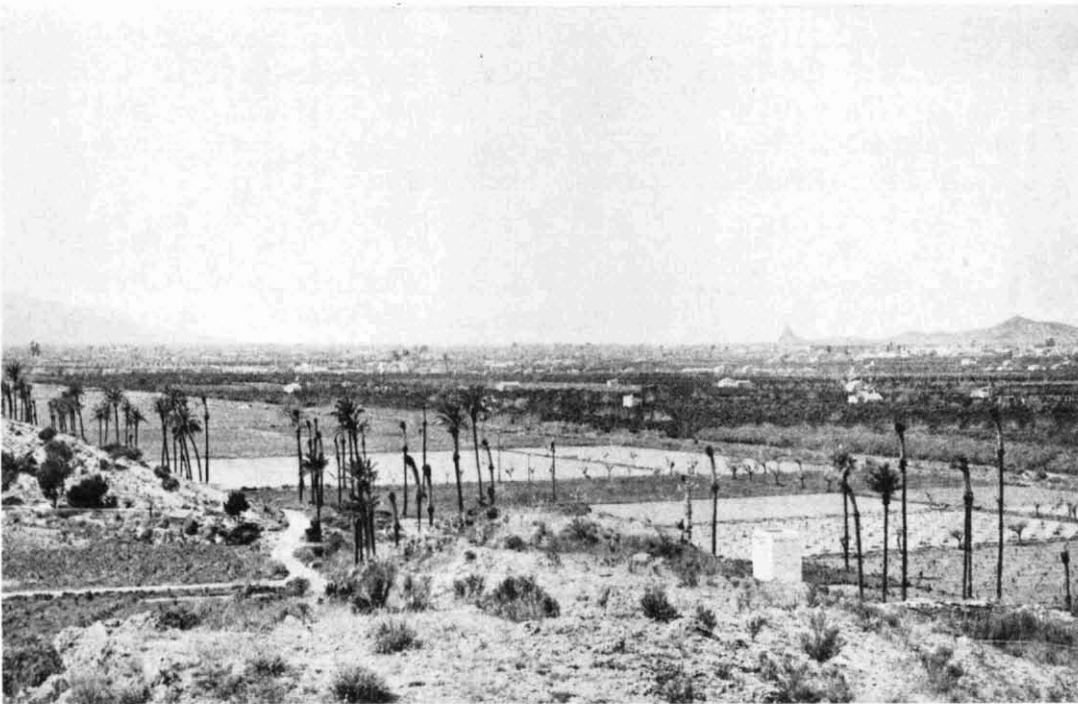


Fig. 4. — Vista hacia la vega murciana, con Monteagudo a la derecha, desde el poblado de Los Saladares.

huela y, en forma casi diaria, de don Joaquín Ezcurra Alonso, director del Museo Comarcal de esa ciudad, a quien tenemos que agradecer una vez más su constante apoyo.



Fig. 5. — Situación del poblado de Los Saladares en el sudeste de la Península Ibérica.

También se han desplazado hasta Orihuela, para visitar nuestros trabajos, don Manuel Jorge Aragonés, director del Museo Arqueológico Provincial de Murcia; don Enrique Llobregat Conesa, director del Museo Arqueológico Provincial de Alicante; don José María Soler García,

director del Museo Arqueológico Comarcal de Villena, y don Antonio Ballester Ruiz, cronista oficial de Callosa de Segura.

Extendemos nuestro profundo agradecimiento a los señores directores y conservadores de los museos provinciales y comarcales, por las grandes facilidades que nos han brindado, con un espíritu científico ejemplar, en bien del buen desarrollo de nuestros programas comparativos.

También se hace acreedor de nuestras más expresivas gracias el Prof. Dr. E. Ripoll, quien al conocer la redacción preliminar de estos resultados, en el verano de 1975, nos ofreció la oportunidad de que fuesen publicados en esta revista, después de reducir la amplitud expositiva que en un principio tenían.

Por último, aunque no por ello menos merecedores, agradecemos a la Srta. María Dolores Fernández-Posse las ilustraciones que amablemente ha realizado, en base a los materiales que se incluyen en el presente estudio, y a don Francisco García Jiménez, la confección de los planos y perfiles.

## II. LA ESTRATIGRAFÍA HORIZONTAL Y LA SECUENCIA VERTICAL EN EL SECTOR VIII DE LOS SALADARES

Para ayudar a la comprensión de la manera en que se hallaban depositados los estratos y materiales de nuestro Sector VIII, expondremos seguidamente algunas ideas sobre la sedimentación general de las diversas etapas del yacimiento, aunque más adelante las trataremos con mayores detalles, a fin de justificar las diferentes técnicas arqueológicas que hemos aplicado, según fuese la zona de excavación.

Así pues, de acuerdo con los resultados de la *estratigrafía horizontal* se pueden comprobar varios desplazamientos del área habitada que, al no ser enteramente coincidentes, motivaron las diversas *secuencias verticales* que se obtienen en los diferentes tramos de la ladera del cerro.

En lo que aquí nos interesa resaltar será conveniente que partamos de dos hechos fundamentales:

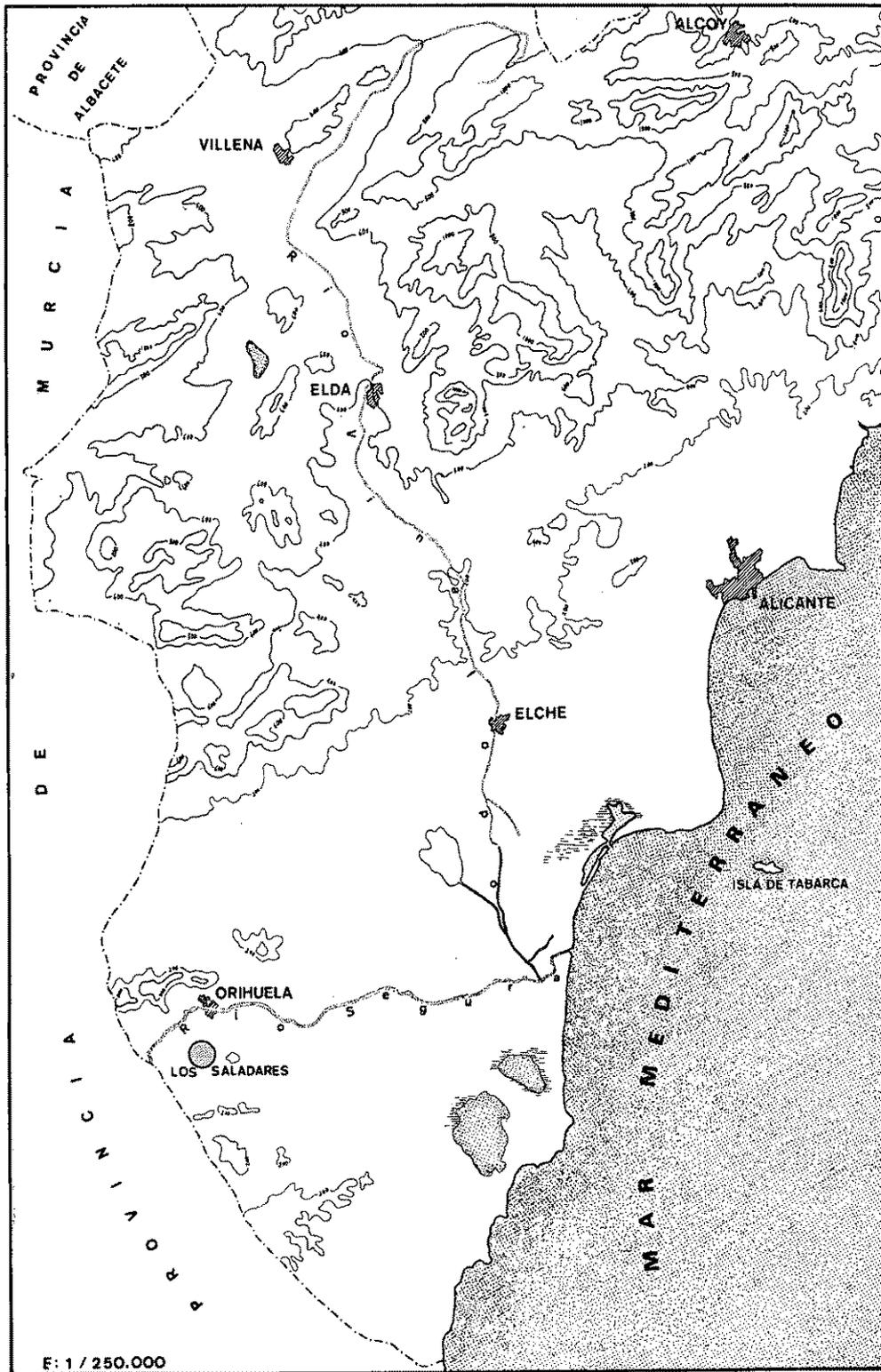


Fig. 6. — El poblado de Los Saladares en la Vega Baja del Segura.

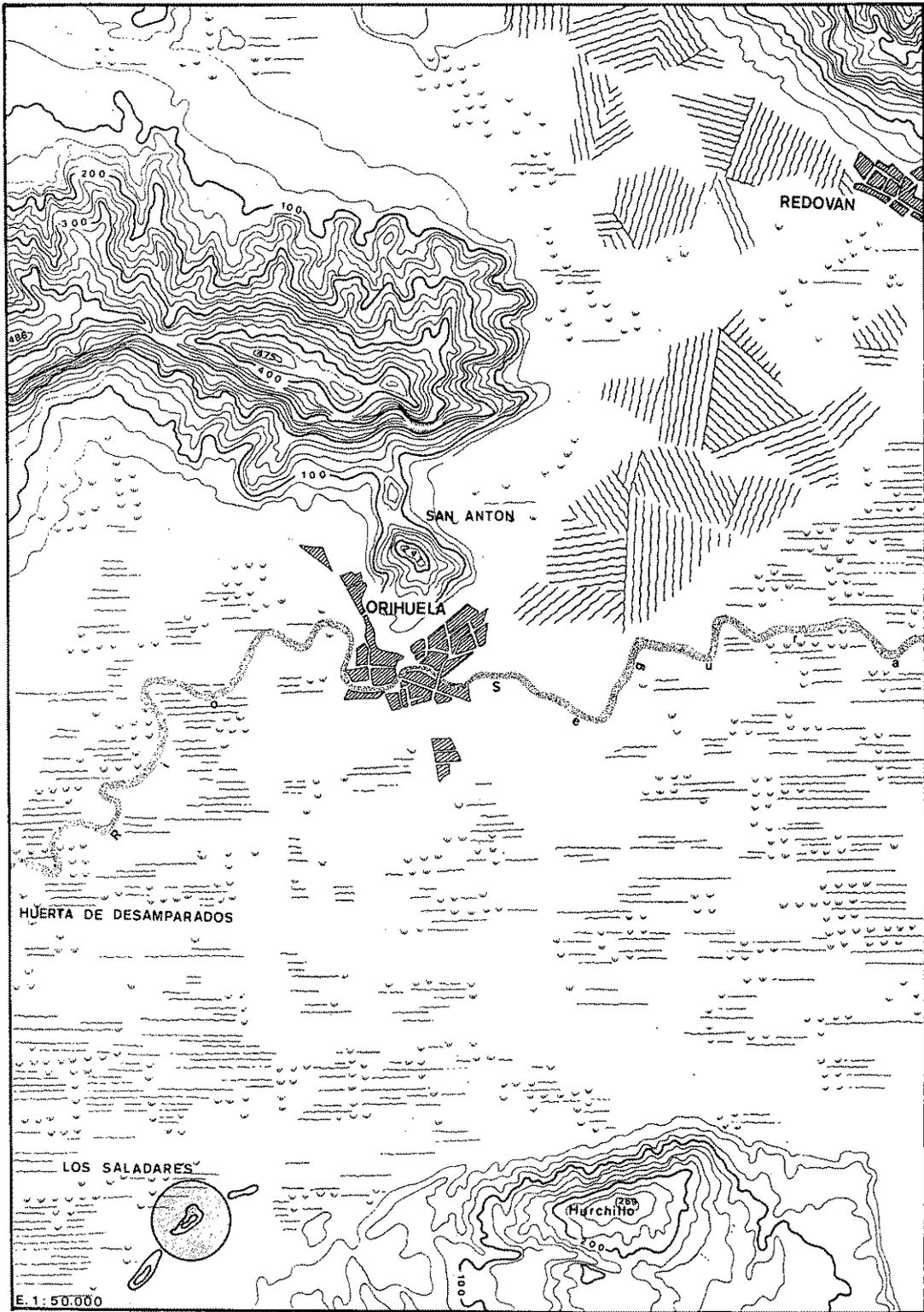


Fig. 7. — Los poblados de San Antón y Los Saladares, cerca de Orihuela.

- a) Durante los primeros tiempos del poblado quedaba ocupada también una buena parte de la cima.
- b) El Sector VIII, que aquí publicamos, fue excavado precisamente en uno de estos lugares de la cumbre (figs. 8 y 9).

También debemos resumir los asuntos más importantes de los desplazamientos antes dichos, de acuerdo con las etapas más generales del poblado.

En este sentido puede decirse que en el transcurso del que ahora llamamos «Horizonte Protoibérico»<sup>3</sup> las casas del poblado, comenzando las diferencias con la etapa anterior, se concentraban principalmente hacia los espacios *medios* y *bajos* de la ladera, quedando las partes más altas casi sin ocupar.

Por este motivo, salvo las primeras importaciones (Fase I-A 3) que nos indican el inicio del Horizonte Pre-ibérico, aquél no se encuentra estratificado en los niveles del Sector VIII, como luego podremos apreciar.

Más adelante, cuando se desarrollan las fases de nuestro «Horizonte Ibérico Antiguo»,<sup>4</sup> asistimos a una verdadera recomposición urbana en el poblado.<sup>5</sup>

Quedan ahora desocupados los tramos *altos* y *medios* de la ladera, con el evidente descenso de las habitaciones, que ahora cubren una mayor extensión en los espacios más bajos del cerro, alcanzando sitios que apenas se habían ocupado anteriormente: como compensando el abandono de las zonas antes dichas, ya que

la población no habría decrecido numéricamente.

Es éste, sin duda, uno de los momentos de mayor esplendor en el poblado y, por lo que podemos apreciar, nada parece indicar que la región no continuase teniendo un clima pacífico, como el que suponemos que había en los períodos precedentes.

Sin embargo, esta situación parece haberse interrumpido, un poco más tarde, acaso por los mismos fenómenos que condujeron a la organización estratégica y urbana de los poblados tipo «Bastida de Mogente» y «Puig de Alcoy».

Lo cierto es que ya para el mismo «Horizonte Ibérico Pleno»,<sup>6</sup> cuyo tope final hemos fechado por las importaciones de cerámica ática de barniz negro,<sup>7</sup> Los Saladares habían sido abandonados por el grueso de la población, reflejándose este fenómeno en la estratificación horizontal, mediante la única pervivencia de unas cuantas edificaciones, que vuelven a ocupar las partes más altas del cerro.<sup>8</sup>

Esto último explica que en la cumbre, si bien no en todos sus sectores, encontremos a veces la superposición de los estratos y materiales de los momentos finales e iniciales del poblado, sin que exista entre ellos la más mínima continuidad temporal.<sup>9</sup>

Por todo lo que acabamos de decir, esperando haber aclarado el porqué de la ausencia de las fases intermedias de la secuencia, en los depósitos estratificados en nuestro Sector VIII, tenemos la posibilidad de asegurar que los niveles que

3. ARTEAGA y SERNA, *Influjo fenicios...*, citado, págs. 743-745.

4. ARTEAGA y SERNA, *Los Saladares 71...*, citado, págs. 64-66.

5. ARTEAGA y SERNA, *Los Saladares 71...*, citado, págs. 24-25.

6. ARTEAGA y SERNA, *Los Saladares 71...*, citado, págs. 66 y 68.

7. ARTEAGA y SERNA, *Los Saladares 71...*, citado, pág. 68.

8. Los problemas históricos de nuestro «Horizonte Ibérico Pleno» serán estudiados en el cuarto trabajo crítico que, después de los dedicados a los momentos proto-ibéricos e ibéricos antiguos, esperamos publicar.

9. ARTEAGA y SERNA, *Los Saladares 71...*, citado, págs. 82-83.

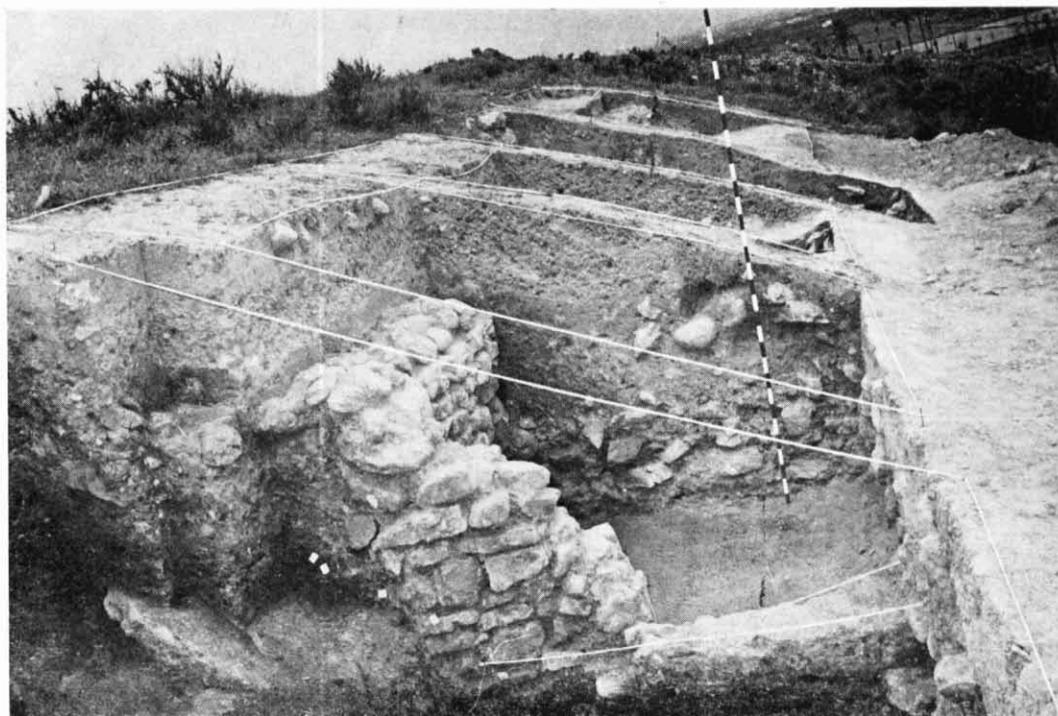


Fig. 8. — Vista general del Sector VIII de las excavaciones.

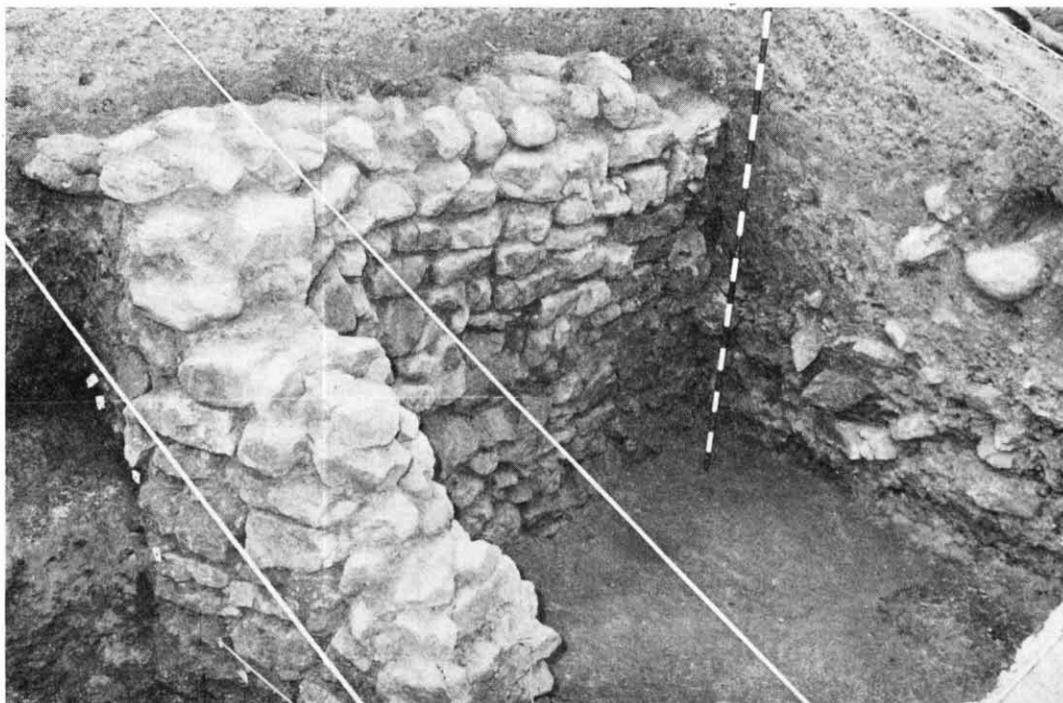


Fig. 9. — Primer plano del Corte 2.

ahora nos interesan estaban menos alterados que en otros sitios, donde las actividades excavatorias de los sucesivos pobladores fueron más frecuentes.<sup>10</sup>

### III. LOS ESTRATOS Y LAS EDIFICACIONES DEL SECTOR VIII DE LOS SALADARES

(Interpretación de sus diferentes fases)

El Sector VIII de Los Saladares ha sido excavado en uno de los lugares más elevados del cabezo (figs. 3 y 4). En principio lo teníamos delimitado por cinco cortes, que luego quedaron reducidos a cuatro (fig. 10), porque retiramos el perfil que separaba a los cortes 1 y 2, a fin de estudiar el extremo de la casa I que allí quedaba sepultado.

Aunque para justificar nuestras interpretaciones siempre hemos sido partidarios de adelantar una explicación sobre los motivos y maneras en que se llevaron a cabo los trabajos de excavación, esta vez nos limitaremos a los estratos más profundos, puesto que los niveles superiores, salvo contados fragmentos a torno, amorfos, de aspecto ibérico, aparecidos en el estrato n.º 8 (ver perfil A-B, en figura 11), resultaron completamente estériles. Por esto mismo, todas las explicaciones metodológicas resultan innecesarias.

Los hallazgos que aquí nos son útiles aparecieron en los estratos más próximos a la roca natural, por lo que su documentación se efectuaba de una manera directa y sin ninguna clase de problemas técnicos.

*El sistema de las tres fases excavadas en el sector y los criterios seguidos para su separación relativa*

Las subdivisiones «generales» de la secuencia del Sector VIII, que presentamos

como fases I-A 1, I-A 2 y I-A 3, se han establecido de acuerdo con el asentamiento de las edificaciones (casas I y II) que dibujamos en la figura n.º 10.

Tomándolas como punto de referencia, los hallazgos fueron agrupados según aparecieran en los estratos anteriores a su construcción (fase I-A 1), en los que se suponen contemporáneos con su vida (fase I-A 2) y en los que se formaron en un momento relacionado con su destrucción (fase I-A 3).

Para la obtención de los materiales propios de la fase I-A 1 podemos señalar en nuestras figuras 8 y 9 que la casa I (fig. 10) se construyó después de explanar los terrenos, cortando un tajo casi vertical en la pendiente, hasta encontrar la roca, para adosar la pared posterior. Por suerte, los desmontes no fueron «totales» en esta parte del sector, quedando una buena capa de tierra. Como los muros se apoyaban sobre esta capa, se deduce que sus depósitos habían ocurrido mucho antes de que se construyeran las citadas edificaciones, perteneciendo los materiales que allí se encontraban a una etapa cultural precedente. Por esto podemos asegurar que, aunque la cerámica de I-A 1 resulte poco abundante, nos encontramos por una razón de antigüedad relativa en el Bronce Final.

Los materiales de la fase I-A 2 se han obtenido en el espacio que quedaba entre

10. Sin embargo, como puede verse en el perfil que presentamos en la fig. 14, también en la zona del Sector VIII se efectuaron remociones antiguas. De acuerdo con lo documentado en la campaña de 1973, muchas cerámicas aparecidas en un mismo nivel estratigráfico en las campañas anteriores, pertenecientes a la fase I-B 1, pueden estar mezcladas desde antiguo con materiales de las fases I-A 2 y I-A 1.

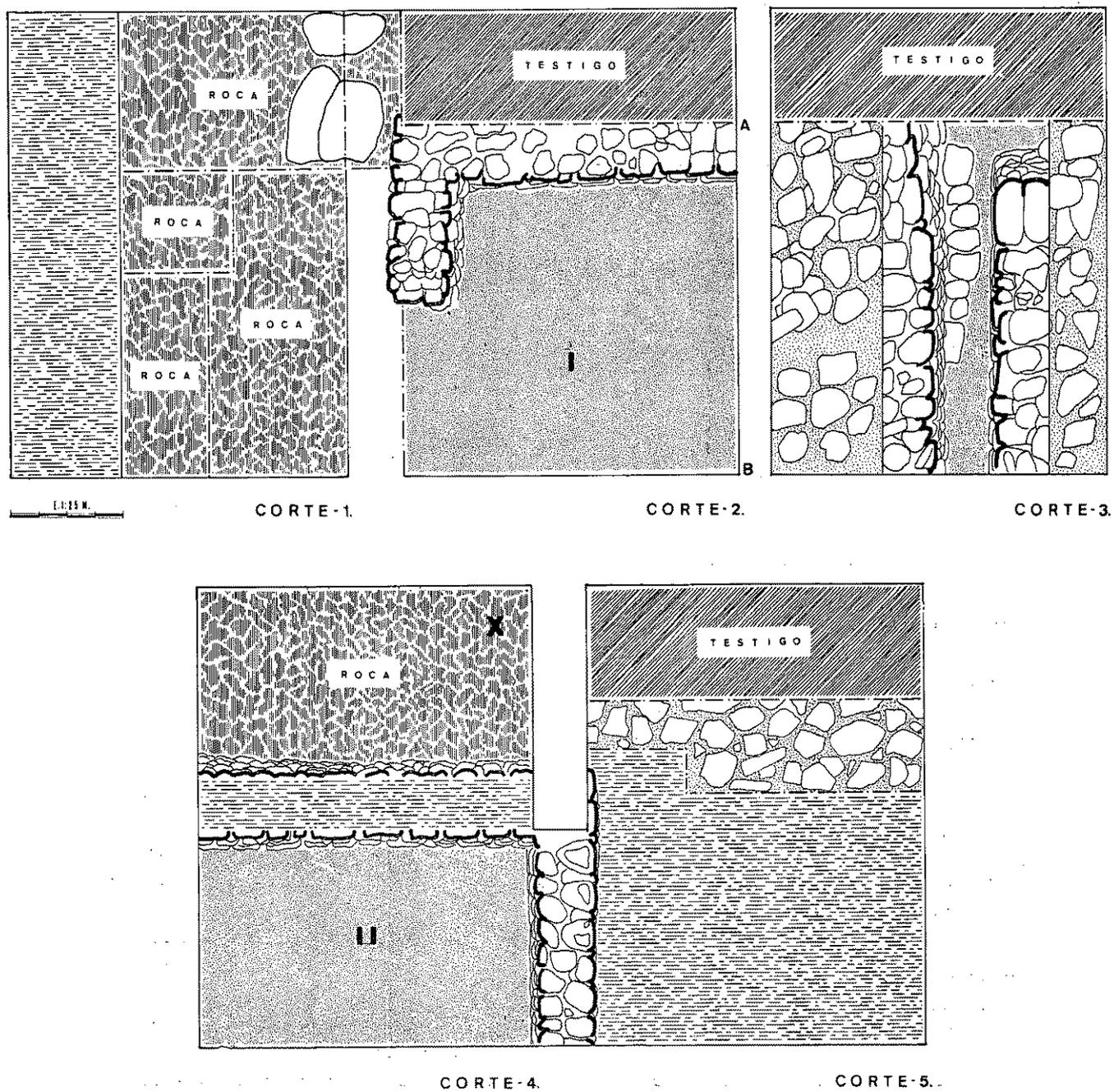


Fig. 10. — Planta final del Sector VIII mostrando las dos edificaciones del Bronce Final preibérico.

los muros contiguos de las dos casas (fig. 12).

Como para construir estas viviendas fueron allanados los terrenos hasta la

cuando las mismas se encontraban en pie.

Por eso resulta evidente que, aunque no se pueda saber el momento preciso en que se hicieron los trabajos de edifica-

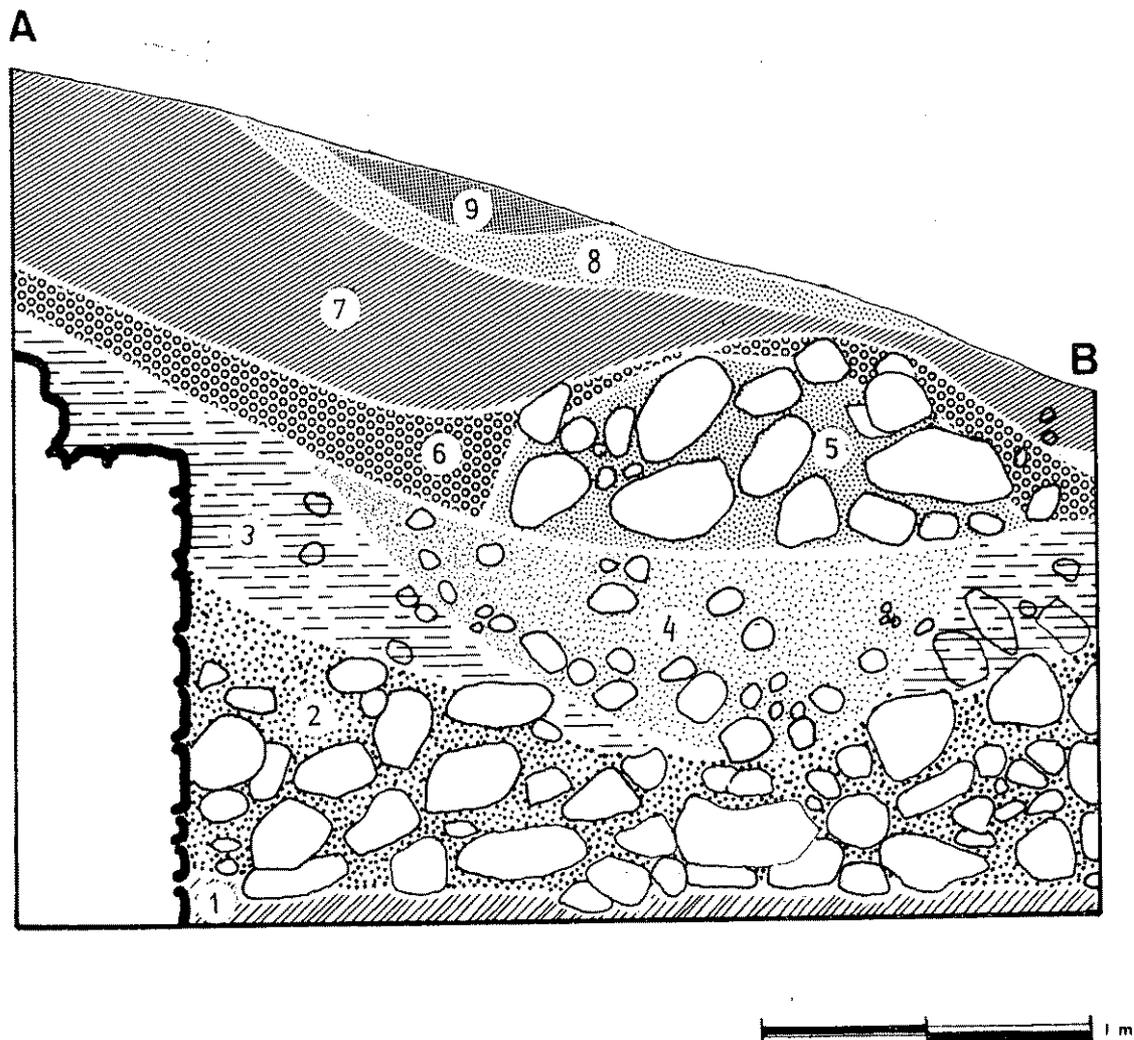


Fig. 11. — La secuencia estratigráfica del Sector VIII numerada por orden de acumulación, según el perfil A-B del Corte 2.

roca, menos en una zona localizada en el corte 1, lo cual se puede comprobar por el asentamiento de las mismas paredes, casi siempre sobre el firme, no cabe duda de que los materiales del corte 3 (fig. 10), es decir, los del espacio «intermuros» (fig. 12), hubieron de irse depositando

ción, los citados hallazgos son relativamente posteriores a los de la fase I-A 1, que fueron estratificados por debajo de la casa I.

Por último, tenemos que mencionar los materiales del interior de las casas, sepultados como estaban por una capa de

incendio y dispersos sobre los pavimentos de las mismas. Observando la caída del derrumbe de las paredes (fig. 13), en lo relacionado con la casa I, se puede decir

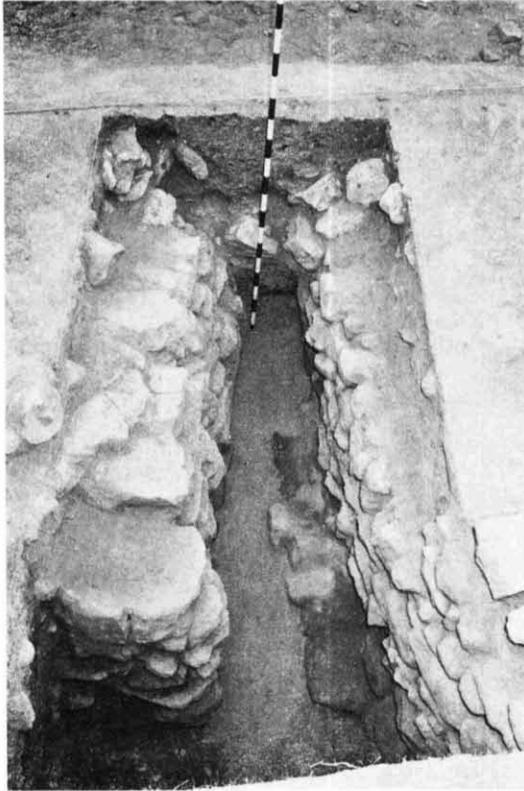


Fig. 12. — Detalle de la separación existente entre las Casas I y II.

que sellaba las cerámicas que allí se encontraban, siendo por lo tanto pertenecientes al último momento de habitación en el sector, puesto que todavía no contamos con ninguna evidencia para suponer que el poblado hubiese sido destruido y abandonado en este momento. Estos últimos hallazgos nos permiten separar una fase I-A 3, relativamente inmediata de la fase I-A 2, de la cual no sería más que la última manifestación en el Sector VIII, siendo ambas fases preibéricas.

Los moradores de estas viviendas pre-

ibéricas eran bastante cuidadosos, manteniéndolas al parecer muy limpias y aparentes. De no ser por los materiales encontrados en el espacio intermedio entre ellas no hubiésemos tenido ninguna posibilidad para significar sus «vidas».

Todo nos hace suponer que la mencionada zona «intermuros», siendo demasiada estrecha para ser transitada, habría funcionado como un vertedero, en el que se fueron arrojando las vasijas rotas du-



Fig. 13. — Detalle del derrumbe de las paredes de la Casa I, según el testigo A-B.

rante todo el tiempo en que dichas casas estaban habitadas.

Solamente una ampliación del área excavada, hacia la parte más alta de la ladera, podría completar la seguridad de que allí no existían otras viviendas. Con

una tal comprobación las vasijas encontradas detrás de la casa II y en el espacio «intermuros» podrían recibir otros argumentos de procedencia. Sin embargo, aunque caídas, su posición relativa, de cara a la estratificación relacionada con las casas I y II, siempre tendría que interpretarse como ahora lo acabamos de hacer.

sitos se hallaron sobre la roca virgen, en el tramo del corte 1, y en el área del corte 3, ni en la del 4, se pudieron representar. En el corte 3 (viendo el mismo perfil) se puede observar que antes de que se estratificaran los materiales del momento I-A 2 aparece una capa de barro, como la que servía para pavimentar el interior de las habitaciones, aunque no

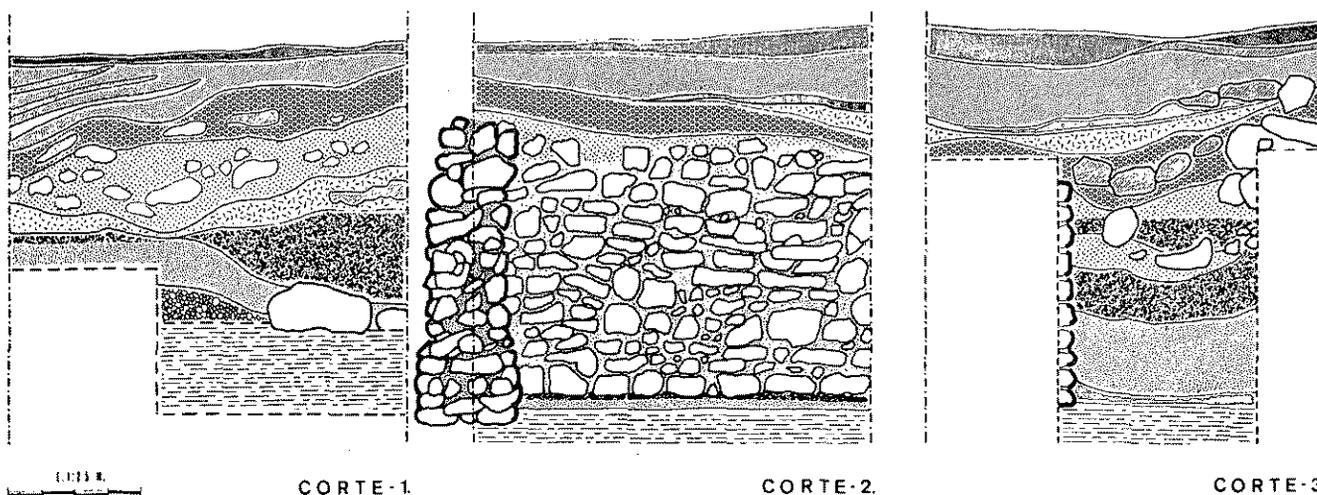


Fig. 14. — Perfil posterior del sector VIII, común a los cortes 1, 2 y 3.

#### *El proceso acumulativo de los estratos en el Sector VIII*

a) Como hemos dicho, los primeros estratos que se depositaron en el Sector VIII fueron los que allí se hallaban antes de que se edificaran las casas I y II, siendo retirados por completo en el área de los cortes 2 al 5, mientras que en contadas zonas del corte 1 se conservaron, afortunadamente, en una potencia suficiente como para asegurar su existencia. No puede saberse, como bien querríamos, el espesor que llegaban a alcanzar, antes que los constructores de dichas viviendas los allanaran.

Como puede apreciarse en el perfil de la figura n.º 14, los restos de tales depó-

sabemos si fue dispuesta allí de manera intencional. Sin embargo, esta misma capa «arcillosa» no apareció en el área del corte 4 (zona X, figs. 10 y 15). Aunque en su momento nos preocupamos por este detalle, preferimos quedarnos sin saber hasta donde llegaba esa especie de «apisonado» exterior, porque se suponía que se cortaba en el tramo ocupado por el perfil-testigo de separación entre los cortes 3 y 4, al cual no queríamos derribar. Este perfil (fig. 15) nos ofrecía una documentación mucho más valiosa: la del estrato perteneciente a la fase I-A 2 depositándose sobre la roca y la de la caída de los adobes que completaban la altura de las paredes de piedra.

b) Después de la edificación de las casas I y II, que suponemos en un momento concreto de principios de la fase I-A 2, cuando no de finales de I-A 1, se depositó alrededor de las mismas una buena capa de tierra, de color más claro: capas oscuras). Por otra parte, mientras que en el área del corte 1 tales tierras resultaron estériles en el rectángulo «X» del corte 4, por detrás de la casa II, se encontraron muchos fragmentos cerámicos que unieron con otros de la zona



Fig. 15. — El Corte 4, con la zona «X» en la parte posterior.

que queda señalada en el tramo del corte 1 (fig. 14) por encima de los restos de I-A 1, mientras que en el tramo del corte 3 (fig. 14) lo hace sobre la citada capa de barro que se hallaba entre las casas I y II. En el área del corte 4 (zona X, fig. 10), como hemos dicho, se depositaba directamente sobre la roca virgen (fig. 15).

Otra seguridad, para asignar este estrato a la fase I-A 2, radica en que después se superpone una gran capa de incendio, que significa la destrucción de las habitaciones (perfil de la figura n.º 14,

situada «intermuros» (fig. 12), excavada en el área del corte 3 (fig. 10).

Así pues, queda claro que las tierras depositadas alrededor de las casas I y II, como las de la zona «intermuros» (fig. 12) pertenecían al mismo horizonte.

Los fragmentos cerámicos, muy numerosos, que unieron entre sí, están agrupados, en nuestras láminas, en un solo dibujo y con un mismo número, pero también quedan indicados los que en principio aparecieron separados, mediante «letras minúsculas». Esta separación «lateral» queda también reflejada en la tabla

que ofrecemos en la figura n.º 17, donde mostramos la ordenación relativa de la cerámica, por fases, los sectores en que la misma fue hallada y, en lo referente a la fase I-A 2, las igualaciones de la es-

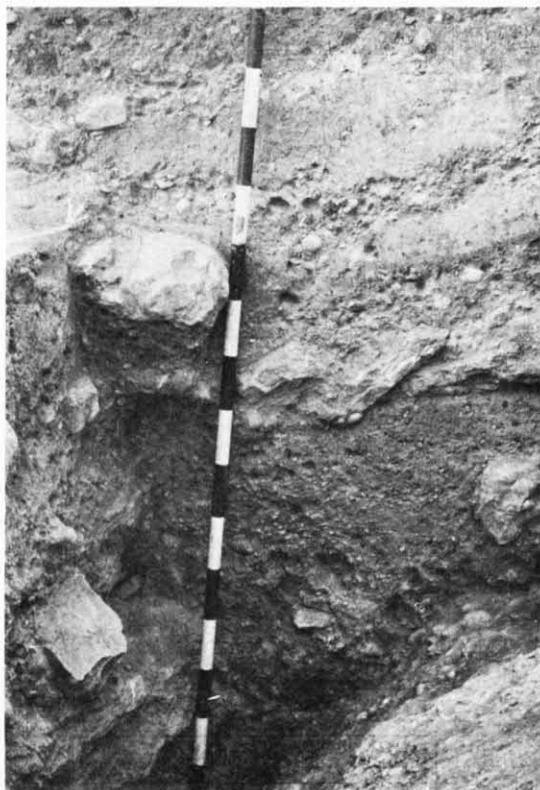


Fig. 16. — Detalle del derrumbe de los adobes de la parte superior de las edificaciones preibéricas, visto en el perfil del Corte 4 (zona «X»).

tratigrafía horizontal. De esta manera el lector puede comprobar dichas comparaciones de una manera directa.

c) Por último, tenemos que describir la destrucción de las edificaciones, de acuerdo con el perfil A-B (figs. 11 y 18), que para tal fin hemos numerado de abajo hacia arriba.

1. Sobre el pavimento de la habitación lo primero que se deposita, encima de los fragmentos cerámicos allí encon-

trados, es una capa de tierra quemada y de carbones, procedentes del incendio de las techumbres. En muchos casos hemos podido encontrar restos de maderas y de *esparto carbonizado*, así como pellas de barro, con improntas de cañas.

2. Después se deposita el derrumbe de las paredes frontales de la habitación, formando la «capa» de piedras y adobes reflejada en el perfil A-B y en nuestra figura 13. El derrumbe de la casa I fue anterior al de la casa II. En la casa I las piedras y los adobes aparecen sobre la capa del incendio de las techumbres, mientras que en el corte 4 (fig. 19) se depositó primero una «capa de abandono», completamente estéril, antes de que se derrumbaran las piedras del muro. Por ello se puede afinar un poco en la interpretación de que cuando la casa I estaba en el suelo, las paredes de la casa II estaban en pie, aunque la misma se hallaba deshabitada.

Hasta aquí la interpretación resulta interesante, puesto que después el sector fue abandonado, como lo demuestra la esterilidad del resto de los estratos superpuestos, excepto el n.º 8 del perfil A-B, que ofreció varios fragmentos ibéricos, como hemos dicho al principio de este capítulo.

Estos estratos sirven, por lo menos, para comprobar que las actividades humanas continuaban en el cabezo, cosa que ya sabemos por los demás sectores excavados. Por ejemplo, podemos observar cómo la fosa n.º 4 del perfil A-B había sido excavada en tiempos todavía antiguos, después que el estrato n.º 3 se hallaba cubriendo las ruinas, como si alguien hubiese rebuscado en el lugar. También se nota en el mismo perfil que la fosa se habría rellenado de nuevo, antes de que se superpusiese un amonto-

FASE I - A3 (Bronce Final Reciente Preibérico)

Interior de la casa I

Número	Tipo	Figura
3	Fuente carenada	23
7	Cuenco carenado	24
12	Cuenco carenado	24
16	Fuente borde lobulado	25
20	Cuenco carenado, chico	26
21	Cuenco carenado, chico	26
30	Asa forma de herradura	29
38	Fuente hecha a torno	32

Interior de la casa II

Número	Tipo	Figura
9	Fuente carenada	24
11	Cuenco carenado	24
18	Cuenco de hombro suave	26
19	Cuenco carenado, chico	26
25	Ollita con borde	28
26	Ollita con borde	28
33	Vasija con fondo plano	30
34	Torno tipo anforoide	31
35	Torno tipo anforoide	31
36	Cazuela decorada	31
37	Fuente decorada	31

FASE I - A2 (Bronce Final Reciente)

Entre los muros de las casas I-II

Número	Tipo	Figura
6 a-e	Fuente carenada	23
10	Cuenco carenado	24
13	Cuenco de hombro suave	25
14 a-c	Cuenco hombro suave	25
15 b-c	Cuenco hombro suave	25
22 b	Cuenco carenado	26
28 a-b	Ollita con cuello	28
29 c	Cuenco grosero	29
32 a-b	Vasija con cuello	29

Detrás de la casa II

Número	Tipo	Figura
6 b-c-d	Fuente carenada (resto)	23
8	Cuenco carenado	24
14 b-d	Cuenco con hombro (resto)	25
15 a	Cuenco con hombro (resto)	25
22 a	Cuenco carenado (resto)	26
28 c-d-e	Ollita con cuello (resto)	28
29 a-b	Cuenco grosero (resto)	29
32 c-d	Vasija con cuello (resto)	29

FASE I - A1 (Bronce Final Pleno)

Número	Tipo	Figura
1	Cazuela decorada	22
2	Fuente carenada	23
4	Fuente carenada	23
5	Fuente carenada	23
17	Fuente con borde lobulado	25
23	Vasija con cuello cilíndrico	27
24	Vasija con cuello cilíndrico	27
27	Ollita con hombro indicado	28
31	Vasija con borde abierto	29

Fig. 17. — Cuadros comparativos de la estratificación horizontal.

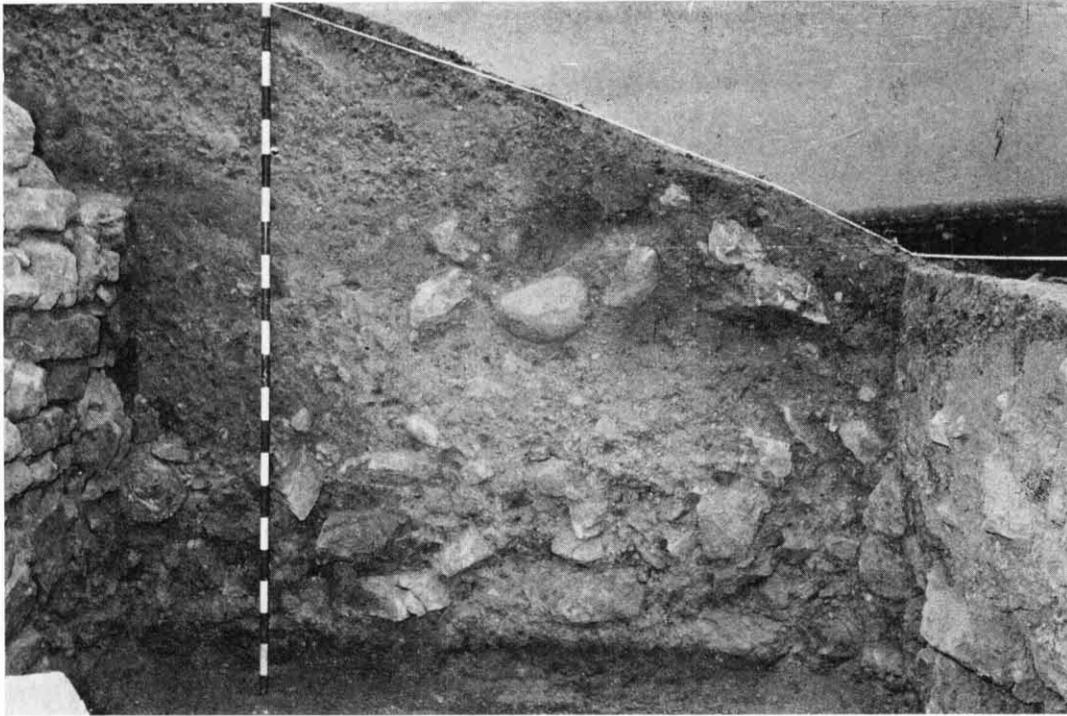


Fig. 18. — Perfil A-B del Corte 2.

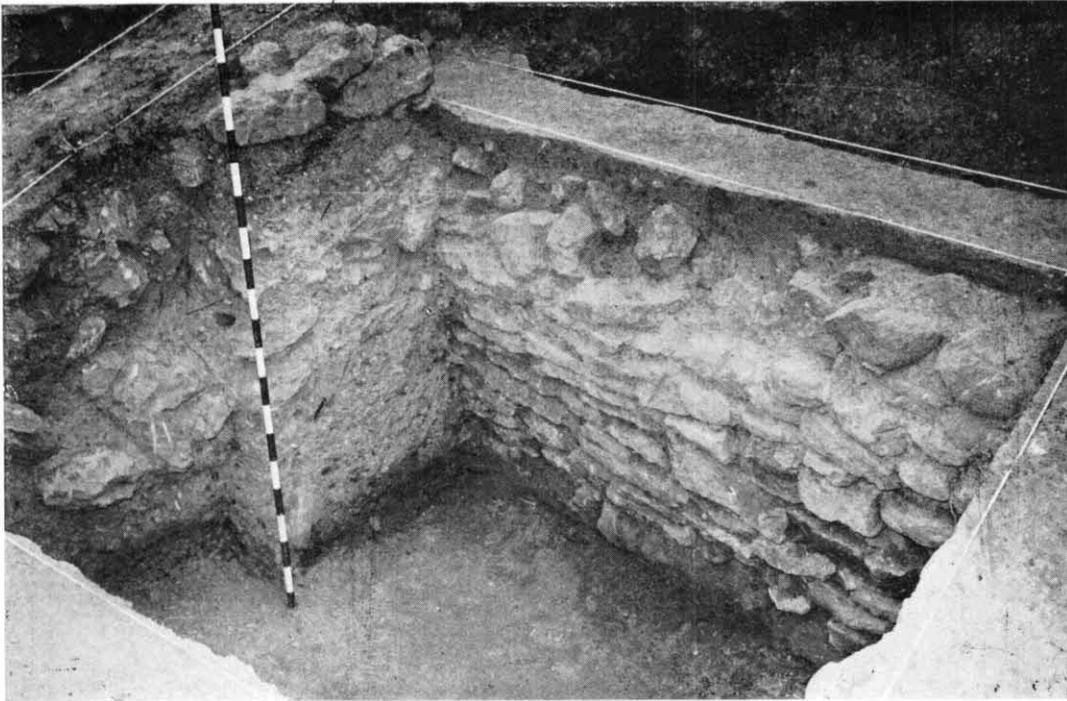


Fig. 19. — El Corte 4, con el perfil de separación del Corte 3.

namiento de piedras y tierra que señalamos con el n.º 5, precediendo a la formación de los estratos 6 al 9.

sí por un angosto pasillo, que permite individualizarlas (fig. 12). Este hecho ha sido observado en otras casas del mo-

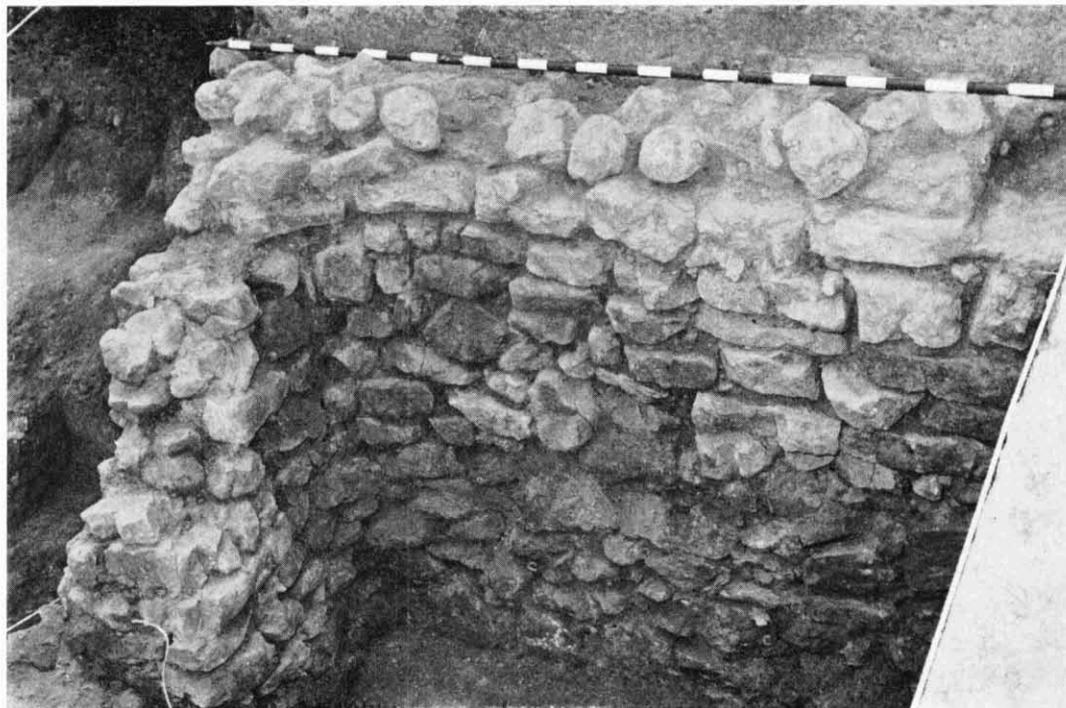


Fig. 20. — La edificación del Corte 2 una vez limpias sus paredes.

#### *Las edificaciones del Sector VIII*

El corte 2 (figs. 9 y 20) nos garantiza el estudio de las edificaciones propiamente dichas, como también la excavación del corte 4 (figs. 9 y 19).

Como puede apreciarse en la figura n.º 10, las casas del Sector VIII presentan paredes rectas. Sus plantas respectivas son cuadradas o rectangulares. Aunque sus ángulos no están rematados a escuadra, *siendo más bien redondeados*, no puede decirse que las plantas sean pseudoovales, porque para ello las paredes extremas tendrían que ser arqueadas y no lo son (fig. 12).

Las dos casas estaban separadas entre

mento preibérico del yacimiento, mientras que a partir de los tiempos ibéricos más antiguos se generalizan los sistemas de muros corridos con habitaciones adosadas.

Dada la proximidad en que se hallaban las dos casas excavadas en el Sector VIII, destruidas por fuego, se comprende que sus techumbres estaban en contacto y que el incendio, acaso producido en una de ellas, se hubiese propagado hacia la otra con facilidad.

Como puede apreciarse en nuestras láminas, las casas preibéricas de Los Saladares presentaban un pavimento sumamente horizontal, logrado a base de una capa de barro de color verdoso. Los

muros estaban alzados hasta una buena parte de su altura mediante piedras de mediano y pequeño tamaño, sin desbastar: puesto que luego iban a ser revocadas (fig. 21).

En su parte superior las paredes se completaban con adobes de buen tamaño, hechos de barro seco al sol. Algunos de ellos pueden verse reflejados en el perfil de la figura 15.

Por último, toda la pared quedaba cubierta, como hemos dicho, por una capa de revoco arcilloso, parecida a la que servía para pavimentar. No se han documentado postes de ningún tipo ni otros elementos de sostén para completar una idea acerca de que las techumbres no hubiesen sido «planas». ¿Acaso pudieran suponerse inclinadas, de acuerdo con el mayor alzado de las paredes posteriores?

Por los restos encontrados en la capa del incendio se puede saber que dichos techos estaban contruidos mediante un entramado, de troncos y cañas atadas, sobre el cual se hallaba una cubierta de barro y esparto, para lograr una completa impermeabilidad.

Todo lo dicho será utilizado en su momento para la reconstrucción, en dibujo y maqueta, de las casas correspondientes, para su comparación con otros sistemas constructivos documentados en el yacimiento, que iremos dando a conocer en futuros trabajos.

Para lo que aquí nos interesa, el hecho más importante estriba en que las casas I-II del Sector VIII pertenezcan a la fase I-A 2 y posteriores.

En las campañas anteriores hemos venido completando algunos datos para sospechar que las casas del momento más antiguo de Los Saladares hubiesen estado hechas a base de materiales muy perecederos. Siempre aparece, por debajo de

los primeros muros de piedra, un estrato o varios (nunca han pasado de tres, ni de una potencia de medio metro) de color oscuro, sin trazas de cualquier tipo de edificación.



Fig. 21. — Detalle del revoco arcilloso que cubría las paredes de las edificaciones excavadas en el Sector VIII.

Esta evidencia no puede ser más chocante, dada la tradición que en la región tenía la arquitectura de la piedra y la mampostería. Como bien se sabe, el Bajo Segura se encuentra en un punto geográfico intermedio, entre las regiones donde florecieran las culturas del Argar y del Bronce Valenciano, cuyos poblados estaban contruidos con gran utilización de la piedra.

Tampoco faltan en el tiempo inmediatamente precedente las edificaciones de

piedra, con estructuras superiores completadas por otros elementos constructivos y con la ayuda de postes de madera. Uno de los ejemplos más claros se encuentra en el Cabezo Redondo, cuyos estratos finales se colocan muy al principio del último milenio. También en las recientes excavaciones que el Dr. E. Llobregat viene efectuando en la Isleta del Campello aparecen muros de piedra, en un horizonte bastante antiguo, aunque próximo al Bronce Tardío.

Pero si recordamos los casos de los estratos más profundos del poblado de El Macalón (Nerpio-Albacete) y de Vinarragell (Burriana-Castellón), nos damos cuenta de que el caso de Los Saladares no es el único.

Sistemas constructivos, como el de las casas del momento I-A 2 de Los Saladares, se conocen con una mayor abundancia antes del período orientalizante, cuando los fenicios todavía no jugaban un papel bastante importante.

En el área tartésica (Huelva-Guadaluquivir), después de varias fases caracterizadas, en lo que parece, por edificaciones deleznable (Bronce Final Antiguo) se conoce la implantación de construcciones con zócalos de piedra, con trazado recto, que se completan en altura con estructuras de adobe, variando estas últimas según vaya siendo la cantidad de hiladas de dichos zócalos.

A simple vista, tales construcciones tienen sus paralelos en las factorías fenicias de la costa meridional y habría que ver ciertamente en qué momento ocurrió el cambio entre casas con paredes rectas y las que se piensa que existían en épocas anteriores, con plantas circulares como la famosa cabaña del Carambolo.

Pero también en Monachil (Granada), cerca del límite con el ámbito de El Ar-

gar, las edificaciones del tránsito hacia el Bronce Tardío, después de haber derivado de las de época argárica, teniendo muros de piedra de trazado recto (excepto algunas habitaciones absidales) que se completaban en altura mediante estructuras de troncos, madera y barro (con sistemas paralelos en Monachil-Cabezo Redondo), pasan a ser suplantadas por otros sistemas relacionados con una mayor utilización del adobe. Monachil es importante en este sentido, porque señala una suplantación tajante, en el sitio concreto del Cerro de la Encina, estando las paredes pertenecientes a su momento avanzado (fase III) cubiertas por un revestimiento de estucos decorados. Este hecho vale por sí solo para explicar cómo el cambio de sistema arquitectónico, entre el abandono de la utilización masiva de la piedra y la adopción del adobe o del tapial, no representaban un empobrecimiento, sino todo lo contrario. Monachil parece haber terminado, en lo que ahora conocemos excavado, cuando apenas se iniciaban las relaciones más directas con los fenicios, pero acaso en un momento en que éstos habían venido fomentando una fuerte aculturación en torno al Golfo de Cádiz.

En el Cerro del Real de Galera parece que esto vuelve a reflejarse, siendo la tradición arquitectónica diferente a la de Monachil. En efecto, las casas de Galera eran circulares y pertenecían a grupos humanos que durante la época del Argar fueron «argarizados», conservando muchas características del pasado eneolítico. Pero también aquí, a partir de las nuevas relaciones meridionales con Tartessos, parece que dichas casas fueron suplantadas por otras más deleznable en cuanto al alzado.

El hecho vuelve a ocurrir en el Maca-

lón (Nerpio-Albacete), donde los estratos inferiores estaban formados, como los estratos más profundos de Los Saladares, por restos de habitaciones muy delezna- bles; mientras que a partir de un momento todavía antiguo comienzan a docu- mentarse los citados muros con piedra y adobe, propiamente protoibéricos.

Aunque hace falta una matización tem- poral de estas edificaciones, para ver cuáles arrancaron desde el Bronce Tar- dío, cuáles lo hicieron desde la época del Bronce Final y cuáles pertenecen más bien a momentos del Hierro Antiguo — en- trando en este último momento otros factores a considerar —, parece que po- demos decir, a título muy general, que a partir del Bronce Final se extendieron por la parte meridional de la Penínsu- la unos sistemas constructivos que en comparación con las diversas tradicio- nes regionales resultaban bastante dife- rentes.

No podemos detenernos aquí en el análisis de este fenómeno, que de todas maneras apuntamos con énfasis, dada la importancia que tiene el saber que desde el Bronce Final existían caracterizacio- nes culturales propias: tanto en la orga- nización del poblamiento como en la es- tructuración de las viviendas, además de las innovaciones de los ritos funerarios y otras manifestaciones, como las de la cultura material.

Y llegados a este punto, creemos que podemos volver a lo referido con nues- tras «casas individuales» de Los Salada- res, con sus altas paredes de piedra y sus alzados de adobes.

No sabemos si representaban una con- tinuidad, en lo que al citado «aislamien- to» de las viviendas se señala, con res- pecto a las casas desconocidas de la fase I-A 1. Y aunque son muchos los

cortes donde los estratos de un primer poblado parecen aportar ideas de casas muy delezna- bles, no contamos con la planta de ninguna de ellas para poder completar un argumento decisivo.

Tampoco sabemos con certeza abso- luta si los estímulos que impulsaban los nuevos sistemas constructivos llegaban a la zona de Los Saladares de una manera directa, o a través de las rutas que conec- taban con otros ambientes indígenas ade- lantados en el conocimiento técnico, aun- que esto último nos parezca lo más probable.

Hoy por hoy, parece que nuestras edi- ficaciones, siendo diferentes tanto por sus plantas como por la asociación entre zó- calo de piedra y alzado de adobes, tam- bién se diferenciaban un poco de otras que se conocían durante su misma época. Y esto por sí mismo representaría algo así como una «variante regional». Que tal variación fuera debida a unas infil- traciones procedentes de otras áreas pe- ninsulares, o más bien a la aplicación de unos nuevos conocimientos adquiridos si no también a diferencias socioeconómicas, sobre la base evolutiva de las tradiciones anteriormente localizadas, es lo que en el futuro nos gustaría dilucidar.

Centrándonos por ahora en las eviden- cias concretas, parece que todas *nuestras edificaciones más claras arrancan desde la fase I-A 2*, como las que aquí damos a conocer, excavadas en el Sector VIII, siendo todavía anteriores a la manifes- tación material del comercio fenicio, que sólo comenzamos a documentar a partir de la fase siguiente: la fase I-A 3.

Este caso parece repetir un hecho observado en otras secuencias de Andalu- cía Oriental, donde también parece que llegaban primero otros elementos cultu- rizados del Bronce Final y después las

importaciones fenicias. Como puede verse en nuestras láminas, y como llevamos observando en varios cortes del yacimiento, las importaciones fenicias de la fase I-A 3 no reflejaban más que unas relaciones incipientes: un comercio de penetración, que se fundamentaba en la introducción de contenidos exóticos (aceite, vino, etc.) y no en los propios «recipientes». Es un poco después, durante las fases I-B 1 y I-B 2, fechadas alrededor de la primera mitad del siglo VII a. de J. C., cuando crecen en cantidad y variedad las importaciones, indicándonos que el mercado ya estaba controlado por los fenicios y que los procesos de aculturación se podían fomentar a base de relaciones más directas.

Por ello nos parece más lógico pensar que hacia la Vega Baja del Segura, antes de nuestra fase I-A 3, que fechamos en torno al 750/725 a. de J. C., los estímulos culturizantes (sin dejar de relacionarse

en el fondo con los fenicios y otras grandes civilizaciones del Mediterráneo Oriental) habían comenzado a propagarse también de una manera indirecta. Es decir, partiendo desde unos ambientes adelantados en su aceptación y asimilación. De esta manera, cuando no se pudiera demostrar que los mismos se hallaban próximos a Los Saladares, nos inclinaríamos más bien a buscarlos hacia otras partes del Sudeste y de Andalucía, donde las relaciones con los fenicios y culturas superiores contemporáneas con nuestro Bronce Final habían comenzado antes. Y vistas las cosas de esta forma, creemos que la asociación que observamos entre nuestras casas de la fase I-A 2 y las numerosas vasijas «tipo Carambolo» que allí mismo aparecen, acaso sirviera para demostrar que muchas de aquellas relaciones culturizantes arrancaban desde la Baja Andalucía, donde ya florecía con esplendor la cultura tartésica.

#### IV. INVENTARIO CERÁMICO DEL SECTOR VIII DE LOS SALADARES\*

##### *Figura 22*

1. Varios fragmentos de cerámica a mano, que nos permiten reconstruir el tipo y decoración de una fuente de boca ancha. Presenta un borde alargado, ligeramente abierto, que le sirve al mismo tiempo de cuello y se halla separado de la parte inferior de la vasija por una carena de hombro. Esta última, fuertemente marcada por el exterior del vaso, se encuentra indicada también por el interior, mediante un surco profundo. La pasta es de coloración grisácea, con núcleo más oscuro y la textura escamosa fina. La superficie, algo bruñida, tiene color gris-verdoso-claro. Diámetro aproximado de la boca: 15,1 cm. Diámetro del cuerpo, a la altura de la carena: 13,8 cm.

Altura aproximada: 7 cm. La decoración, que resulta profusa y está hecha toda a base de incisiones, se encuentra distribuida de la siguiente manera:

a) Cuerpo superior de la vasija: Con metopas alternas que se rellenan, invariablemente en su campo superior o inferior, con trazos cruzados formando reticulados. El resto de dichas metopas debía encontrarse pintado de rojo o de amarillo, aunque éste detalle no se pueda describir con mucha facilidad, puesto que las materias colorantes se hallaban perdidas casi totalmente. Los espacios que se intercalan entre las metopas presentan en su parte inferior reticulados, como los anteriormente mencionados; y en su campo superior se decoran con los motivos que más resaltan en la vasija. Éstos

\* La ordenación numérica que reciben las piezas de este inventario se corresponde con la que tienen sus respectivos dibujos en las figuras 22 a la 31 y con las agrupaciones hechas en la figura 17.

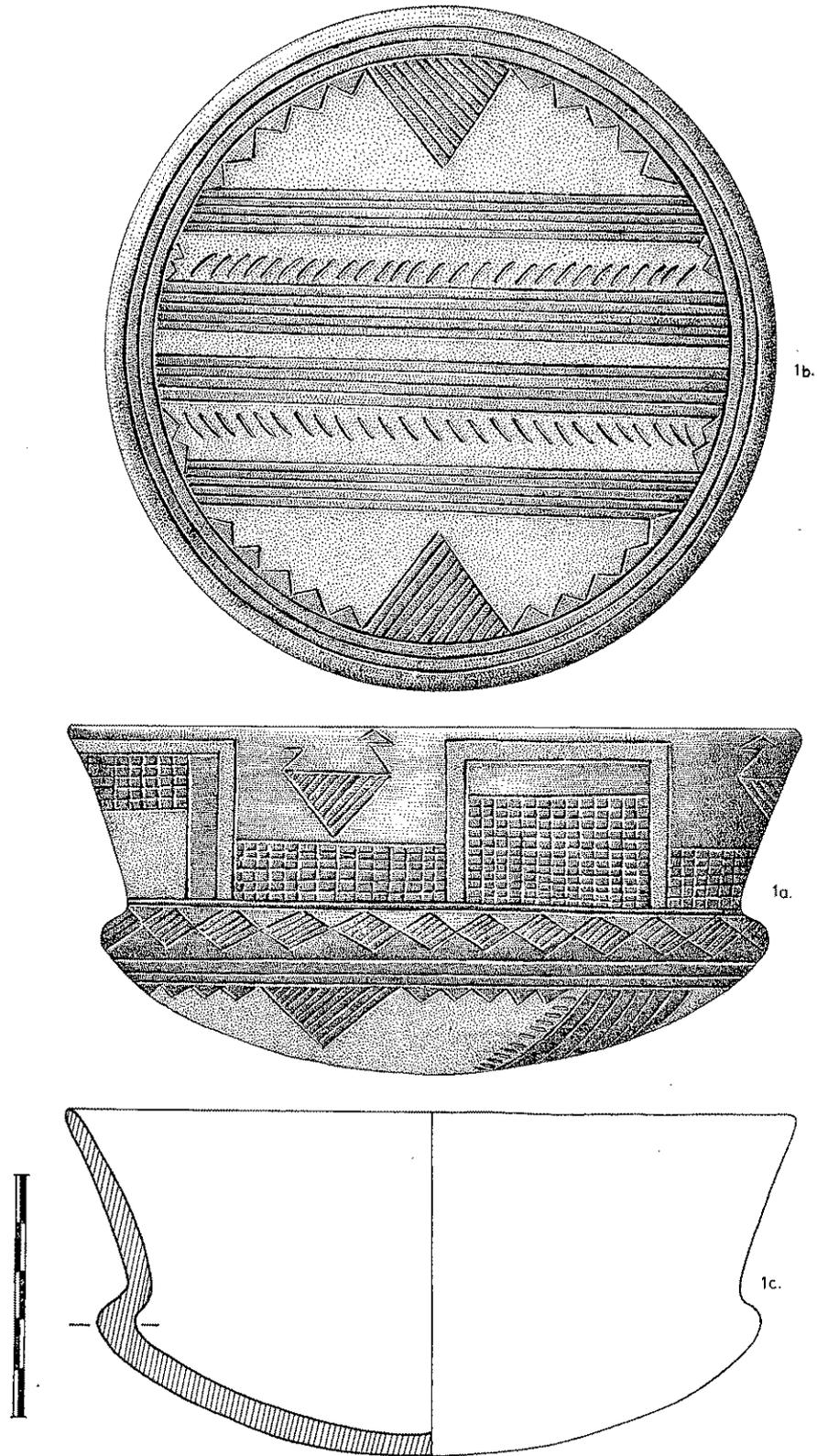


Fig. 22. — Reconstrucción en dibujo de una cazuela con decoración incisa y pintada de los estratos de contacto entre el Bronce Final y fase Preibérica de Los Saladares.

consisten en siluetas de aves, esquematizadas geométricamente. Los campos triangulares que sirven para representar el cuerpo de tales figuras, están rellenos por líneas cortas, inclinadas y paralelas entre sí.

b) Hombro carenado: Con una franja horizontal, delimitada entre varias líneas horizontales (dos encima y tres debajo) que contornean a la vasija. En su campo se dispone una cadena de rombos, que también se rellenan con trazos cortos, paralelos e inclinados.

c) Fondo: Delimitado en su diámetro máximo por las líneas que contornean a la vasija, por debajo de la carena, y por una orla zigzagueante que solamente se corta, si bien simétricamente, para darle espacio a dos triángulos, que se oponen diametralmente y se rellenan interiormente con líneas inclinadas, como en los casos anteriores. El campo que se aprecia perpendicularmente entre dichos triángulos se halla cruzado por cuatro haces de líneas horizontales, quedando los dos grupos más centrales separados por sendas filas de pequeñas incisiones. También en el fondo tendría que haber espacios resaltados con pintura roja y amarilla.

Las incisiones se encontraban en algunas partes rellenas de «pasta blanca». Sin embargo, este detalle pudiera ser más bien accidental, debiéndose tomar con muchas reservas. En otros fragmentos encontrados en estos mismos estratos, también con decoración incisa, la materia «calcárea» cubría totalmente la superficie.

#### *Figura 23*

2. Dos fragmentos de una vasija, hecha a mano, con forma de fuente de boca ancha. Presenta borde alargado, curvado ligeramente hacia el exterior y separado de la que sería la parte inferior del vaso por una carena de hombro. Pasta amarronada, con textura escamosa. Superficie bruñida de color castaño oscuro. Diámetro aproximado de la boca: 26 cm.

3. Dos fragmentos de una vasija, como la anterior, si bien con el borde un poco más vertical, pero sin dejar de inclinarse sensiblemente hacia afuera. Está hecha a

mano, con pasta amarronada, textura escamosa y superficie del mismo color, bien bruñida. Diámetro aproximado de la boca: 24 cm.

4. Fragmento de vasija hecha a mano, con forma de fuente de boca ancha, de paredes finas. El borde, fuertemente inclinado hacia el exterior, queda separado del cuerpo inferior de la vasija, concooidal y poco profundo, por una carena de hombro a cuya altura se aprecia un «mamelón» con perforación vertical. Pasta amarronada, textura escamosa y superficie bruñida, sin brillo, de color castaño. Diámetro de la boca: 17,9 cm. Diámetro a la altura de la carena: 13,3 cm. Altura aproximada: 5,5 cm.

5. Varios fragmentos de una misma vasija, hecha a mano, con forma de fuente de boca ancha. Borde arqueado hacia afuera, que arranca de una carena de hombro. La parte inferior de la vasija es concooidal y poco profunda, como siempre ocurre en este tipo de vasos. Pasta pardo-amarronada, con inclusiones arenosas y textura escamosa. Superficies bien espatuladas, de color castaño oscuro. Diámetro de la boca: 20 cm. Diámetro a la altura de la carena: 16,4 centímetros. Altura: 6,9 cm.

6. Varios fragmentos, encontrados en diferentes sitios del área excavada, pertenecientes a una misma vasija, hecha a mano, con forma de fuente de boca ancha. Perfil del borde sumamente estilizado, algo alargado, inclinado hacia afuera y separado de la parte inferior de la vasija, concooidal y poco profunda, por una carena de hombro, suavemente redondeada. Pasta color marrón oscuro, con inclusiones y textura escamosa. La superficie, bruñida, tiene color amarronado negruzco. Diámetro de la boca: 25,4 centímetros. Diámetro del cuerpo, a la altura de la carena: 21 cm. Altura aproximada: 7,9 cm.

#### *Figura 24*

7. Fragmento de «cuenco carenado», hecho a mano, con borde corto y algo curvado hacia el exterior. Pasta gris clara, con núcleo más oscuro y superficie gris clara, bruñida. Diámetro aproximado de la boca: 26 cm.

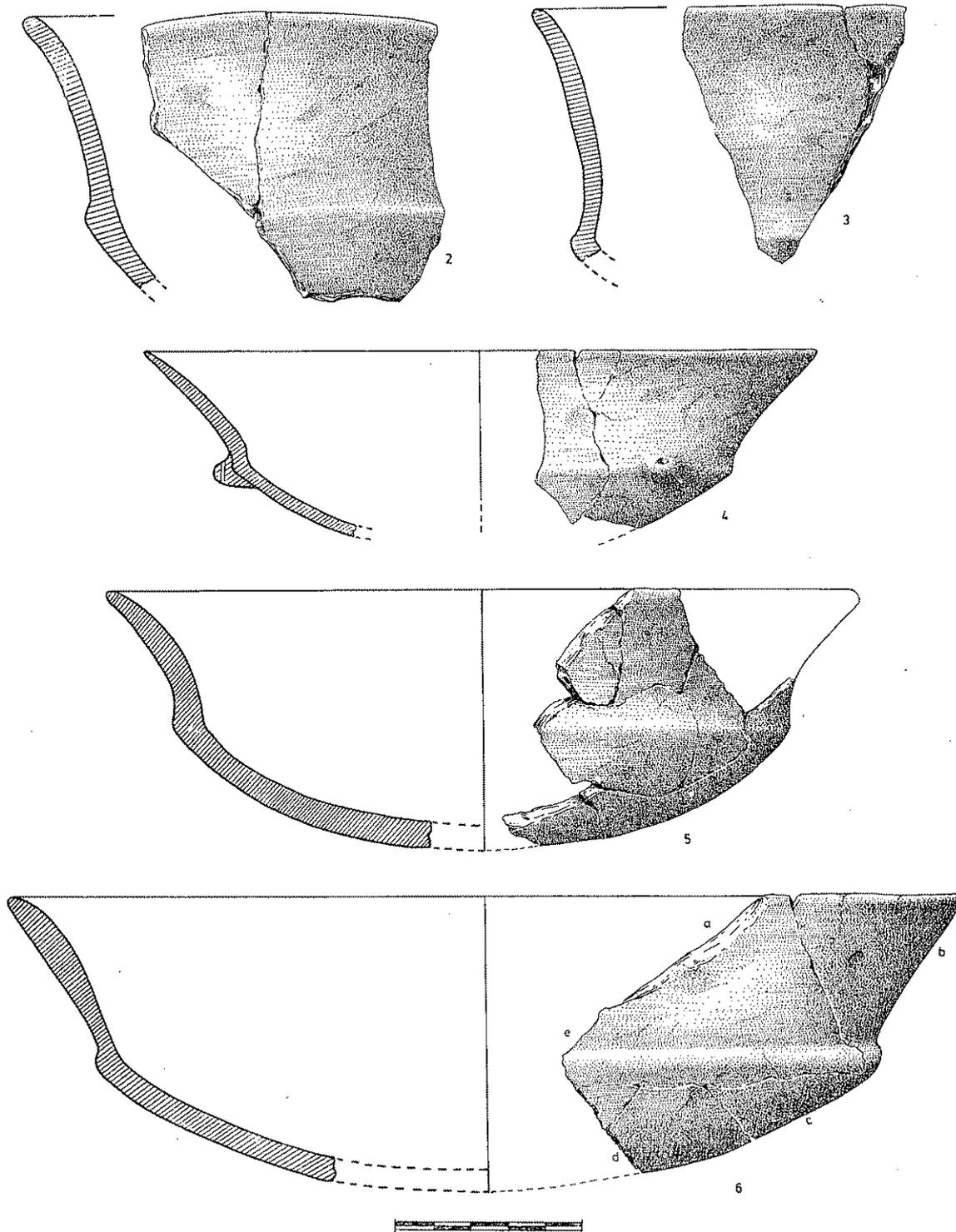


Fig. 23. — Fuentes de cuerpo profundo, carena alta y borde alargado (núms. 2 y 3) y fuentes carenadas con base concoidal (núms. 4, 5 y 6).

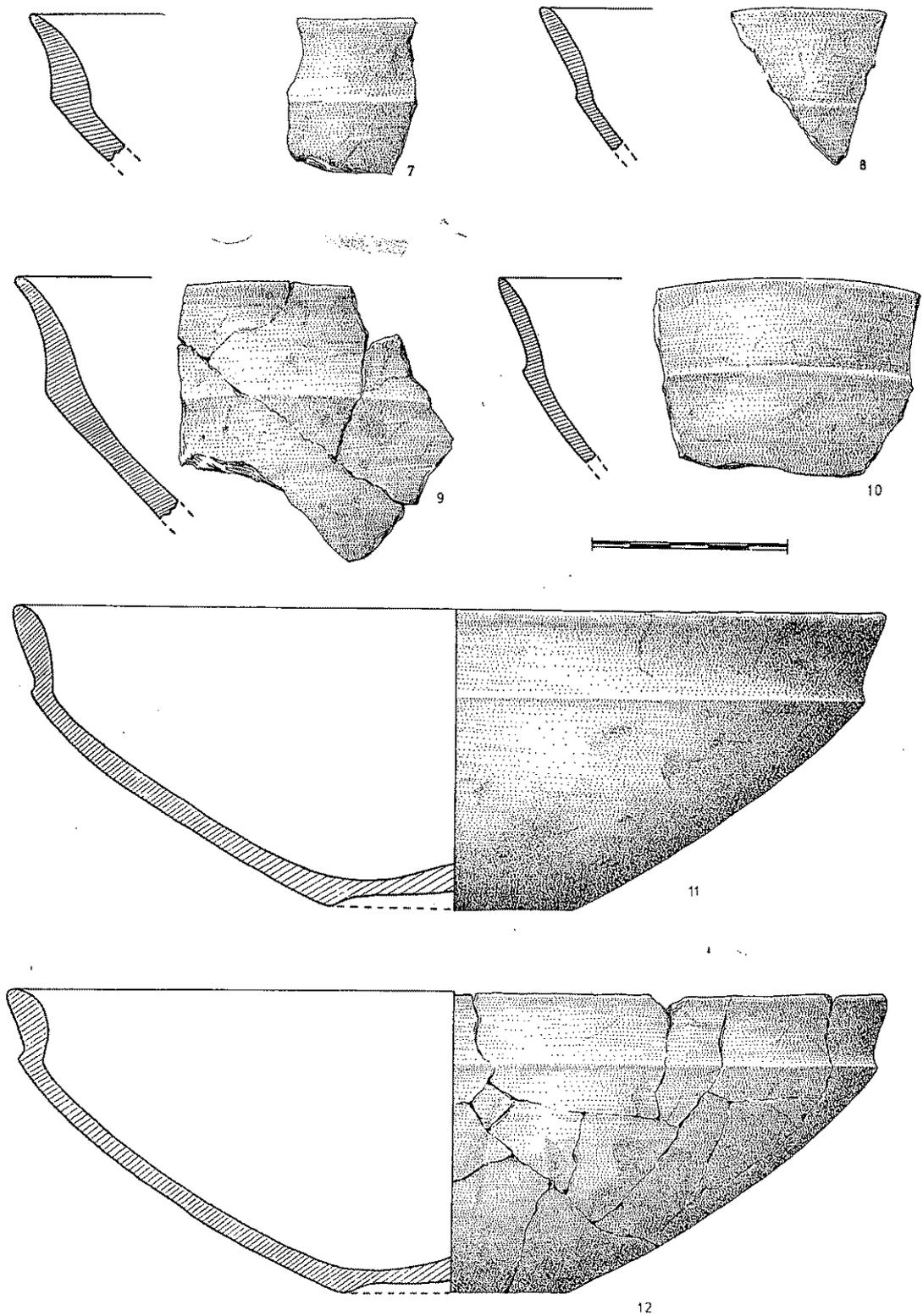


Fig. 24. — Fuentes y cuencos carenados, con borde corto y a veces abultado por su cara interna.

8. Fragmento de «cuenco carenado», hecho a mano, con borde alargado, de paredes finas, algo inclinado hacia afuera. Pasta grisácea, textura escamosa fina, con inclusiones arenosas. Superficie bruñida, de color gris-verdoso-claro. Diámetro de boca aproximado: 20 cm.

9. Cuatro fragmentos de una gran fuente carenada, hecha a mano, con borde corto y curvado hacia el exterior. Pasta gris, textura escamosa y superficie bruñida, de color gris-verdoso. Diámetro de la boca: 32 cm.

10. Fragmento de «cuenco carenado», hecho a mano, con borde algo alargado, de paredes finas, curvado hacia el exterior. Pasta grisácea, textura escamosa fina y superficies bruñidas de color gris-verdoso-claro. Diámetro de la boca: 15 cm.

11. Cuenco carenado, hecho a mano, con borde corto, algo inclinado hacia afuera y sensiblemente abultado por su cara interna. Presenta en la parte exterior de su fondo un «macro-omphalos» y coincidentemente con el centro de su línea interior un ligero abultamiento. Pasta grisácea, con núcleo más oscuro, textura escamosa y superficies bruñidas, de color gris. Diámetro de la boca: 22,2 cm. Diámetro a la altura del hombro: 21,2 cm. Altura: 7,5 cm.

12. Varios fragmentos de un cuenco carenado, hecho a mano, con borde corto, abultado por su cara interior. Como la vasija anterior presenta en el fondo un «macro-omphalos» por el exterior y un abultamiento central, por el interior. Pasta grisácea, textura escamosa y superficie, bien bruñida, de color gris. Diámetro de la boca: 22,5 cm. Diámetro a la altura del hombro: 21,8 centímetros. Altura: 7,6 cm. (Este tipo de vasija puede citarse como base para las comparaciones con formas similares de la cuenca del Guadalquivir.)

#### Figura 25

13. Fragmento de vasija, con forma de fuente profunda, hecha a mano. Borde ligeramente abultado por el interior e indicado por su cara externa mediante su propio adelgazamiento. Pasta de color grisáceo, con núcleo más oscuro y textura escamosa fina. La superficie está bruñida y es de color gris-

verdoso-claro. El diámetro aproximado de la boca es de 28 cm.

14. Varios fragmentos de una vasija como la anterior, pero con el borde curvado hacia el exterior. Pasta de color gris, con inclusiones arenosas en su trama y textura escamosa fina. La superficie ha sido bruñida y es de color gris-verdoso-claro. Diámetro aproximado de la boca: 30 cm.

15. Tres fragmentos de una vasija, del mismo tipo que las anteriores, pero con la parte superior del borde mucho más corta. Tiene pasta de color gris oscuro, con inclusiones arenosas y textura escamosa. La superficie, bien bruñida, es de color gris claro, con algunas zonas más oscuras o requemadas. Diámetro de la boca: 14 cm. Altura aproximada: 8,2 cm.

16. Varios fragmentos de una misma vasija, que entra dentro del mismo grupo que las anteriores, con borde corto, algo saliente, que presenta «labio lobulado». Pasta color verdoso, con núcleo algo más oscuro y textura escamosa. La superficie de color gris-verdoso-claro, se encuentra bruñida. Diámetro de la boca: 23 cm. Altura aproximada: 7,5 cm.

17. Varios fragmentos de una misma vasija, con forma de fuente profunda, clasificable dentro del grupo de las anteriores, que presenta borde muy corto, ligeramente saliente, plano por su cara superior, y también de «labio lobulado». Sus paredes son menos concoidales, y más troncocónicas, que las anteriores. Presenta asimismo fondo «aplanado». Su pasta es amarronada, con núcleo sensiblemente más oscuro y la textura es escamosa. Las superficies están espatuladas, casi sin brillo, y son de color amarronado. El diámetro de la boca es de 20,8 cm. Diámetro del fondo: 7,2 cm. Altura: 6,2 cm.

#### Figura 26

18. Fragmento de un pequeño «cuenco», hecho a mano, con alta carena de hombro, borde corto, algo abultado por su cara interna y completamente vertical en su disposición. Pasta gris, textura escamosa fina. Superficie de color grisáceo, bruñida pero sin brillo actualmente. Diámetro de la boca: 12,2 cm.

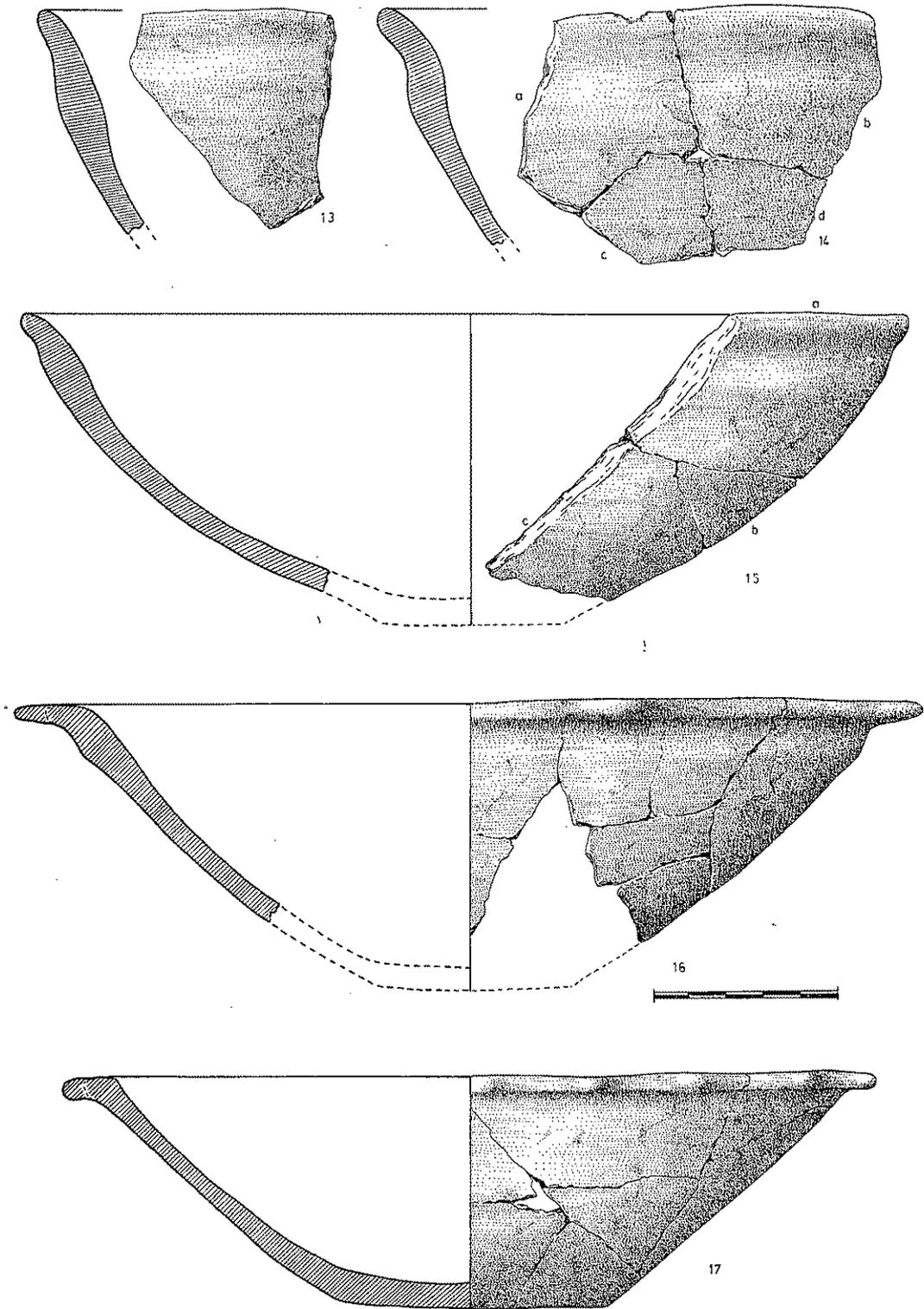


Fig. 25. — Variantes de cuencos y fuentes carenadas, de cuerpo troncocónico.

19. Tres fragmentos pertenecientes a una pequeña vasija, hecha a mano, en forma de «cuenco» o «fuente honda», con borde corto, algo saliente y de labio puntiagudo. Arranca de una carena de hombro, dispuesta muy alta en el perfil del vaso. La pasta es grisácea, con núcleo negruzco. La textura es escamosa y la superficie, con buen espatulado, es de color gris-verdoso-claro. Diámetro de la boca: 12,2 cm.

20. Varios fragmentos de una misma vasija, de tamaño pequeño, hecha a mano, con carena alta y borde corto, algo curvado hacia afuera. En la línea de la carena se aprecia un «mamelón», perforado verticalmente. Pasta grisácea, con núcleo algo más oscuro y textura escamosa. La superficie, bruñida pero sin brillo actualmente, es de color grisáceo. Diámetro de la boca: 12 cm.

21. Dos fragmentos de una misma vasija, de tamaño pequeño, hecha a mano, con forma de fuente honda. Presenta carena alta y borde corto, abultado por su cara interior y algo curvado hacia afuera. La pasta es gris, con núcleo oscuro y textura escamosa. La superficie, bien bruñida, presenta una coloración grisácea. Diámetro de la boca: 14 cm.

22. Dos fragmentos de una pequeña vasija, hecha a mano, con forma de cuenco profundo, con fondo aplanado. Presenta carena alta y borde corto, abultado por el interior y abierto hacia el exterior. La pasta es grisácea, con inclusiones, textura escamosa y con el núcleo ligeramente más oscuro. La superficie, bien bruñida, es de color gris negruzco. Diámetro de la boca: 14 cm. Diámetro del fondo: 3,5 cm. Altura: 6,2 centímetros.

Figura 27

23. Varios fragmentos, encontrados en diversos sitios del área excavada, pertenecientes a una misma vasija, hecha a mano. Presenta un cuerpo inferior con tendencia a lo concoidal y a la poca profundidad, un hombro suavemente redondeado y un borde sumamente largo, que se convierte al mismo tiempo en cuello cilíndrico, dada su disposición casi vertical. Queda rematado por un pequeño labio saliente. Pasta amarronada y

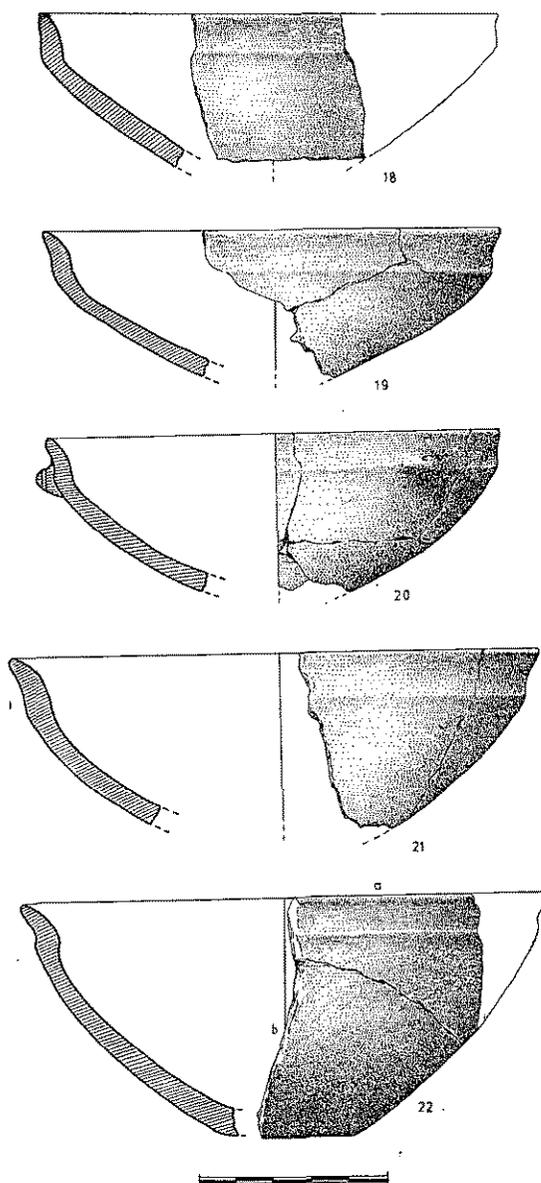


Fig. 26. — Variantes de fuentes y cuencos carenados, de tamaño menor.

textura escamosa, apreciándose inclusiones micáceas en la trama. La superficie, bien espatulada, pero sin brillo, es de color amarillado. Diámetro de la boca: 17 cm. Diámetro a la altura media del hombro: 19,5 centímetros.

24. Varios fragmentos pertenecientes a una misma vasija, hecha a mano, con idéntica

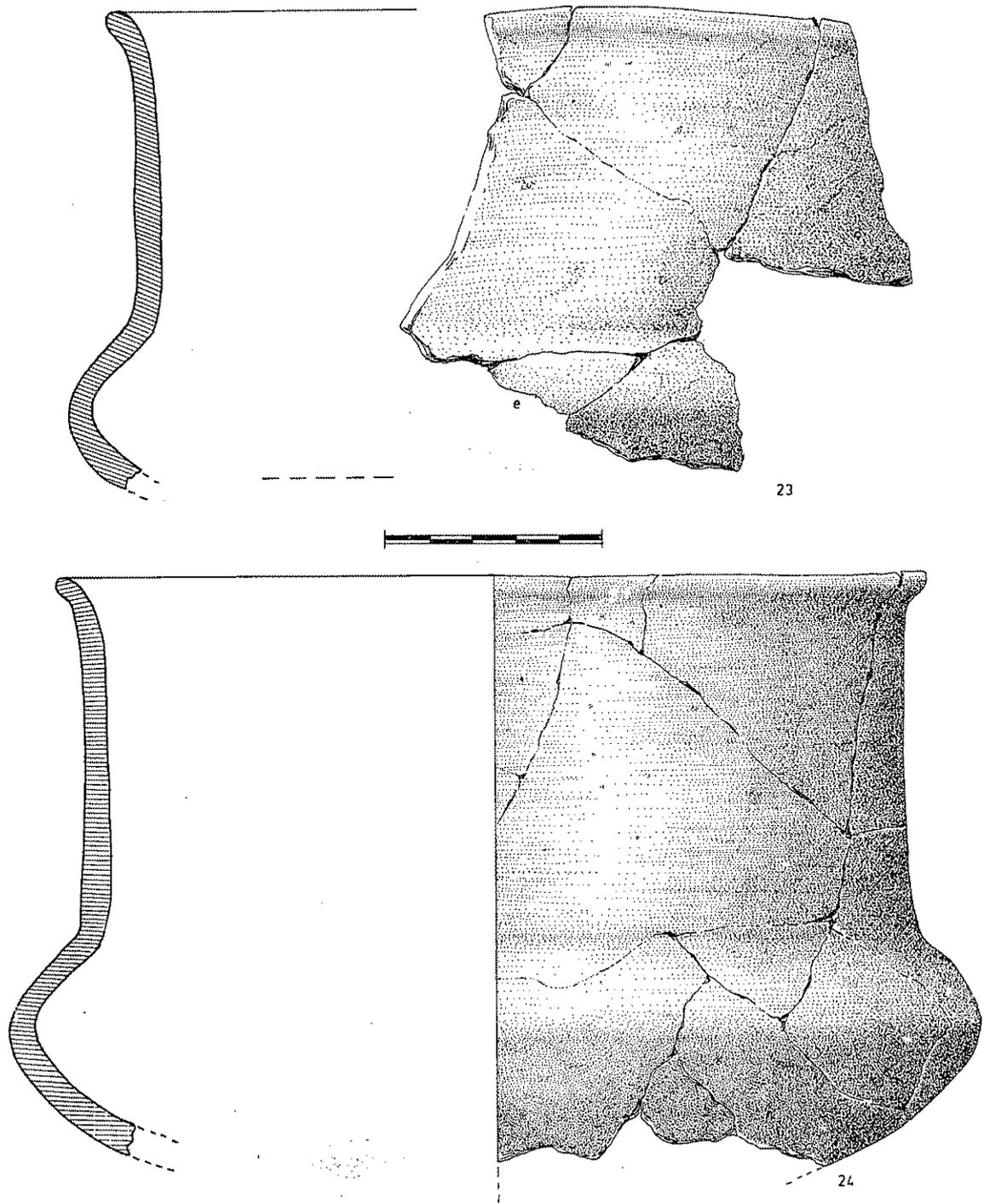


Fig. 27. — Vasijas de cuerpo panzudo y cuello cilíndrico.

ticas características que la anteriormente descrita. Únicamente varía en su tamaño, sensiblemente mayor. Diámetro de la boca: 20,2 cm. Diámetro a la altura media del hombro: 22,5 cm.

26. Fragmento de pequeña vasija, en forma de olla como la anterior, hecha a mano y con paredes un poco más gruesas. La pasta es grisácea, con núcleo más oscuro. Superficie gris-verdoso, bruñida.

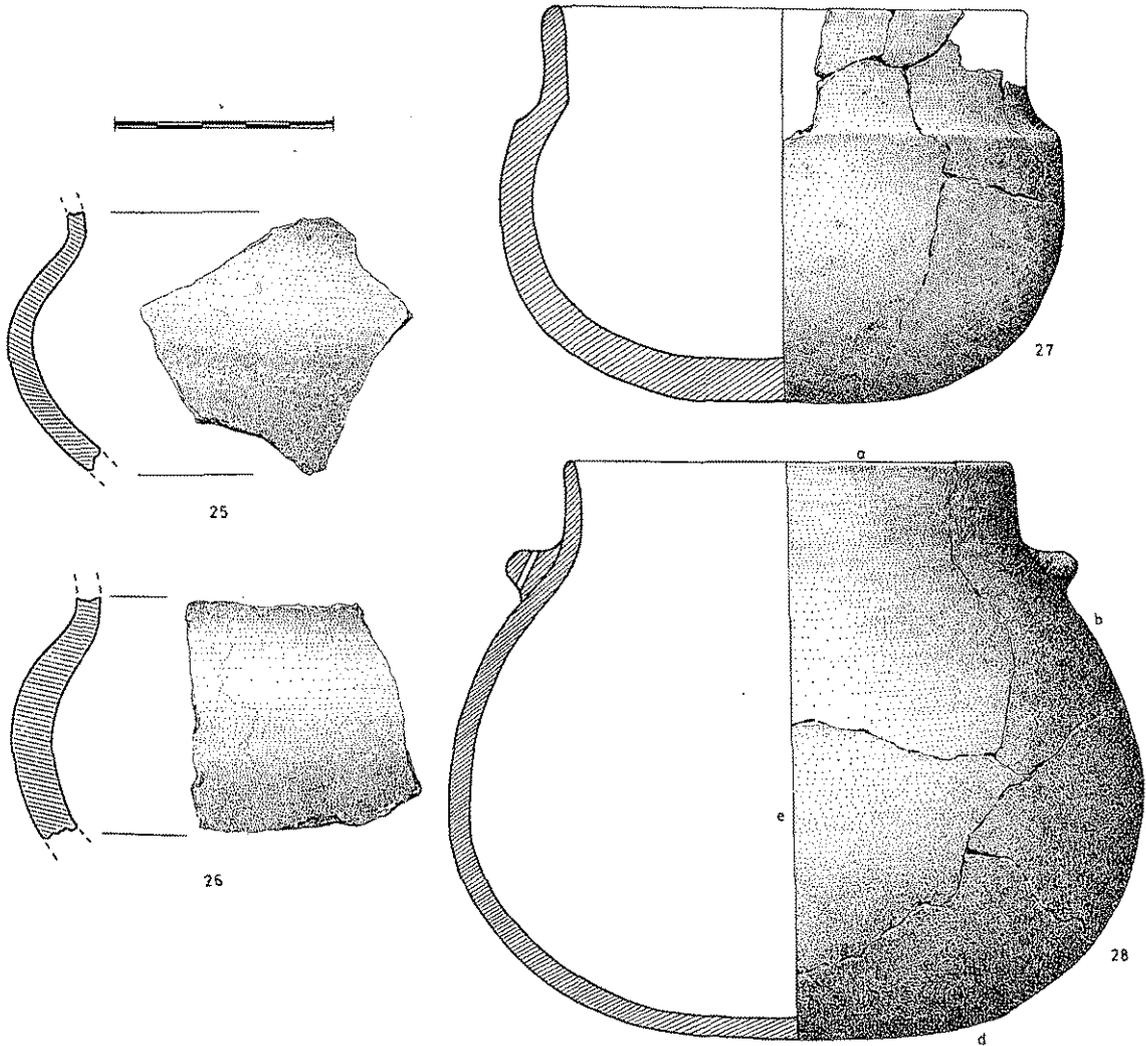


Fig. 28. — Vasijas globulares de cuello indicado.

Figura 28

25. Pequeña vasija en forma de olla, hecha a mano, de la cual se ha podido recoger un fragmento, que comprende parte de su cuerpo, y arranque de cuello, algo saliente. Pasta grisácea y textura algo harinosa. Superficie gris, bruñida.

27. Varios fragmentos de una misma vasija, de tamaño pequeño, hecha a mano. Tiene forma de olla y presenta una carena alta, desde la que arranca un cuello, corto y vertical, de labio redondeado. La pasta es amarronada, con inclusiones arenosas y textura escamosa. La superficie está alisada y es de color marrón. Diámetro de la boca:

11 cm. Diámetro a la altura de la carena: 12,5 cm. Altura: 8,6 cm.

28. Varios fragmentos de una misma vasija, encontrados en diversos lugares del área excavada, hecha a mano, en forma de olla, con borde corto, vertical, que sólo se diferencia del cuerpo de la vasija en una forma suave, para formar un pequeño cuello cilíndrico. A la altura del hombro presenta

es de color amarillento sucio. Diámetro de la boca: 28 cm.

30. Fragmento del cuerpo de una vasija, de forma indeterminada, hecha a mano y de calidad grosera. Presenta un asa en forma de «estribo» o «casquillo», que justifica su presentación. La pasta es de color grisáceo, con núcleo más oscuro. La superficie, mal alisada, es de color amarillento.

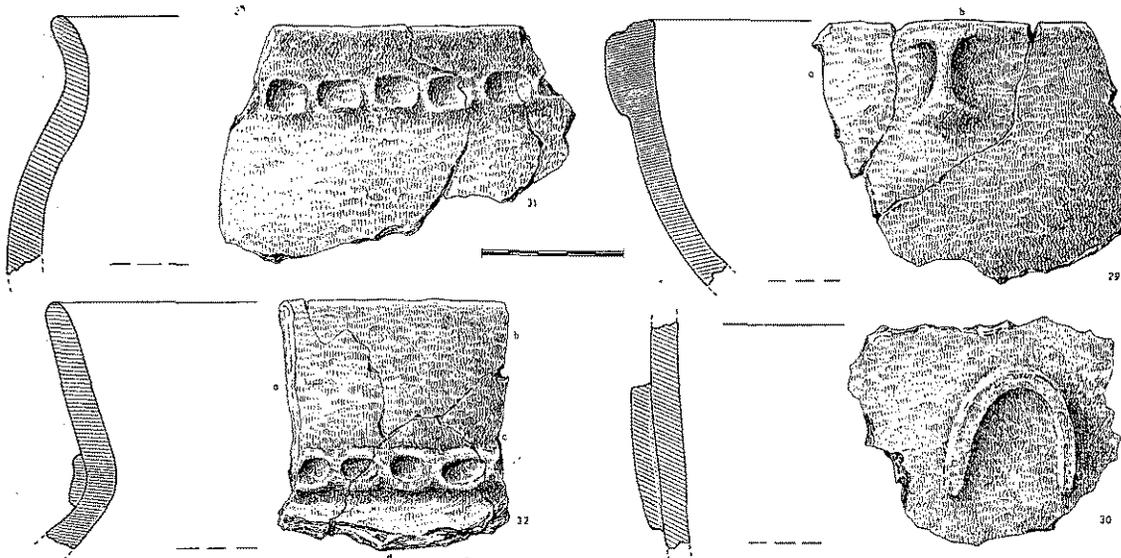


Fig. 29. — Cerámica grosera con digitaciones y asidero en forma de «herradura».

un mamelón, perforado verticalmente. La pasta es amarillada, como la superficie, que se encuentra alisada. Diámetro de la boca: 10,2 cm. Anchura media del cuerpo globular: 15,8 cm. Altura: 12,8 cm.

#### Figura 29

29. Fragmentos de una misma vasija, aparecidos en diferentes sitios del área excavada. Está hecha a mano, presentando una calidad más bien grosera. Su forma sería la de un gran cuenco, de paredes gruesas y algo verticales en su tramo superior. Presenta cerca del borde un gran mamelón, que ha sido digitado por sus dos caras, hasta darle una forma de «puente» o asidero vertical. La pasta, grosera igualmente, muestra inclusiones arenosas y una textura de escamidad gruesa. La superficie, mal alisada,

31. Fragmentos de una misma vasija, con cuerpo globular, cuello suavemente indicado y borde corto y saliente. Presenta en la línea del hombro una serie de digitaciones, dispuestas horizontalmente, contorneando a la vasija. La pasta es bastante grosera. La superficie apenas ha sido alisada y es de color marrón muy claro, tirando a beige. Diámetro aproximado de la boca: 18 cm.

32. Varios fragmentos de una misma vasija, encontrados en diversos sitios del área del poblado excavada. Está hecha a mano, con forma de cuello indicado algo vuelto o inclinado hacia afuera. Presenta un cordón digitado, a manera de decoración. Pasta amarillenta con núcleo gris. Superficie alisada, de calidad grosera, que tiene coloración amarillenta sucia. Diámetro de la boca: 18 centímetros.

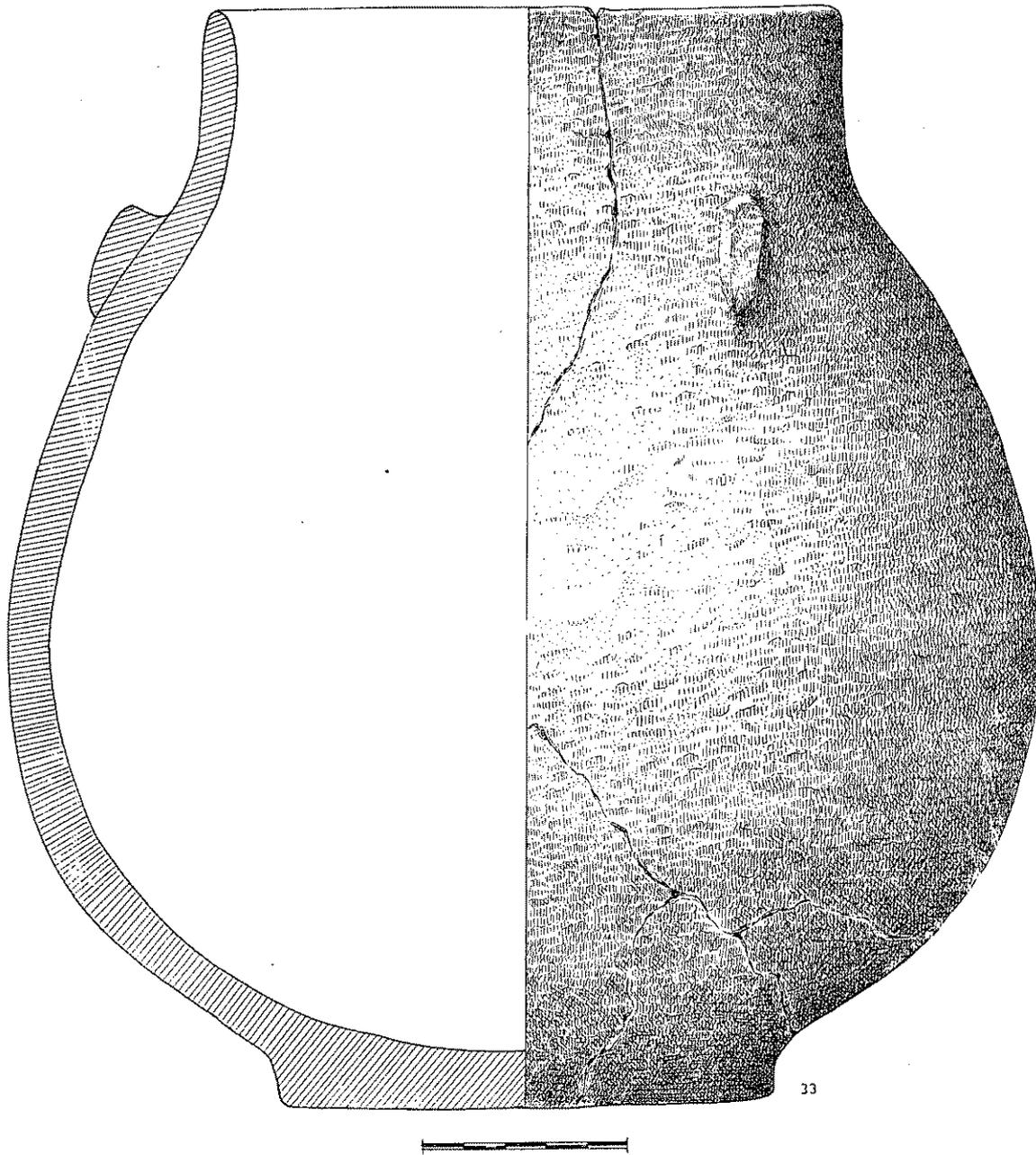


Fig. 30. — Vasija grosera, de cuerpo panzudo, cuello indicado y fondo plano.

*Figura 30*

33. Varios fragmentos, pertenecientes a una misma vasija, hecha a mano, con cuerpo panzudo y fondo típicamente plano. En su parte superior el perfil se estrecha suave-

mente para darle forma a un cuello, de paredes algo verticales y de labio redondeado. A la altura del hombro presenta sendos mamelones, opuestos simétricamente de lado y lado de la vasija, que se disponen en forma de «lenguetas» verticales, con la cara

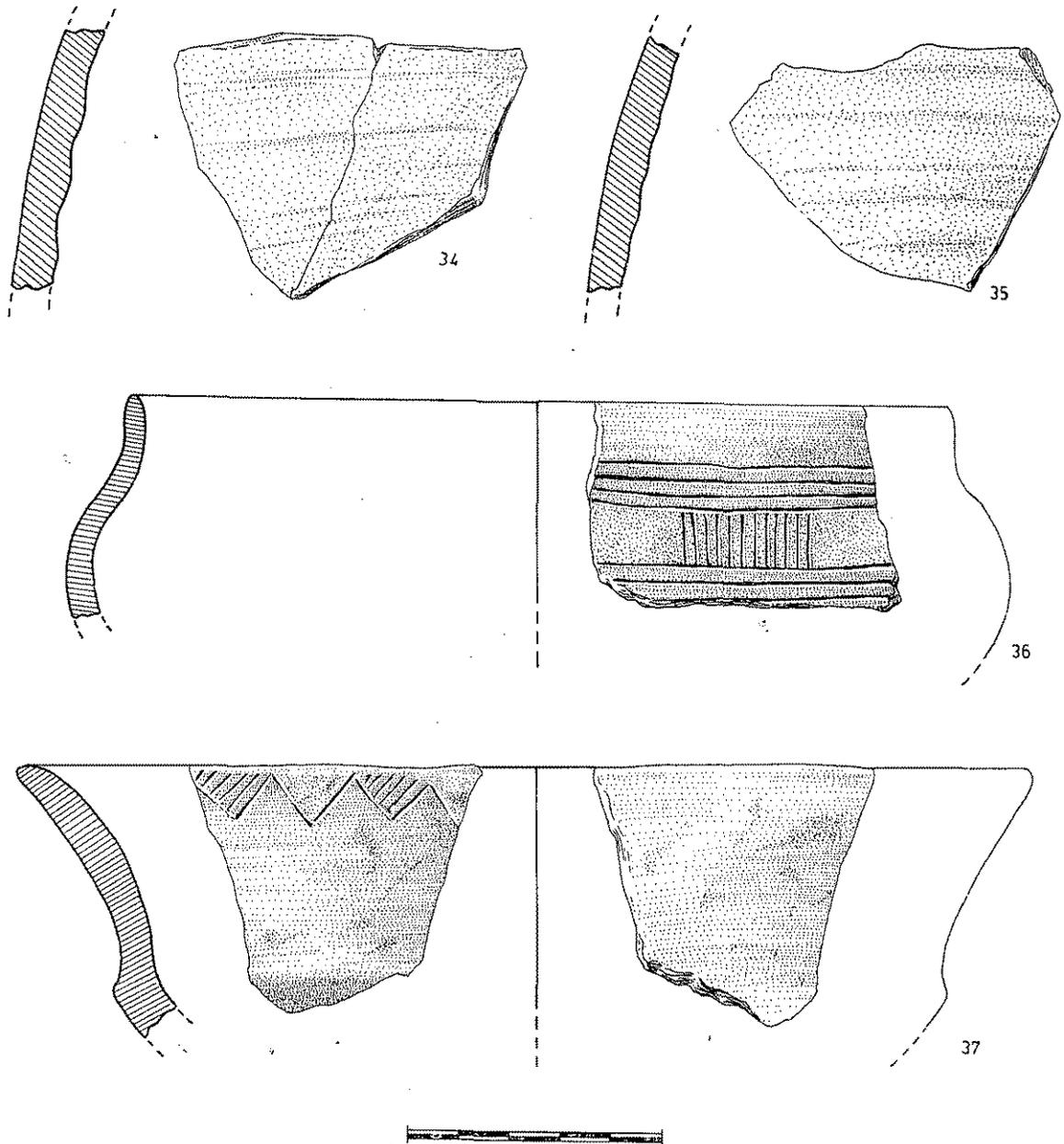


Fig. 31. — Fragmentos hechos a torno (núms. 34 y 35) y hechos a mano, decorados con motivos incisos.

superior aplanada. La pasta es de color amarillento, grosera, con núcleo un poco más oscuro y textura de escamas gruesas. La superficie, alisada, es de color amarillento sùcio. Diámetro de la boca: 15,4 cm. Diámetro del cuerpo en su anchura máxima: 25 cm. Diámetro del fondo: 12 cm. Altura: 26,2 cm.

#### Figura 31

34. Fragmentos de vasija hecha a torno. Aunque amorfos parecen pertenecer a tipos «anforoides», como los que tanto abundan en el yacimiento. Presentan pasta sumamente esquistosa, coloración superficial rosado-amarillenta; y contrastan en el estrato

en que aparecen, donde toda la cerámica, excepto ellos, está hecha a mano.

35. Fragmento, como el anterior, perteneciente a una vasija hecha a torno. Presenta pasta esquistosa de color amarillento-rosado, como el de la superficie. Pudiera pertenecer al mismo vaso que el fragmento anterior y como él resulta contrastante en el medio en que se estratifica.

36. Fragmento de una ollita, hecha a mano, decorada con incisiones, que delimitan una franja a la altura del hombro, en la que se aprecia una metopa de trazos verticales y paralelos. Presentaba restos de pintura roja en el cuello; a base de una materia que se diluye fácilmente en el agua, y que se retira igualmente si se frota. Pasta grisácea y superficie tirando a beige grisáceo, bruñida. Diámetro de la boca aproximado: 16,4 cm. Se coloca en esta lámina y no con las vasijas de su grupo por haber sido encontrado junto con los fragmentos a torno anteriormente descritos.

37. Fragmento de fuente carenada, con borde alargado y algo curvado hacia el exterior. Se encuentra decorada por el interior, cerca del labio, mediante una línea zigzagueante, que forma triángulos colgantes. Intercaladamente se decoran algunos de ellos mediante incisiones inclinadas y paralelas, mientras que los que no reciben esta

decoración son tratados con pintura roja, de la misma calidad que la anteriormente apuntada, en el fragmento n.º 36. Diámetro de la boca: 20,2 cm. Esta vasija, que presenta una superficie de color amarronado y está bruñida, se incluye en la presente lámina por haberse encontrado igualmente asociada a los fragmentos hechos a torno n.º 34 y 35.

#### Figura 32

38. Cinco fragmentos de un plato hondo, con labio fuertemente saliente y parte superior del cuerpo indicada por un hombro carenado, que por el interior de la vasija no se indica. Presenta fondo ligeramente rehundido. La pasta amarronada es notablemente esquistosa, y la superficie de color beige ha recibido un baño arcilloso, mediante tratamiento espatulado. Esto último dificulta la apreciación sobre su fabricación. Sin embargo, en la cara externa del fondo se puede ver que no está hecha a mano (¿torno lento?). En el labio y en el interior presenta dos bandas de color rojo, pintadas con una materia que no se va con el agua. Diámetro de la boca: 20 cm. Diámetro del fondo: 5,8 cm. Altura: 5,7 cm. Por su notable contraste con los materiales del horizonte en que aparece se sabe que es importada, fenicia, del siglo VIII a. C.

### V. LA CERÁMICA DE LAS FASES MÁS ANTIGUAS DE LOS SALADARES Y SUS PARALELOS

Las primeras fases del poblado de Los Saladares están significadas por la cerámica hecha a mano, única y exclusivamente.

Este momento, que es el más antiguo comprobado hasta ahora en el yacimiento, recibió en su etapa final (fase I-A 3) algunos barros importados del mundo fenicio que hasta entonces no se comienzan a estratificar.

Esto último queremos dejarlo bien sentado, para poder comprender que dichas importaciones (como el fenómeno cultural que representan) son un *termi-*

*nus* en la Vega Baja del Segura, para la consideración de un horizonte indígena precedente y receptor.

En líneas generales la cerámica más antigua de Los Saladares se puede subdividir en dos grupos: uno de calidad cuidada, con vasijas alisadas, espatuladas y bruñidas, y otro de calidad grosera, con vasijas de superficie menos cuidada. Como veremos más adelante, también existen algunas vasijas *con cuello alisado* y *cuerpo rugoso*, si bien no muy numerosas.

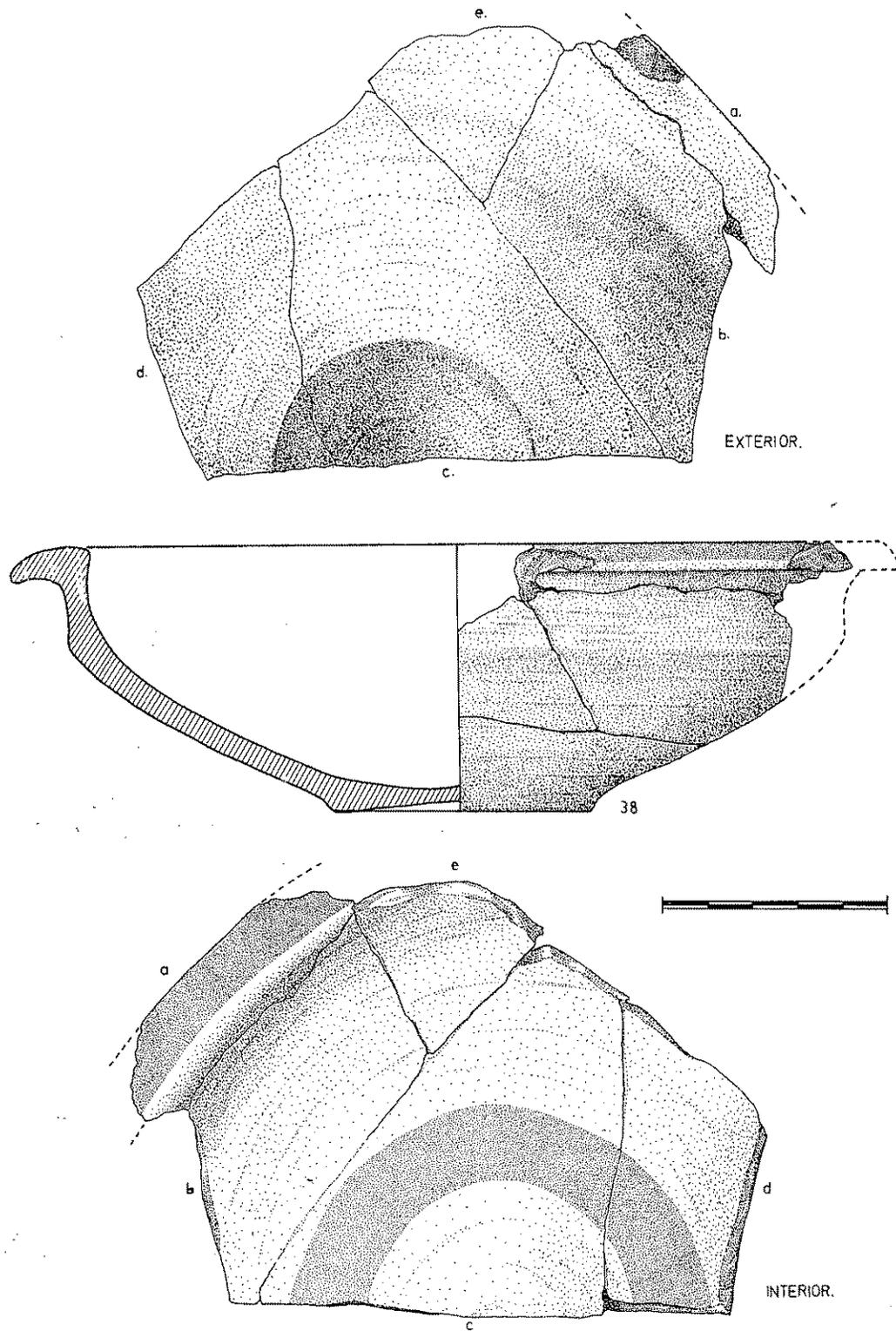


Fig. 32. — Vasija importada, hecha a torno, fenicia, de la segunda mitad del siglo VIII a. C.

Algunos investigadores habían venido creyendo poder establecer una clara separación cronológica y cultural, en algunos yacimientos del Bronce Final peninsular, considerando la posibilidad de que ciertas vasijas de calidad grosera, por sus mismas características, pudieran haber sido más arcaicas que otras de calidad cuidada. Para ello se apoyaban en la estratificación de fragmentos groseros, en algún sitio infrapuestos a la cerámica cuidada. Sin embargo, esta separación estratigráfica no se acaba de corroborar en Los Saladares ni en otros yacimientos de su época, excavados con la extensión suficiente. Se observa, por el contrario, que las cerámicas cuidadas y groseras aparecen en idénticos niveles.

En nuestro yacimiento, incluso cuando se generaliza la utilización de la cerámica a torno, continúan apareciendo las vasijas de aspecto tosco, con sabor «arcaizante» y tipología similar a la cerámica prehistórica antes citada.<sup>11</sup> Y es que en uno y otro caso muchas formas de la cerámica grosera se utilizaban, simple y llanamente, como vajilla de cocina.

Por ello podemos afirmar que en Los Saladares la asociación entre cerámica cuidada y cerámica grosera, desde la prehistoria hasta los tiempos ibéricos, era una cosa bastante normal. La explicación queda fácilmente comprendida en los diferentes servicios que prestaban los dos

grupos cerámicos, sin que la mera presencia de una vasija tosca, aislada en cualquier estrato sin cerámica cuidada, represente obligadamente una razón de antigüedad mayor.

Por todo lo que acabamos de decir se comprende que la separación que aquí hacemos, entre cerámica a mano cuidada y grosera, no tiene otra finalidad que la de facilitarnos el estudio de ambos grupos.

Una vez hecha esta aclaratoria (sin agotar el número de formas que constituyen el cuadro tipológico de la cerámica a mano, propio del Bronce Final de Los Saladares), resumiremos algunas conclusiones comparativas a base de las vasijas que se hallaron en el Sector VIII.

#### CERÁMICA CUIDADA

##### 1. Fuentes carenadas de boca ancha (fig. 23, ej. la n.º 6)

Esta forma y sus variantes resulta propia de todos los niveles con cerámica a mano del yacimiento. Es decir, que se halla su desarrollo tipológico desde los niveles más antiguos hasta aquellos propios de nuestro «Horizonte Preibérico», desapareciendo con la instauración de la cerámica a torno en el poblado.

Las fuentes carenadas resultan muy abundantes, a partir del Bronce Final, tanto en Andalucía oriental<sup>12</sup> como en

11. Resulta indudable que cuando algunos ambientes indígenas asimilaron el uso del torno, abandonando los estadios de la cerámica a mano, conservaron en sus cerámicas de cocina un mayor arraigo hacia las tradiciones tipológicas de la etapa anterior. En este hecho se fundamentaba la idea expuesta por don I. Ballester Tormo, sobre una cerámica arcaizante. Sin embargo, dado el gran parecido que presentan algunas vasijas de cocina del mundo ibérico con otras vasijas groseras prehistóricas, muchas veces se han llegado a confundir aquéllas con estas últimas.

12. Aunque son todavía más numerosas las que están inéditas, ver las que procedentes de Granada, Jaén, Almería, Murcia, Málaga y Albacete, se dan a conocer en: A. ARIBAS, E. PAREJA, F. MOLINA, O. ARTEAGA y F. MOLINA, *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce del Cerro de la Encina, Monachil, Granada*, Excavaciones Arqueológicas en España, t. 81, Madrid, 1974, pág. 81, fig. 66; M. PELLICER y W. SCHULE, *El Cerro del Real, Galera, Granada*, Excavaciones Arqueológicas en España, t. 52, Madrid, 1966, con numerosos ejemplares; J. SÁNCHEZ MESEGUER, *Las cerámicas del Bronce Final de Galera*, Informes y Trabajos del Instituto de Conservación y Restauración, t. 9, Madrid, 1969; J. M. BLÁZQUEZ MARTÍNEZ y F. MOLINA FAJARDO, *La necrópolis ibérica de los patos en la ciudad de Cástulo, Linares, Jaén*, en *XII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1973, láms. III

tierras del Sudeste.<sup>13</sup> Sin olvidar otros ejemplos del Levante, todo nos hace suponer que acaso fueran más típicas de estos territorios, donde antes habían florecido las culturas de El Argar y del Bronce Valenciano, aunque después hubiesen alcanzado una mayor difusión peninsular,<sup>14</sup> gracias a las relaciones del Bronce Final, sin que faltasen otros «tipos hermanos» e imitaciones en áreas vecinas.

El fenómeno de las vasijas con carena alta, como el mismo de las vasijas gruesas de fondo plano y cordones digitados en el cuello, a veces dificulta las matizaciones tipológicas regionales, porque estaban curiosamente generalizados en el Bronce Final Reciente. Por ello hemos señalado intencionalmente que nuestras comparaciones van dirigidas a vasijas similares al ejemplar n.º 6 del inventario, dibujada en la figura 23, que arrancan del Bronce Final Antiguo.

Sobre estos problemas de vasijas carenadas y gruesas del Bronce Final que recordaremos más de una vez en estas líneas, tenemos en publicación un trabajo más detallado.

No queremos finalizar de todos modos sin hacer mención de las fuentes carenadas, como las nuestras, pero que se deco-

ran con motivos geométricos, pintados de color rojo y amarillo, hechos a base de trazos muy finos y mostrando una gran perfección técnica. Es decir, acaso tan depurada como la que reflejan las cerámicas geométricas pintadas de la Baja Andalucía.<sup>15</sup>

Sin embargo, la pintura utilizada en las fuentes carenadas de Andalucía oriental y del Sudeste se marcha más fácilmente, con agua o por una frotación fuerte. También es oportuno aclarar que las fuentes carenadas con decoración pintada bicroma, en contados casos, parecen alargarse un poco más en el tiempo que las monocromas de la Baja Andalucía, donde las policromas a torno traídas por los fenicios parecen haber llegado primero, lográndose igualmente una «suplantación» más prematura, dentro de los gustos por la cerámica pintada.

## 2. Vasijas carenadas con cuerpo tronco-cónico (fig. 23, n.º 2)

Aunque en el Sector VIII no contamos con perfiles más completos, en razón de lo que conocemos en el mismo yacimiento, podemos decir que presentan un borde más o menos alargado, sin que falten las variantes de borde más corto.

y VIII, I; E. y L. SIRET, *Las primeras edades del metal en el Sudeste de España*, Barcelona, 1890, láms. 6, 19 y 12, 2; H. SCHUBART, H. G. NIEMEYER y M. PELLICER CATALÁN, *Toscanos. La factoría paleopúnica de la desembocadura del río de Vélez*, Excavaciones Arqueológicas en España, t. 66, Madrid, 1969, lám. XIX, fragmento 1014-a; M. A. GARCÍA GUINEA y J. A. SAN MIGUEL RUIZ, *Poblado ibérico de El Macalón (Albacete)*, Excavaciones Arqueológicas en España, t. 25, Madrid, 1964, figs. 8, 14, 24, 26, etc.

13. Junto con algunas fuentes carenadas recogidas personalmente por nosotros en algunos yacimientos almerienses y murcianos, vale la pena mencionar la existencia de dos fuentes carenadas poco evolucionadas y geminadas, procedentes del Cabezo Redondo, expuestas en el Museo Arqueológico Comarcal de Villena. También en el Museo Arqueológico de Murcia se expone un ejemplar (completamente evolucionado) procedente de los alrededores de la Bastida de Totana, según la amable información que nos ha suministrado don Manuel Jorge Aragonés.

14. Sobre los paralelos peninsulares de estas vasijas, como de otras que con ellas se pueden comparar, tenemos en prensa un trabajo más detenido. Puede verse lo dicho sobre estas mismas formas en H. SCHUBART, *Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Oeste peninsular*, en *Trabajos de Prehistoria*, t. 28, Madrid, 1971, págs. 176 ss. En esta obra se citan las vasijas dadas a conocer por Siret.

15. J. M. BLÁZQUEZ, J. M. LUZÓN, K. CLAUSSE y F. GÓMEZ, *Huelva Arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro, Huelva*, Madrid, 1970; J. de M. CARRIAZO, *Tartessos y El Cavambolo*, Publicaciones del Patronato Nacional de Museos y Dirección General de Bellas Artes, Madrid, 1973.

La característica que las separa de otras vasijas de carena alta es la de tener un cuerpo más panzudo y profundo, que cuando sus paredes resultan un poco menos concoidales y están rematadas por un fondo «aplanado» se convierten en «tronco-cónicas».

Sus paralelos en la región no son muy abundantes, hasta ahora, y en su mayoría proceden de nuestras prospecciones todavía inéditas.

En otros ambientes del Bronce Final-Hierro Antiguo tampoco faltan las formas parecidas, que no siempre se pueden hacer depender de una misma vertiente cultural.

Nosotros citaremos, para plantear este contraste, las vasijas que aparecen en el mundo de los «Campos de Urnas», tanto en Cataluña como en el Valle del Ebro,<sup>16</sup> aunque la apariencia tipológica no sea similar más que por el exterior.<sup>17</sup> Y sin

olvidar algunas formas meseteñas de aspecto más antiguo,<sup>18</sup> también vale la pena recordar las que se hallan en el Bronce Final del Bajo Tajo,<sup>19</sup> para darnos cuenta de lo que antes apuntábamos, sobre la dificultad de encontrar explicaciones dentro de una sola vertiente cultural. Sin embargo, como decíamos para las fuentes carenadas, tenemos un estudio en publicación, tocando a fondo estos problemas, quedando justificado el que ahora no nos detengamos en comparaciones más detalladas.

### 3. Vasijas con el cuello indicado (fig. 27)

Presentan un borde alargado, algo vertical o ligeramente abocinado, que arranca a su vez de un hombro más o menos marcado, en algún caso mediante carena redondeada y en otros de forma más pronunciada. El cuerpo suele ser algo ovoide,

16. Tenemos que puntualizar que las vasijas que aquí se conocen, con una línea tipológica aproximada a las que ahora estudiamos, presentan por lo general un hombro más abultado que carenado y el borde sensiblemente diferente. Ver por ejemplo en J. MALUQUER, *La necrópolis de la Edad del Hierro de la Torraza, en Valtierra (Navarra)*, en *Príncipe de Viana*, LII-LIII, Pamplona, 1953, fig. 6; *Id.*, *El poblado hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico*, Pamplona, 1958, fig. 34. Otras vasijas de perfil más anguloso, como las de El Redal (Logroño), presentan decoración de acanalados o excisiones, cuando no un borde biselado por el interior, como puede verse en M. C. BLASCO BOSQUED, *Notas sobre la cerámica de «El Redal» (Logroño)*, en *Miscelánea Arqueológica, XXV Aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología en Ampurias (1947-1971)*, I, Barcelona, 1974, págs. 175-186, figs. 1, 2, 3, 4 y 5. Por lo general, un análisis más detenido aportaría otras diferencias, incluso cronológicas. Aunque aquí debe ser dicho muy de pasada, las vasijas que acabamos de citar encuentran unos posibles precedentes tipológicos en el mismo nordeste de la Península, como por ejemplo en formas derivadas de los complejos contemporáneos con las «asas de apéndice». Siendo de esta manera resulta improbable encontrar derivaciones directas en el Bronce del Sudeste. No ocurre lo mismo en el Bajo Aragón, donde no faltan las relaciones a través de la Meseta.

17. A. PANYELLA y T. MAIGI, *Prospecciones arqueológicas en Sena, Huesca*, en *Ampurias*, VII-VIII, 1945-46, pág. 99, fig. 2 b, donde se aprecia claramente que, a pesar de que la forma exterior observada en la lámina I resulta bastante similar, por el interior del borde hay una gran acanaladura, conocida también en otras urnas de forma bicónica. Algunas vasijas de la zona de Huesca pueden derivar de las formas con asas de apéndice de botón. Recientemente el Dr. E. Sanmartí ha localizado, en los fondos del Museo Arqueológico de Barcelona, algunos ejemplares con tipología bastante singular, procedentes del Bajo Aragón. Dado que esta región resulta sumamente importante para la confrontación de los problemas cerámicos de influencias levantina y pirenaica, de cara a la propagación de los estímulos de la cultura de los Campos de Urnas, no dudamos que su publicación resultará de enorme interés para el planteamiento de los problemas comarcales del Bronce Final.

18. Ver por ejemplo en M. ALMAGRO, *Los Campos de Urnas en España*, en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, 1960, figs. 191 y 198. Sin embargo, estas vasijas con decoración «tipo boquique» necesitan una nueva contemplación, según hemos creído y expresado en Q. ARTEAGA y F. MOLINA, *Anotaciones al problema de las cerámicas excisas peninsulares*, en *XIV Congreso Nacional de Arqueología, Vitoria*, 1975, Zaragoza, 1977, págs. 565-586. En este trabajo se argumenta que, aunque puedan alcanzar el Bronce Final, arrancan más bien desde antes.

19. K. SPINDLER y O. VEIGA FERREIRA, *Der späbronzezeitliche Kuppelbau von der Roça do Casal do Meio in Portugal*, en *Madrider Mitteilungen*, t. 14, 1973, figs. 10, 12, 15, 18 y 19, desde luego más parecidas a las de Saladares.

dándose variantes más altas y panzudas, aunque casi siempre todas se encuentran rematadas por un fondo aplanado.

Su estratificación desde los niveles más antiguos de Los Saladares y su parecido con otras vasijas murcianas, almerienses y granadinas, tienen una notable importancia, puesto que todas estas formas con un cuello más o menos cilíndrico se habían considerado como derivadas de las «Zylinderhalsurnen», propias de los pueblos incineradores centroeuropeos.<sup>20</sup>

Pero este hecho parecía posible, dadas las asociaciones que se apoyaban en el asunto de la cremación, estableciendo paralelismos hasta los últimos rincones de la Península. Es decir, en tiempos en que todavía la investigación no podía llegar a valorar los caminos marítimos de la incineración, que ahora conocemos como un rito que no se puede contemplar como si hubiera sido «patrimonio exclusivo» de los Campos de Urnas, aunque ellos lo difundieron ciertamente por grandes regiones del continente europeo.

Aquí en Andalucía, como allá en la desembocadura del Tajo (Alpiarça) y en otros puntos de la Península occidental,

se conocieron vasijas de cuello más o menos cilíndrico, durante el Bronce Final, formando parte de unos complejos materiales que difícilmente se pueden igualar con los propios de los Campos de Urnas, desatendiendo las posibilidades comparativas que ofrecen otros paralelos mediterráneos,<sup>21</sup> cuando no las mismas evoluciones de los diversos grupos de la cerámica autóctona, como es el caso de Munera (Albacete), y de Los Saladares.

#### 4. *Los cuencos bruñidos de carena alta y borde corto* (fig. 24)

Al contrario que las fuentes carenadas (tipo vasija n.º 6) estos cuencos carenados, que para marcar su diferencia venimos llamando «tipo Carambolo»,<sup>22</sup> aparecen con mayor abundancia en los territorios relacionados con la cultura tartésica, como si fueran más propios de aquella zona.<sup>23</sup>

Los cuencos «tipo Carambolo» tampoco faltan en Andalucía oriental,<sup>24</sup> aunque con menos frecuencia,<sup>25</sup> mientras que hacia el Levante meridional nos sorprende

20. Los ejemplos de urnas con cuello indicado, que a veces pueden recibir el calificativo por su cuello cilíndrico son tan numerosos que, por lo mismo, resulta demasiado aventurado atender a esta particularidad para darles una significación cultural. Los Saladares han brindado cuatro fragmentos procedentes del comercio con el área de los Campos de Urnas, que serán publicados en su momento oportuno. Todos pertenecen al que llamamos Horizonte Protoibérico, fechándose en la segunda mitad del siglo VII a. de J. C., de acuerdo al estrato donde aparecen, mientras que las vasijas que aquí presentamos pertenecen al siglo VIII a. de J. C., cuando menos. Por su asombroso parecido con nuestras vasijas, ver los ejemplares portugueses, publicados por H. SCHUBART, *Acerca de las cerámicas del Bronce Tardío...*, citado, fig. 9, sobre todo la señalada con la letra «e».

21. Ver en J. P. GARRIDO ROIZ, *Excavaciones en la necrópolis de la Joya, Huelva*, Excavaciones Arqueológicas en España, t. 71, fig. 41; para comparar por ejemplo con M. PONSICH, *Influences Phéniciennes sur les Populations rurales de la Région de Tanger*, en *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez, 1968*, Barcelona, 1969, láms. VIII-IX-X; M. PELLICER, *Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas*, en *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez, 1968*, Barcelona, 1969, lo dicho en relación con las vasijas de la zona de Carmona, pág. 298.

22. CARRIAZO, *Tartessos y El Carambolo...*, citado, con numerosos ejemplares.

23. Ver por ejemplo en PELLICER y SCHULE, *El Cerro del Real...*, citado; en comparación con SCHUBART, *Acerca de las cerámicas...*, citado, págs. 180-181, donde ofrece una buena relación de yacimientos.

24. SÁNCHEZ MESEGUER, *Las cerámicas del bronce final...*, citado, figs. 28, 142, 205, etc., pág. 72.

25. Aunque todavía hace falta un estudio tipológico para fechar relativamente la presencia de cerámicas «tartésicas» en Andalucía oriental, podemos recordar que las excavaciones realizadas por el profesor A. Arribas en el Cerro de la Encina de Monachil, aunque reflejan estas relaciones con el Bajo Guadalquivir, ofrecen cuencos carenados muy poco numerosos.

de pronto la gran cantidad con que aparecen en Los Saladares.<sup>26</sup>

Una interesante particularidad radica en que los ejemplares, tipológicamente «gemelos», del Bajo Guadalquivir están decorados con la llamada «retícula bruñida»,<sup>27</sup> desconocida totalmente en Los Saladares y no muy frecuente en Andalucía oriental y en el Sudeste;<sup>28</sup> comprobándose así que los estímulos impulsores de aquella decoración estaban polarizados hacia las regiones del Guadalquivir, Guadiana y Tajo,<sup>29</sup> o mostrando que tales tratamientos de la cerámica cuidada no tenían fuertes raíces de aclimatación más acá del Genil y de la Sierra Nevada.

En cualquier caso, puesto que los cuencos «tipo Carambolo» no se conocen todavía por encima del territorio septentrional del Levante,<sup>30</sup> las evidencias estratificadas en Los Saladares sirven para asegurar una importante relación cultural entre la región del Bajo Segura y el Bajo Guadalquivir, a partir del Bronce Final Pleno que no había tenido lugar en el Bronce Medio, cuando estas tierras murciano-alicantinas se hallaban caracterizadas por la Cultura del Argar y en la futura zona de Tartessos maduraba una cultura evolucionada de la Edad del Cobre, con no pocas evidencias de personalidad propia.

Pero no podemos terminar las referencias sobre nuestros cuencos «tipo Carambolo» sin observar un detalle de su estratificación. Hasta ahora sólo apare-

cen desde la fase I-A 2 del Sector VIII, no conociéndose ningún ejemplar en la fase I-A 1, donde por el contrario siempre aparecen las fuentes carenadas (tipo vasija n.º 6).

Si los futuros trabajos en la ladera alta del cerro, que es donde mejor se conservan los estratos antiguos, pudieran corroborar este hecho, se confirmaría que las relaciones con la Baja Andalucía habían comenzado después que el poblado había sido fundado. Pero si los citados cuencos aparecieran desde la fase I-A 1, que es la más antigua, lo que se comprobaría sería que las gentes de Los Saladares habían adquirido su caracterización material antes de trasladarse a este sitio de la Vega Baja del Segura. En cualquiera de los casos, esta problemática de la fase I-A 1 resulta previa a la que se relaciona con el comienzo de las actividades fenicias hacia esta parte de la Península, sirviéndonos estas últimas para matizar un Bronce Final Reciente que llamamos pre-ibérico.

##### 5. Vasijas con perfil en «S» o con el cuello indicado (fig. 28)

Citadas así en bloque, se comprende que las variaciones más importantes radican en que tengan un cuello suave (perfil en «S»), como se aprecia en el n.º 28 de la figura 28, o que el mismo se halle más o menos indicado (fig. 28, número 27).

26. En el estado de la investigación parece que habría que preguntar con prudencia si esto se debe a una circunstancia de significación cultural o si el contraste obedece a un simple accidente estadístico de lo excavado en otros yacimientos. Recientes hallazgos manchegos pueden sumarse en el estado actual de la investigación y habrá que insistir sobre ellos en el futuro para explicar fenómenos como el de Munera (Albacete), sin hacerlos depender de las relaciones transpirenaicas. Apreciaciones hechas en el Museo de Albacete, cuando este trabajo se encontraba en prensa, así nos lo permiten sugerir.

27. SCHUBART, *Acerca de la cerámica...*, citado, figs. 10 y 11.

28. SCHUBART, *Acerca de la cerámica...*, citado, fig. 13, con mapa de distribución.

29. SCHUBART, *Acerca de la cerámica...*, pág. 173.

30. N. MESADO OLIVER, *Vinarragell (Burriana-Castellón)*, Trabajos Varios del S. I. P., t. 46, Valencia, 1974.

Las dos variantes presentan un borde algo vertical y un cuerpo panzudo, normalmente globular. Algunos ejemplos presentan la parte del cuello mejor tratada (alisada o espatulada), mientras que la superficie de la panza se deja rugosa ex profeso, tal y como ocurre en contadas vasijas de la zona tartésica.

Cuando la boca de estas vasijas, dadas las características del propio cuerpo, resulta un poco más abierta, se convierten en cazuelas: como la que presentamos en la fig. 31 (n.º 36).

También estas formas se conocen en yacimientos del Bronce Final, destacando las de los poblados andaluces.<sup>31</sup>

Como habíamos dicho antes, en el Sector VIII no se agota la tipología cerámica del Bronce Final de Los Saladares, donde tampoco faltan las vasijas en forma de «soporte de carrete», variedades diversas de cuencos y contadas formas de cerámica con galbo más cerrado, que aquí no aparecieron estratificadas.

#### CERÁMICA GROSERA

##### 1. Vasijas panzudas de cuello indicado (fig. 30)

Son las más representativas de la cerámica grosera del sector, como también del yacimiento en general. Presentan siempre un fondo marcadamente plano y sus variedades dependen de que tengan

cuerpo más o menos globular (fig. 29, n.º 31) o más bien algo ovoide (fig. 30).

Aunque no todas, muchas de ellas presentan un cordón digitado cerca del cuello, o bien digitaciones directamente sobre la superficie. Tampoco faltan las que tengan mamelones de forma almendrada, dispuestos verticalmente cerca del borde o a la altura del hombro y son dignas de mención las que son tratadas con decoración geométrica incisa (rombos, ajedrezados, etc.).

Sus paralelos son tan abundantes que se llenarían páginas enteras para enumerarlos. Abundan en toda la Península, como en numerosas áreas del Bronce Final europeo, en los ambientes culturales más diversos.<sup>32</sup>

Sin embargo podemos decir que vasijas similares, *asociadas con los demás elementos con que aparecen en Los Saladares*, solamente se puede encontrar en el área del Bronce Final Reciente del Occidente peninsular y en las zonas con ella relacionadas.<sup>33</sup>

Aquí en las áreas del Bronce Valenciano y de la Cultura del Argar aparecen, como en otros muchos sitios, en el Bronce Final Reciente: puesto que son desconocidas en el Bronce Medio y en el Bronce Tardío. Por ello su «generalización» ha de tomarse con mucha cautela y siempre en razón de los demás elementos que las acompañen, si no se quiere caer en atribuciones impropias.

31. Conocemos varios ejemplares en Mesas de Asta (Jerez), que hemos podido estudiar gracias a la amabilidad de don Manuel Esteve Guerrero. También puede verse en A. BLANCO, J. M. LUZÓN y D. RUIZ MATA, *Panorama tartésico en Andalucía oriental* (?), en *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez, 1968, Barcelona, 1969, lám. IV, b.

32. En relación con algunos de los sitios occidentales que aquí podríamos citar, de acuerdo con el resto de nuestros hallazgos materiales, ver por ejemplo en BLÁZQUEZ, LUZÓN, CLAUS, GÓMEZ, *Huelva Arqueológica...*, citado, láms. XVIII, XIX y XXX; BLANCO, LUZÓN, RUIZ, *Panorama tartésico...*, citado, fig. 5; SCHUBART, NIEMEYER, PELLICER, *Toscanos...*, citado, láms. XXII y XXIII; GARCÍA GUINEA y SAN MIGUEL RUIZ, *Poblado de El Macalón...*, citado, figs. 23 y 27, etc.

33. La presencia de algunos elementos adicionales, como ciertos tipos de mamelones, cordones digitados etcétera, merecen un estudio más detenido en la Andalucía argárica. A simple vista, los cordones digitados se generalizan en estas tierras a partir del momento preibérico. Es decir, en fechas no anteriores al siglo VIII a. C.

## 2. Cuencos

Como ocurre con las formas anteriores, siendo tan corrientes en toda la Península y en épocas diferentes, no sirven para deducir una significación cultural. Por lo mismo deben ser considerados en razón del resto de materiales asociados. Algunos casos, sin embargo, presentan elementos adicionales importantes para su comparación. Tal es el hecho de encontrados cuencos con mamelones de lengüeta y con asideros en forma de «media luna» o de «herradura», cuyos paralelismos también coinciden con los que veníamos estableciendo en el Bronce Final meridional de la Península.<sup>34</sup>

*Las vasijas decoradas de la cerámica a mano de Los Saladares.* — Las vasijas decoradas merecen una atención especial, aunque todavía no resulten muy numerosas, dada la gran importancia que su mera presencia reviste, en estas tierras donde el «hecho decorativo» contrasta con lo que se conoce en el Bronce Medio: cuando se observa una notable preferencia por las vasijas con superficie lisa y si acaso decoradas mediante el «bruñido».

Por ahora, entre todos los ejemplares decorados de Los Saladares tenemos que destacar la cazuela que presentamos, reconstruida en dibujo, en la figura 22 y con el número 1 del inventario. Su presencia en estratos profundos contrasta con la estratificación de otros fragmentos, pertenecientes a tipología parecida, con decoración idéntica, que aparecen en nuestra fase I-A 3 y también en I-B 1.

El ejemplar más antiguo, que es el que aquí presentamos, tiene una forma asombrosamente parecida a otras cazuelas que, con línea tipológica similar, se conocen en Carmona y Ciempozuelos. Es decir, en formas evolucionadas del Vaso Campaniforme. También la disposición de los motivos incisos que presenta en el fondo (fig. 22) se puede comparar con la de algunas cazuelas campaniformes.

Pero como se puede apreciar en la figura 31 la decoración incisa, alternando con zonas pintadas (como ocurre con nuestra cazuela) también se repite en otros tipos de vasijas del yacimiento, aunque hasta ahora no con el barroquismo que aquélla presenta. La vasija n.º 37 de la figura 31 es una de nuestras «fuentes carenadas», que se halla decorada interiormente cerca del borde, mediante triángulos incisos que alternan con otros lisos. Estos últimos, en su momento, debieron estar cubiertos por una pintura roja, que ahora se ha perdido casi totalmente.

La n.º 36 es otra cazuela, con perfil en «S», decorada con motivos incisos y mostrando también restos de pintura roja, fácilmente lavable.

Estas decoraciones incisas, alternando con zonas pintadas en las paredes de un mismo vaso, no se pueden rastrear en las tradiciones del Bronce Medio regional, como ya hemos dicho,<sup>35</sup> apartándose igualmente de otros estilos decorativos que también habían llegado de manera intrusiva al Sudeste, en tiempos inmediatamente anteriores. Nos referimos a las cerámicas que se decoraban mediante

34. Son interesantes los fragmentos con asideros de «herradura» de Mesas de Asta, expuestos en el Museo Arqueológico de Jerez de la Frontera. También se dan a conocer otras en BLANCO, LUZÓN, RUIZ, *Panorama tartésico...*, citado, fig. 8; BLÁZQUEZ, LUZÓN, CLAUS, GÓMEZ, *Huelva Arqueológica...*, citado, lám. XX.

35. Vale la pena recordar que la característica de la plenitud argárica, en lo que a la cerámica cuidada se refiere, estaba en un notable gusto por las vasijas bruñidas, sin ningún tipo de decoración adicional.

las técnicas del «boquique»<sup>36</sup> y de la «excisión»,<sup>37</sup> que habrían irradiado hacia las tierras murciano-alicantinas antes de que se hubiera instaurado el Bronce Final, tipo Saladares, teniendo las mismas una estrecha relación con la Meseta castellana y con la Cultura de las Cogotas Antiguas que allí florecía: después de Cienpuzuelos.

Aunque sabemos que las cerámicas decoradas de la Meseta influyeron en algunos casos meridionales de «decoración local», no vemos ninguna transcendencia de su estímulo en las cerámicas de Los Saladares. Una vez más tenemos que volver nuestra mirada hacia el Occidente peninsular, donde paralelamente se hallaban las famosas cerámicas pintadas con motivos geométricos.

Sin olvidar las formas particulares que presentan la decoración geométrica en Los Saladares, puesto que ellas permiten asegurar la existencia de un foco local o regional, podemos establecer algunas comparaciones de carácter general. Así por ejemplo creemos que vale la pena comparar los motivos de triángulos rellenos, hechos a base de trazos finos, como otros elementos decorativos que aparecen en ambientes culturales tan di-

versificados como son aquellos de Andalucía oriental,<sup>38</sup> la Andalucía almeriense<sup>39</sup> y los de Huelva-Bajo Guadalquivir.<sup>40</sup>

Pero más que nada resulta sorprendente el paralelismo que hallan los motivos incisos radiales, observados en el fondo de nuestra cazuela reconstruida en el dibujo de la figura 22, como las mismas aves estilizadas que ella presenta, alternando con otras metopas rellenas de reticulado, cuando se comparan con la disposición de otras cerámicas andaluzas; pero sobre todo con los motivos pintados de la cerámica del Cabezo de San Pedro,<sup>41</sup> en la provincia de Huelva. Los paralelismos «generales» son tan evidentes que huelgan comentarios.

Sin embargo, nuevamente queremos insistir en la importancia de tales evidencias decorativas, que arrancan desde tiempos precedentes a la colonización fenicia, haciendo resaltar, por otra parte, lo desligadas que se hallaban de las cuestiones que bien pudieran considerarse «transpirenaicas», que tan excesivamente se han venido utilizando para explicar los elementos de la cultura material en el Bronce Tardío y Final de la Península.

No ignorando que existen otras comparaciones parcialmente similares,<sup>42</sup> cree-

36. J. MARTÍNEZ SANTA OLALLA, *La cerámica del Bronce Atlántico en el Sudeste*, en *Actas del Congreso Arqueológico del Sudeste Español*, II, Albacete, 1946.

37. Además de la existencia de otros casos inéditos, ver en F. FIGUERAS PACHECO, *Excavaciones en la isla del Campello (Alicante)*, en *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, t. 132, Madrid, 1934; J. M. SOLER GARCÍA, *El tesoro de Villena*, *Excavaciones Arqueológicas en España*, t. 36, figs. 10 y 11.

38. ARRIBAS, PAREJA, MOLINA, ARTEAGA, MOLINA, *Excavaciones en el poblado...*, citado, pág. 88, con paralelos que allí se recogen.

39. SIRET, *Las primeras edades...*, citado, donde se dan a conocer algunos elementos cerámicos «eneolíticos», pero también numerosos fragmentos decorados del Bronce Tardío.

40. CARRIAZO, *Taressos y Carambolo...*, citado. BLÁZQUEZ, LUZÓN; CLAUSS, GÓMEZ, *Huelva Arqueológica...*, citado.

41. BLÁZQUEZ, LUZÓN, CLAUSS, GÓMEZ, *Huelva Arqueológica...*, citado, lám. XXVII, con disposición parecida a otras decoraciones peninsulares más antiguas se presentan aquí los motivos de la cerámica con decoración bruñida del Bronce Final en el Cabezo de San Pedro. En la lámina XXIX-n se puede sin embargo conocer una decoración incisa, formando también aves estilizadas. En este mismo fragmento se completaba la decoración con una pintura roja, que al parecer se pierde con facilidad, según se dice en la página 16.

42. Como por ejemplo el vaso famoso de El Redal (Logroño) que, en un complejo material sumamente diferente al de Los Saladares, presenta «aves estilizadas», logradas a base de un tratamiento exciso. En lo referente al perfil de las vasijas del Redal, ver lo dicho en la nota 16 de este trabajo. Con respecto a la forma concreta de nuestra vasija decorada n.º 1, fig. 22, solamente apuntaremos aquí muy de pasada su similitud con algunas

mos que los ejemplares decorados de Los Saladares, siendo fabricados en el mismo yacimiento, deben ser relacionados con el espíritu mediterráneo de la decoración geométrica, durante buena parte del Bronce Final, en concordancia con todos los otros paralelos apuntados.

*Los fragmentos cerámicos a torno hallados en el Sector VIII.* — Como hemos expuesto repetidas veces, los fragmentos de cerámica a torno, importados del mundo fenicio, constituyen en Los Saladares un tope de partida para la consideración de un «Horizonte Preibérico».

Puesto que los asuntos concernientes a este «Horizonte Preibérico» serán tratados en un estudio crítico como el que ahora dedicamos al momento del Bronce Final, nos limitaremos ahora a hacer una corta mención de los pocos ejemplares aparecidos en el Sector VIII.

Como puede verse en las asignaciones de nuestro catálogo y en las «tablas» correspondientes, todos los fragmentos a torno estratificados en el sector pertenecen a la fase I-A 3. Es decir, que son del momento inicial del Horizonte Preibérico.

En primer lugar destaca la presencia de una fuente, con labio vuelto y hombro suavemente marcado, decorada con dos franjas rojas pintadas en el interior y en el borde, respectivamente. La pintura

utilizada no es soluble, como la que se observa en las decoraciones locales que acabamos de mencionar.

Los paralelos para esta vasija, como ya se sabe, aparecen estratificados en las factorías fenicias de la costa malagueña.<sup>43</sup>

En este mismo sector aparecieron dos pequeños fragmentos amorfos, los números 34 y 35, que con toda seguridad pertenecen a la panza de una gran ánfora.

En otros cortes de la excavación, siempre predominando sobre otros hallazgos, hemos podido comprobar que las ánforas constituían el elemento más importante de las primeras importaciones: teniendo en los casos más claros una forma de «saco», con hombro carenado y dos asas de sección circular, arrancando a la altura del mismo y opuestas entre sí.

De acuerdo con lo que hemos llegado a establecer, sin que por ahora contemos con nuevos argumentos, las importaciones que llegaban a Los Saladares durante el inicio de su fase I-A 3 deben fecharse alrededor del segundo cuarto del siglo VIII a. de J. C., mostrándose todavía incipientes en comparación con la gran cantidad y variedad que vamos a observar en el «Horizonte Proto-ibérico» (fases I-B 1 y I-B 2), fechado desde finales del siglo VIII a. de J. C. hasta principios del siglo VI antes de J. C.<sup>44</sup>

cazuelas del Vaso Campaniforme, donde también encuentran ciertas semejanzas los motivos incisos de su fondo. En un trabajo aparte nos ocupamos más detenidamente de ella, mostrando una conexión entre lo indígena y el mundo geometrizable del Mediterráneo.

43. Es realmente grande el parecido de nuestra vasija con la que se publica en SCHUBART, NIEMEYER y PELLICER, *Toscanos...*, citado, lám. XIX, núm. 1299, si bien la de Los Saladares está hecha a torno, cuando no a «torno lento», presentando superficie clara. También tiene el hombro más separado del borde, mientras que la de Toscanos es de perfil más suave, quedando mucho más marcado por debajo del labio. En los Saladares la vasija parecida al paralelo malagueño, puede datarse a mediados del siglo VIII a. C., de acuerdo con paralelos orientales, de Meggido II-III, Hazor A-B, Tiro III y Tellkeisan 5.

44. Ante la imposibilidad de contar con otros complejos como el de nuestra Fase I-A 3, que por sí mismo resulta limitado, cuando no reflejado por fragmentos de ánforas únicamente, los toques cronológicos del yacimiento se tienen que buscar de acuerdo con los hallazgos, mucho más numerosos y variados, de las fases I-B 1 y I-B 2.

## VI. EL POBLADO DE LOS SALADARES Y LOS YACIMIENTOS DEL BRONCE PLENO

A continuación trataremos de exponer, como habíamos adelantado en nuestra memoria oficial,<sup>45</sup> las imposibilidades surgidas al tratar de encontrar en Los Saladares un complejo cultural hermanado con el que ofrecen los poblados y necrópolis del Bronce Pleno regional. Es decir, con los yacimientos de la Cultura del Argar.<sup>46</sup>

Para ello parece que lo más indicado está en comenzar recalcando la gran personalidad alcanzada por aquella cultura, puesto que es ella misma la que nos permite señalar un resultado tan contrapuesto, cuando la comparamos con los hallazgos estratificados en nuestro poblado.

Esta flagrante diferencia encuentra suficientes datos en yacimientos como la Bastida de Totana,<sup>47</sup> San Antón de Orihuela<sup>48</sup> y Callosa de Segura,<sup>49</sup> citando solamente (entre los más cercanos) los mejor conocidos.

Así pues, la confrontación definitiva entre Los Saladares y los yacimientos del Bronce Pleno puede resumirse en los siguientes puntos:

1. Los poblados argáricos se hallan emplazados en sitios casi siempre elevados, presentando una estrategia defensiva que se acentúa mediante construcciones apropiadas para tal fin. Presentan una programación «urbana» similar entre todos ellos.<sup>50</sup>

El poblado de Los Saladares, como otros de su misma época, se asienta en un lugar algo más bajo, casi en contacto con los terrenos llanos de la huerta oriolana teniendo posibilidades nulas para la estrategia defensiva. Presenta grandes diferencias en cuanto a la forma y disposición «urbana» de las viviendas.<sup>51</sup>

2. Las gentes de El Argar enterraban sus muertos debajo de las casas o en lugares relacionados con las mismas, por lo que las tumbas quedaban también en sitios de altura.

La necrópolis de Los Saladares no ha sido localizada todavía y por lo mucho que llevamos excavado podemos asegurar que no se encuentra debajo de las casas. Se supone que por lo menos buena parte de ella se halla en los terrenos llanos de la Vega,<sup>52</sup> aunque se duda si tal afirma-

45. ARTEAGA y SERNA, *Los Saladares* 71..., citado, pág. 83.

46. Para una idea general de la «tipología» argárica pueden verse, entre otros, SIRET, *Las primeras edades...* citado; E. CUADRADO, *Útiles y armas en El Argar*, en *I Congreso Arqueológico Nacional, Almería, 1949*, Cartagena, 1950, págs. 103-125; BEATRICE BLANCE, *Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel*, en *S. A. M.*, t. 4, Berlín, 1971.

47. J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA y otros, *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II de la Bastida de Totana, Murcia*, en *Informes y Memoria*, t. 16, Madrid, 1947.

48. J. FURGÚS, *Col·lecció de treballs del P. J. Furgús*, Trabajos sueltos del S.I.P., antigua serie, t. 5, Valencia, 1937.

49. J. COLOMINAS, *La necrópolis argárica de Callosa-a-Alacant*, en *Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria*, t. 3, 1923; Íd., en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI y VIII, 1921-26 y 1927-31.

50. Ver en obras citadas en las cuatro notas precedentes.

51. Las viviendas de Los Saladares estaban escalonadas hasta la parte más baja de la ladera, eran de planta cuadrada o rectangular y, aunque contiguas, se disponían con una corta separación entre ellas, según los casos más claros que hemos podido documentar (ver Sector VIII).

52. Las evidencias diferenciales del poblado se tendrían que corresponder con una localización «peculiar» de la necrópolis, completando una idea más concordante con la nueva época en que se difunde el rito de la incineración.

ción se puede extender a las etapas del Bronce Tardío, siendo una época de la que no conocemos ningún cementerio en tierras del Bajo Segura.

3. En la tipología cerámica de El Argar, cuando menos en sus etapas más características,<sup>53</sup> predominan las vasijas con carenación media.

La cerámica cuidada de Los Saladares, hallándose en la misma región, aunque relacionada con otros tiempos, presenta formas preferentemente abiertas y con carenas altas.

4. La cerámica grosera, durante el Bronce Pleno, nunca presenta en los yacimientos argáricos cordones digitados ni fondos típicamente planos.<sup>54</sup> Es decir, con la base del perfil bien marcada en forma de «talón» (fig. 30).

En Los Saladares, como en contados yacimientos del Bronce Final, puesto que algunos complejos parecen mostrar diferencias, abundan las vasijas con decoración de digitaciones y con el fondo estrictamente plano.

5. En los yacimientos argáricos, como en otros emparentados durante la época del Bronce Medio, se conocen utensilios de sílex, destacando por su abundancia las famosas «hoces dentadas» con forma de «media luna» o «trapezoidales».<sup>55</sup>

En Los Saladares, como en muchos poblados de su tiempo, acaso por la dedicación a otras actividades específicas o por la adopción de otros elementos metálicos, el sílex desaparece por completo.<sup>56</sup>

6. En la región murciano-alicantina existía una metalurgia bastante concreta, que arqueológicamente se conoce como argárica,<sup>57</sup> quedando reflejada por unos hallazgos de tipología bastante característica.

En nuestro yacimiento no existe ningún objeto metálico que pueda clasificarse como argárico, mientras que todas las piezas que aparecen tampoco se llegan a documentar en los yacimientos del Bronce Medio, ni tampoco en los del Bronce Tardío.

7. La cerámica hecha a torno, del tipo que se quiera, no existe todavía en los yacimientos típicos del Bronce Medio.

En Los Saladares la cerámica a torno, primero importada y luego fabricada en el mismo poblado, constituye un importante elemento material, con notable significación cultural y temporal.

Todo lo que acabamos de referir, en comparación con los yacimientos argáricos, se puede extender a los poblados típicos de la llamada Cultura del Bronce Valenciano.<sup>58</sup>

53. Nos referimos a las fases A y B, según la sistematización de Beatriz Blance.

54. Como han apuntado algunos autores, en el Bronce Medio y en tiempos anteriores no faltan vasijas con fondo aplanado. Sin embargo, son ciertamente extraños en la zona del Sudeste y del Levante, antes del Bronce Final, los fondos planos con perfil marcado, como el de nuestra figura 30.

55. Sin olvidar las numerosas piezas de sílex de épocas precedentes que se presentan en su álbum, vale la pena consultar en SIRET, *Las primeras edades del metal...*, citado. La comparación de la inexistencia de sílex en Los Saladares, sin embargo, no se puede extender a todos los yacimientos del Bronce Final peninsular, puesto que en algunas regiones se continuaba utilizando.

56. Siendo abundantes los ejemplos, de acuerdo con las publicaciones, no faltan los casos en que la «total ausencia» se deba a la selección de los objetos presentados, como hemos podido apreciar en algunos lotes de museos.

57. BLANCE, *Die Anfänge der Metallurgie...*, citado; H. SCHUBART, *Las alabardas tipo Montjicar*, en *Estudios dedicados al prof. L. Pericot*, Barcelona, 1973, fig. 16.

58. M. TARRADELL, *El país valenciano del neolítico a la iberización*, Anales de la Universidad de Valencia, XXXVI, Valencia, 1962, donde se recoge la bibliografía precedente.

Como han hecho notar algunos investigadores y en especial el Prof. M. Tarradell, comprendiendo la personalidad de las diferentes áreas del Bronce Pleno peninsular, el Bronce Valenciano tiene rasgos que le son propios. Sin embargo, sus poblados encuentran bastante relación con los argáricos,<sup>59</sup> aunque sólo sea por emplazarse, como éstos, en sitios más bien elevados,<sup>60</sup> adoptando una clara estrategia defensiva<sup>61</sup> y ordenaciones «urbanas» que difieren de la que conocemos en Los Saladares. La cerámica de estos yacimientos también se aparta de la que se estratifica en nuestro yacimiento,<sup>62</sup> hallándose siempre acompañada de la industria lítica característica<sup>63</sup> y, algunas

veces, por los elementos metálicos propios de la época.<sup>64</sup>

Atendiendo, pues, a las grandes diferencias que acabamos de mostrar, incluso si comparamos a Los Saladares con un yacimiento tan cercano como el de San Antón de Orihuela (fig. 7), tenemos que concluir afirmando que la personalidad de nuestro yacimiento es totalmente diferente y que nada tenía que ver con la época del Bronce Medio: al menos en cuanto a su cultura material se refiere.

Los siguientes capítulos servirán para confirmar este criterio, fijando la significación cultural de etapas iniciales del yacimiento en el marco regional, peninsular y mediterráneo de la época protohistórica.

## VII. EL BRONCE FINAL DE LOS SALADARES Y SU PROBLEMÁTICA REGIONAL

Hasta el presente habíamos venido fechando la fundación de nuestro poblado, de acuerdo con lo que llevamos excavado, en torno al siglo VIII a. de J. C.

Para ello nos apoyamos principalmente en las importaciones fenicias del Horizonte preibérico,<sup>65</sup> cuyos tipos característicos tienen una buena estratificación en

las factorías de la costa meridional.<sup>66</sup>

Sin embargo, hasta que la excavación no se extienda suficientemente en las áreas cercanas a nuestro Sector VIII, que son las menos alteradas por los pobladores posteriores; nuestros topes de cronología inicial tienen que tomarse con prudencia y no de manera definitiva. Por ello

59. M. TARRADELL, *El problema de las diversas áreas culturales de la Península Ibérica en la Edad del Bronce*, en *Miscelánea en Homenaje al Abate Henri Breuil*, II, Barcelona, 1965, pág. 426.

60. Ver por ejemplo en L. PERICOT, *El poblado de Mas de Menente (Alcoy)*, en *Archivo de Prehistoria Levantina*, t. 1, 1929, págs. 101 ss.; J. ALCACER GRAU, *Dos estaciones argáricas en la región levantina*, en *Archivo de Prehistoria Levantina*, t. 3, 1945, págs. 151 ss.; D. FLETCHER y E. PLA, *El poblado de la Edad del Bronce de la Montanyeta de Cabrera (Vedat de Torrente)*, Trabajos Varios del SIP., t. 18, Valencia, 1956; E. LLOBREGAT, *El poblado de la cultura del Bronce Valenciano de la Serra Grossa, Alicante*, en *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, t. 6, 1969, págs. 31-70; J. APARICIO, *El poblado de la Edad del Bronce del Castellet de Monserrat Valencia*, en *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIII, 1972, págs. 1-28. etc.

61. TARRADELL, *El problema de las diversas áreas...*, citado, como también en obras mencionadas en la nota anterior.

62. Para idea general de las formas cerámicas del Bronce Valenciano ver en E. LLOBREGAT, *Avance a una clasificación tipológica de las cerámicas del Bronce Valenciano: la colección del Museo Arqueológico Provincial de Alicante*, en *IX Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1966.

63. Buena recopilación de datos en R. ENGUIX, *Notas sobre economía del Bronce Valenciano*, en *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, t. II, 1975, págs. 141 ss.

64. B. BLANCE, *Estudio espectrográfico de algunos objetos metálicos del Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia*, en *Archivo de Prehistoria Levantina*, t. 8, 1959, págs. 163 ss.

65. ARTEAGA y SERNA, *Influjos fenicios...*, citado.

66. SCHUBART, NIEMEYER, PELLICER, *Toscanos...*, citado; A. ARRIBAS y O. ARTEAGA, *La factoría fenicia de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)*, en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, serie Monográfica, n.º 2, Granada, 1975.

III-B 2	<i>Hierro Segundo.</i> Horizonte Ibérico Pleno (III)	
± 375 a. C.		
III-B 1	<i>Hierro Segundo.</i> Horizonte Ibérico Pleno (II)	
± 425-400 a. C.		
III-A	<i>Hierro Segundo.</i> Horizonte Ibérico Pleno (I)	
± 450 a. C.		
II-C	<i>Hierro Segundo.</i> Horizonte Ibérico Antiguo (III)	
± 525-500 a. C.		
II-B	<i>Hierro Segundo.</i> Horizonte Ibérico Antiguo (II)	
± 575-550 a. C.		
II-A	<i>Hierro Segundo.</i> Horizonte Ibérico Antiguo (I)	
± 625-600 a. C.		
I-B 3	<i>Hierro Antiguo.</i> Horizonte Protoibérico (III)	
± 650-625 a. C.		
I-B 2	<i>Hierro Antiguo.</i> Horizonte Protoibérico (II)	
± 700-675 a. C.		
I-B 1	<i>Hierro Antiguo.</i> Horizonte Protoibérico (I)	
± 725 a. C.		
I-A 3	<i>Bronce Final Reciente.</i> Horizonte Preibérico	
± 750 a. C.		
I-A 2	<i>Bronce Final Reciente.</i> Fase inicial	
± 800-775 a. C.		
I-A 1	<i>Bronce Final Pleno.</i> Fase avanzada	
± 850 a. C.		

Fases Protohistóricas (Revisión de 1975)

Fig. 33. — Cuadro de cronología relativa de Los Saladares 1975.

mismo, aunque de todas maneras abogáramos por un momento no anterior al siglo IX-VIII a. de J. C., no dudáramos en aceptar cualquier datación más alta, siempre que pudiera ser demostrada.

Mientras tanto, nuestros intentos de

precisión cronológica se tienen que quedar en el campo de lo relativo (fig. 33), siendo barajados de acuerdo con las comparaciones materiales con que hasta ahora contamos en la región, tal y como habíamos adelantado en trabajos precedentes.<sup>67</sup>

67. ARTEAGA y SERNA, *Die Ausgrabungen...*, citado; *Id.*, *Los Saladares 71...*, citado.

Para lo que aquí nos interesa nos fijaremos en aquellos ambientes materiales que, aunque se hallan en comarcas vecinas a la de Los Saladares, no se acaban de reflejar en los estratos de este poblado; como tampoco parecen estratificarse en los niveles de la plenitud del Bronce Medio regional.<sup>68</sup>

Para comenzar diremos que nuestro propósito se centra en la posibilidad de establecer una etapa del Bronce Tardío, anterior a la del Bronce Final que vemos en Los Saladares, siendo esta última la que se prolonga hasta el Hierro Antiguo, mientras que la precedente se hallaba dependiente del Bronce Medio. De esta manera se lograría una equiparación con el resto del Continente europeo: donde el Bronce Medio se considera hasta que conserva sus caracteres más puros y el Bronce Tardío comienza cuando éstos empiezan a transformarse o a desaparecer.

Como ejemplo relevante de que lo mismo ocurría en el Sudeste, contamos con los elementos materiales del Cabezo Redondo, que en espera de su publicación definitiva se pueden estudiar en las vitrinas del Museo Arqueológico Comarcal de Villena.

Según nuestra opinión, recientemente expuesta en un estudio conjunto del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada,<sup>69</sup> los citados materiales del Cabezo Redondo no se acaban de considerar bien ubicados en el tiempo, por parte de varios investigadores, porque no son completamente «argáricos» ni tampoco los propios de un Bronce Final. Pertenecen, al menos en buena parte, a la etapa que aquí venimos llamando de transición

y que no deja de encontrar abundantes paralelos en Andalucía oriental, donde igualmente conocemos «poblados perdurantes», que muestran estratos temporalmente apropiados para nuestras confrontaciones tipológicas con el Sudeste,<sup>70</sup> hacia el Bronce Tardío.

Por lo que hasta ahora vemos excavado en este poblado villenense,<sup>71</sup> sabemos que continuaba con una organización «urbana» bastante ligada con la tradición arquitectónica del Bronce Medio del Sudeste y Levante peninsulares, y no todavía con las innovaciones del Bronce Final tipo Saladares. Por la costumbre de enterrar los muertos debajo de las casas, que también se conserva en el Cabezo Redondo, tenemos un dato decisivo para emparentar sus gentes con las argáricas, que no con las del vecino Bronce Valenciano: aunque sus cerámicas no tengan la pureza ofrecida por las vasijas del Argar A-B.

A tenor de otras evidencias inéditas, producto de nuestras prospecciones en la provincia de Almería, no nos cabe la menor duda de que, a partir de finales del segundo milenio, el área de la cultura argárica se fue quedando fragmentada, en una serie de localismos bastante «hermanados» por la tradición precedente, pero al mismo tiempo mostrativos de que la fuerza que los había unificado se había relajado.

Este hecho resulta muy importante a la hora de explicar cómo se pudo después facilitar el establecimiento de una nueva «unidad» económica, como también en mucho cultural, partiendo de la Baja Andalucía y envolviendo gran parte de los antiguos «territorios argáricos».

68. Ver obras citadas en las notas 47, 48 y 49.

69. ARRIBAS, PAREJA, MOLINA, ARTEAGA, MOLINA, *El poblado de la Edad del Bronce...*, citado.

70. ARRIBAS, PAREJA, MOLINA, ARTEAGA, MOLINA, *El poblado de la Edad del Bronce...*, citado, pág. 140.

71. En compañía de su excavador, don José María Soler García, hemos realizado varias visitas al yacimiento, percatándonos de sus características.

Y volviendo a lo que ahora nos ocupa, creemos que la datación del momento final de Cabezo Redondo se tendría que colocar, como muy baja, a principios del último milenio, sin olvidar que ya su excavador, don José María Soler García, había propuesto una cronología bastante verosímil, alrededor del año 1000 a. de J. C.<sup>72</sup>

Para mayores precisiones vale la pena extender nuestras comparaciones hacia la fase II-B del poblado del Cerro de la Encina (Monachil-Granada),<sup>73</sup> donde una transformación «post-argárica» queda reflejada de manera bastante parecida, cuando menos en sus líneas generales, a la del Cabezo Redondo.

También en el poblado de Monachil, como en poblados almerienses del tipo de Fuente Alamo, lo que se observa es una cierta «evolución», perdurando a partir del Argar B, comprendiéndose así un normal arraigo con esta etapa precedente. Como puede apreciarse en Granada, la fase II B de Monachil resulta un poco anterior a la plenitud del Bronce Final del Cerro del Real (Galera),<sup>74</sup> cuyos caracteres se paralelizan mejor con la fase III de Monachil, siendo este último horizonte el que se corresponde parcialmente con el Bronce Final de Saladares.

Por ello creemos comprender que las

cerámicas del momento final del Cabezo Redondo no se llegaron a paralelizar con los estratos de Los Saladares, resultando por otra parte contrastantes cuando se comparan con los complejos del Bronce Medio, porque al igual que las de Monachil II-B, si bien en una forma algo independiente, se desarrollaban durante un momento adelantado hacia el Bronce Tardío, sin perder del todo las raíces de la tradición anterior. Eran, pues, cerámicas regionales de la época «post-argárica».

De esta manera se deduce que la fase II-B de Monachil significaba en este sector de las tierras occidentales de Sierra Nevada<sup>75</sup> algo parecido a lo que significaba el Cabezo Redondo, en la cuenca del Vinalopó: hallándose ambos yacimientos inmersos en la panorámica general del desarrollo «post-argárico».

Otro interesante complejo de materiales, que vale la pena tener en cuenta, se encuentra expuesto en las vitrinas del Museo Arqueológico Provincial de Alicante, procedente de las excavaciones que F. Figueras Pacheco llevó a cabo en la Isleta del Campello.<sup>76</sup>

En este yacimiento costero aparecen algunas vasijas que entroncan con las tipologías conocidas en el Bronce Medio levantino,<sup>77</sup> pero también se conocen otras decoradas,<sup>78</sup> como pasa en el Cabezo Re-

72. SOLER, *El tesoro de Villena...*, citado, pág. 49.

73. ARRIBAS, PAREJA, MOLINA, ARTEAGA y MOLINA, *El poblado de la Edad del Bronce...*, citado.

74. PELLICER y SCHULE, *El Cerro del Real...*, citado. Los autores dejan abierta la posibilidad de que pudieran existir otras fases del bronce no estratificadas hasta entonces en Galera.

75. Puesto que en la parte más oriental de la provincia de Granada todavía se tiene que especificar lo que ocurría entre el final del Cerro de la Virgen y el comienzo del Cerro del Real. Aunque sea de paso, resulta sumamente importante la existencia de casas circulares en el Cerro del Real, mientras que en Los Saladares no se conocen, pudiendo haberse edificado a base de materiales perecederos. Junto con otras evidencias, puede decirse que el Bronce Final en Andalucía oriental presenta una complejidad notable, como también en el Sudeste.

76. FIGUERAS PACHECO, *Excavaciones en la isla...*, citado; ÍD., *La isleta del Campello del litoral de Alicante*, en *Archivo Español de Arqueología*, t. 23, 1950, págs. 13 ss. Hemos podido estudiar los materiales de Campello, gracias a la amabilidad del Dr. E. Llobregat, en el Museo Arqueológico de Alicante, donde se encuentran expuestos.

77. Por ejemplo, comparadas con otras que se exponen en el mismo museo de Alicante, procedentes de la Serra Grossa. Las formas pueden verse en LLOBREGAT, *Avance a una clasificación...*, citado.

78. ARTEAGA y MOLINA, *Anotaciones al problema...*, citado. Allí se trata con más detalle la cuestión.

dondo,<sup>79</sup> destacando la presencia de un fragmento tratado mediante la técnica de la excisión,<sup>80</sup> que igualmente se halla documentada en el yacimiento villenense y también a partir de la fase II-B de Monachil.

Puede decirse, por lo mismo, que en la Isleta del Campello debió de existir un cierto apego a las tradiciones del Bronce Medio, pero también estratos pertenecientes al Bronce Tardío: cuyos equivalentes no se tienen estratificados en Los Saladares, pues las relaciones que los habían fomentado habrían terminado, dándole paso a los fenómenos propios del nuevo horizonte.<sup>81</sup>

Esto mismo parece ocurrir con las vasijas decoradas con la técnica del «boquique», propias de la Cultura de las Cogotas Antiguas, que aparecen en la vecina región murciana<sup>82</sup> y en algún caso con motivos excisos<sup>83</sup> también en la comarca de Orihuela,<sup>84</sup> sin que por esta coincidencia

regional las veamos referidas en los poblados y necrópolis del Argar A-B,<sup>85</sup> como tampoco en los niveles de Saladares.

En conclusión, como ya habíamos adelantado con menores detalles en la memoria oficial de nuestras excavaciones<sup>86</sup> y también en otros trabajos precedentes,<sup>87</sup> todo nos parece indicar que a partir de finales del segundo milenio, después del relajamiento de la Cultura del Argar y hasta la definitiva instauración de las relaciones tartésicas, coincidiendo con unas actividades marítimas y terrestres bastante concretas,<sup>88</sup> se desarrollaba en Andalucía oriental y en el Sudeste una nueva etapa, a todas luces «postargárica», muy apropiada para considerar un horizonte del Bronce Tardío, referido temporalmente al que se viene conociendo en el resto del Continente europeo.

Esta fase arcaica, que gustosamente denominaríamos Bronce Tardío, queda-

79. SOLER, *El tesoro de Villena*, citado, figs. 9 a 15.

80. ARTEAGA y MOLINA, *Anotaciones al problema...*, citado.

81. A menos que se quisiera revisar el concepto, cosa poco probable, en la plenitud del Bronce Valenciano las cerámicas más características estaban tratadas mediante un espatulado o bruñido, como en las vecina zona de El Argar. El fragmento exciso de Campello, por lo mismo, resulta contrastante.

82. A. FERNÁNDEZ DE AVILÉS, *Dos fragmentos interesantes de cerámica incisa procedentes de Murcia*, en *Boletín del Museo de Bellas Artes*, t. 13, Murcia, 1935; MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, *Las cerámicas del Bronce Atlántico...*, citado.

83. Conocemos varios fragmentos procedentes de la comarca de Orihuela, en el material Furgús, depositado en el Palacio de Teodomiro de aquella ciudad. Serán dados a conocer en otro lugar.

84. Según información de don Manuel Soler, de Orihuela, varios fragmentos de una pequeña colección de su propiedad proceden de la ladera septentrional de La Muela, siendo por lo mismo de un sitio cercano al yacimiento de San Antón, lo cual corrobora que los estadios del Bronce Tardío comienzan en los mismos lugares donde acaba el Bronce Medio.

85. Ver en las obras citadas en las notas 46 a 49. También en sentido más general R. INCHAURANDIETA, *Estudios Prehistóricos. La Edad del Bronce en la Provincia de Murcia*, en *Revista de la Universidad de Madrid*, t. 13, 1870; E. CUADRADO, *El poblado argárico de Cañaverosa*, Colección Aneja Saitabi, serie I, 5, Valencia, 1943, págs. 5-15; J. DE LA CIERVA y E. CUADRADO DÍAZ, *Los descubrimientos argáricos de la Almoleya de Mula, Piego, Murcia*, en *I Congreso Arqueológico del Sudeste Español*, n.º 1, Cartagena, 1945, págs. 302-306; I. ALBERT, *Una interesante colección prehistórica de Orihuela*, en *Archivo Español de Arqueología*, t. 18, 1945; A. BELTRÁN, y F. JORDÁ, *Enterramiento argárico en el Cerro de la Cruz de Puerto Lumbreras (Murcia)*, en *Archivo Español de Arqueología*, t. 24, 1951, págs. 193-196; G. NIETO, *Objetos del Bronce II de la necrópolis de San Antón, Orihuela (Alicante)*, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, t. 67, 1959; E. GARCÍA SANDOVAL, *Informe de la primera campaña de excavaciones en el yacimiento argárico del Puntarrón Chico, Benijáfan, Murcia*, en *Noticiero Arqueológico Hispánico*, t. 6, 1962, págs. 103-114.

86. ARTEAGA y SERNA, *Los Saladares 71...*, citado, pág. 78.

87. ARTEAGA y SERNA, *Die Ausgrabungen...*, citado, págs. 118-120.

88. Como por ejemplo las que se establecían con la Meseta, desde el comienzo del Bronce Tardío, según indican las cerámicas decoradas mediante la técnica del boquique. Estas infiltraciones, también en el aspecto humano, están plenamente demostradas, hacia diversos lugares de la Península. Ver al respecto F. MOLINA y E. PAREJA, *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena-Granada)*, Excavaciones Arqueológicas en España, t. 86, Madrid, 1975; ARTEAGA y MOLINA, *Anotaciones al problema de las cerámicas excisas...*, citado.

ría también equiparada con la etapa más antigua del llamado «Bronce Atlántico», siendo por ello precedente de la que después veremos desarrollarse en Los Saladares.

Por esto mismo la última fase men-

cionada tendría que llamarse Bronce Final llegando a reflejar el apogeo de las relaciones tartésicas, hasta quedar abocada en el Hierro Antiguo regional, cuando los fenicios extendieron sus influjos hacia las costas levantinas.

#### VIII. EL BRONCE FINAL DE LOS SALADARES Y SU SIGNIFICACIÓN DENTRO DEL MUNDO PROTOHISTÓRICO PENINSULAR

Según acabamos de mostrar, los materiales que aparecen en los estratos del Sector VIII, los más antiguos que hasta ahora conocemos en Los Saladares, resultaban en su mayoría más bien propios del Bronce Final.

En principio, este último horizonte cultural del Bronce Final regional, que no creemos privativo del yacimiento,<sup>89</sup> se nos presenta como una de las más importantes manifestaciones culturales que desembocaron en la Península Protohistórica.

Sin embargo, para poder comprender la significación de Los Saladares, dentro del desarrollo general del Bronce Final, al tiempo que nos ocupamos de la valoración de los elementos indígenas, tenemos también que preocuparnos por los elementos externos, que influirían sobre aquéllos, siendo muy poderosos. Ciertamente, ésta parece ser la única manera objetiva, a la hora de querer penetrar en

el complejo fenómeno de la prehistoria y protohistoria peninsulares; sin perder de vista las potencialidades naturales y humanas propias, y sin olvidar los lazos de unión con «el mundo circundante».

Y hablando de influjos externos, que en nuestro caso pudieran ser muchas veces interregionales, en el Sudeste debieron ser muy importantes.

Las gentes de Los Saladares tuvieron que haberlos recibido, directa o indirectamente, un poco antes o después de venirse a establecer en este pequeño cabezo de la Vega Baja del Segura, donde luego se quedaron viviendo durante varias generaciones, desarrollando un proceso cultural ascendente, hasta verse convertidos en «los iberos del lugar».<sup>90</sup>

Pero en este punto no se nos escapa que si por un lado demostramos la existencia de un período intermedio, entre la cultura del Bronce Medio y Los Saladares, por otra parte se abre un distancia-

89. Después de tener preparado el manuscrito de este trabajo hemos tenido noticias del descubrimiento de otros yacimientos de la época de Saladares en la vecina zona de Crevillente (Alicante). Según los dibujos y fotografías que amablemente nos ha suministrado don Alfredo González Prats, descubridor de los mismos, puede apreciarse que la región del Bajo Vinalopó, como en épocas anteriores, estaba «hermanada» al Bajo Segura no sólo geográficamente sino culturalmente. También conocemos relaciones «tipo Munera» en la Meseta Sur, que clavan en esta relación cultural del «tiempo tartésico».

90. Con el resultado de Los Saladares ofrecemos una clara evidencia de lo que realmente ocurría en las diferentes áreas de la Cultura Ibérica, que no se puede explicar sin el conocimiento previo del último «mosaico» del Bronce Final y su ascendencia. Por lo que hoy sabemos, la aparente uniformidad de la cultura (lograda mostrativamente por sus reflejos materiales) no hace más que «generalizar» diversas «vertientes humanas», que a su vez tenían posibilidades de mayor trascendencia. Es decir, que no quedan tampoco explicadas en el «momento ibérico». La complejidad de todos estos trasfondos humanos y culturales, en relación con los nombres ibéricos que reflejan las fuentes escritas, constituye la base de un trabajo que esperamos dar a conocer.

miento que nos dificulta saber el origen preciso de los fundadores del poblado. Aunque sospechamos que muchos de ellos tenían antepasados «argáricos», resulta un poco prematuro querer valorar el grado de integración que pudieran haber tenido las cuestiones regionales antiguas, en este último proceso del Bronce Final, para poder concretar si los habitantes de Saladares dependían todos de aquel substrato o de raíces más complejas.

Por esto mismo resulta necesario ampliar el área de las excavaciones en nuestro Sector VIII, para ver si se concretan o no los matices materiales que observamos entre nuestras fases I-A 1 y I-A 2; como igualmente hacen falta otras excavaciones en poblados regionales de la misma época, para poder establecer las comparaciones de que ahora adolecemos.

Dejando, pues, el problema abierto, damos por seguro que los habitantes de Los Saladares representaban, por lo pronto, la existencia de un grupo cultural del Bronce Final, en las tierras del Levante meridional, al cual podemos estudiar desde el punto de vista de su entorno peninsular: sin negar su trasfondo regional.

Si el primer horizonte de Los Saladares se desarrollaba durante los siglos IX-VIII a. de J. C., recibiendo la datación que ahora proponemos o bien aceptando otra un poco más elevada, entonces podemos decir que entraba de alguna manera den-

tro del ámbito cronológico preciso, para establecer cualquier tipo de relaciones con los demás ambientes protohistóricos de la Península.

En atención a esta posibilidad nos hemos ocupado en buscar evidencias comparativas hacia el Nordeste, donde gradualmente se desenvolvían unas comunidades emparentadas con la Civilización de los Campos de Urnas.<sup>91</sup>

Pero, en vista de que los Campos de Urnas tampoco se comprenden sin valorar sus matizaciones culturales y humanas, entre el centro de Europa y la Península, hallándose en las cercanías del Sistema Ibérico los últimos efectos de su fuerza y por ello mismo las provincias más occidentales de aquel mundo, no nos ha quedado más remedio que considerar nuestra zona del Sudeste totalmente independiente, aunque lógicamente conectada, por los entrecruzamientos comerciales.

Como en otras partes de la Península que se extienden más acá del Sistema Ibérico, en lo referente a los Campos de Urnas sólo podemos ver «infiltraciones» hacia el Sudeste, hasta ahora de tipo material, seguramente canalizadas por las actividades comerciales, pero no una mayor profundidad etnológica.

También hemos buscado evidencias comparativas en el Noroeste, donde se desarrollaban importantes manifestaciones, principalmente estimuladas por la progresión de las relaciones atlánticas.<sup>92</sup>

91. Entre otros, pueden verse J. MALUQUER, *Las culturas hallstáticas de Catalunya*, en *Ampurias*, VII-VIII, 1945-46; M. ALMAGRO, *La España de las invasiones célticas*, *Historia de España*, dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, 1960; A. BELTRÁN y otros, *Prehistoria del Bajo Aragón. El Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el Bajo Aragón*, Zaragoza, 1956; MALUQUER, *El poblado hallstático de Cortes...*, citado; P. PALOL, *La necrópolis hallstática de Agullana*, Biblioteca Prehistórica Hispana, t. 1, Madrid, 1958; J. MALUQUER, *Late Bronze and Early Iron in the Valley of the Ebro*, en *The European community in later prehistory*, Londres, 1971, págs. 105-120.

92. Entre muchos más títulos H. N. SAVORY, *The Atlantic Bronze Age in South-West Europe*, en *Proceedings of the Prehistoric Society*, t. 15, 1949, págs. 128 ss.; E. MAC WHITE, *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Ibérica en la Edad del Bronce*, Disertaciones Matritenses, II, Madrid, 1951; ver en general las *Actas del Primer Coloquio Atlántico de Brest*, Rennes, 1961; también en J. MALUQUER, *La Edad del Bronce en el occidente atlántico*, *Primeras jornadas de metodología aplicada*, Santiago de Compostela, 1975, págs. 129 y ss., con resumen histórico de la investigación y criterios del autor.

La minería del oro y del estaño, como continuadora de la minería antigua, desemboca en el Bronce Tardío con nuevas fuerzas de parentela cultural, que apuntan preferiblemente hacia Francia e Inglaterra, como también hacia Irlanda, en un complejo de actividades que merecen llamarse atlánticas, aunque en lo tocante a la Península no se hallasen precisamente al socaire de otros intereses meridionales.

La futura investigación podrá decirnos la manera en que las pujantes relaciones del Noroeste pudieron «afectar» a nuestra región, desde los tiempos en que se inicia la fragmentación del área cultural argárica, hasta que Tartessos extiende sus intereses no solamente hacia la dirección de Extremadura, sino también hacia el Peñón de Ifach. Por ello, los problemas entre Sudeste y Noroeste, vistos en función de las rutas terrestres de la Meseta y Andalucía, acaso nos ofrezcan notables diferencias, según los planteemos en la época del Bronce Tardío o en el Bronce Final.

En el Bronce Tardío caeríamos fuera del marco temporal de Los Saladares, como ya habíamos expuesto; pero tal vez ello mismo sea el dato más decisivo para explicar que determinadas relaciones con la Meseta y el Noroeste dejaron de reflejarse en nuestros estratos, simplemente porque se hallaban referidas a la época del Cabezo Redondo.

Dentro de esta etapa, que en el Sudeste acepta el nombre de «postargárica», hemos visto también cómo se produce inesperadamente una gran difusión de materiales meseteños, comparables a los que caracterizan la cultura de las Cogotas Antiguas. Diríamos con mucho gusto que el apogeo de aquellas «infiltraciones», no sólo materiales, sino también humanas,

estaban enmarcadas dentro del Bronce Tardío, que es cuando se documentan verdaderos poblados; es decir, establecimientos de carácter duradero, fundados por gentes procedentes de la Meseta, en aquellos lugares de la Península que anteriormente habrían visitado en razón de la transhumancia organizada. Tampoco sería aventurado sospechar que tales gentes meseteñas, después del relajamiento del esplendor argárico, hubieran aprovechado su vecindad con el Noroeste: sirviendo muchas veces de intermediarias en los intercambios que, a base de materias primas y objetos exóticos, se realizaban entre los territorios meridionales y septentrionales de la Península Ibérica. Acaso dentro del marco de tales actividades, que recuerdan sorprendentemente las que llevaban a cabo los portadores del Vaso Campaniforme, se pueda igualmente comprender la dispersión de una orfebrería tan homogénea, como es la del «tipo Villena», que con tantas dificultades se puede explicar sin el concurso de los conocimientos de la orfebrería nórdica o aislada de las riquezas auríferas del Noroeste.

Es también en este gran horizonte del Bronce Tardío y continuando en el Bronce Final cuando creemos apropiado colocar el desarrollo de las grandes navegaciones por el mar océano y por el Mediterráneo, que desembocan en la propagación costera de los mejores elementos metálicos del Bronce Atlántico paralelamente con su comercio terrestre, hasta que los fenicios comienzan a introducir hacia Occidente los rudimentos de la Edad del Hierro.

Entrando en la fase del Bronce Final, en lo referente al Sudeste y descontando los contactos marítimos, aunque no resulta difícil rastrear las relaciones

con el Noroeste, se apaga de nuevo la importancia que habían tenido los poblados «tipo Cogotas» en los territorios alejados de la Meseta.

Parece ser que la panorámica general en el sudeste de la Península Ibérica había venido cambiando sensiblemente, en la misma medida en que se fueron desarrollando las comunidades del Suroeste, creciendo entre ellas el poder de un nuevo gran «intermediario»: Tartessos.

Nosotros hemos intentado establecer evidencias comparativas entre las regiones del Suroeste y del Sudeste, tal y como habíamos hecho con las del Nordeste y Noroeste, pero nos hemos dado cuenta de que aquellos territorios del ángulo occidental peninsular siempre tuvieron un «filtro» geográfico: la Baja Andalucía.

Aunque el Suroeste vio florecer importantes focos culturales, al calor de complejas relaciones continentales, atlánticas y mediterráneas,<sup>93</sup> resulta evidente que existía una cierta independencia con respecto al Sudeste.

No faltan, sin embargo, los parentescos tipológicos que, sobre todo en las evoluciones cerámicas, nos obliguen a considerar mayores similitudes de trasfondo entre los complejos cerámicos del Algarve y los del Sudeste, que no entre los de nuestra región y los del Bajo Guadalquivir, por ejemplo. Pero ello también ocurre si nos fijamos en otros ambientes

del Bronce Tardío, según sea la tradición que los mismos encuentren hacia la Edad del Bronce Medio.

Enfrentándonos con no pocos problemas interpretativos,<sup>94</sup> creemos afirmar en lo tocante al Bronce Final tipo Saladares, que si existía una mayor concomitancia con la Baja Andalucía, esto se debería a un fenómeno propio del Bronce Tartésico, lográndose un cierto arropamiento cultural entre Suroeste y Sudeste, por lo menos con una fuerza no vista durante el segundo milenio.

Una de las mayores dificultades con que nos hemos topado, al intentar nuestros ejercicios comparativos, ya hemos dicho que radicaba en la apariencia generalizante significada por varios grupos de cerámicas cuidadas, con formas de carena alta y tendencia a las bocas y galbos abiertos, a lo largo de la fachada mediterránea e incluso más allá. Es decir, que nos hallábamos ante un fenómeno tipológico del Bronce Tardío y Final, que llegaba a afectar contadas regiones de la Península e incluso del litoral atlántico,<sup>95</sup> tal y como hemos podido detallar en otras páginas de inmediata publicación,<sup>96</sup> donde llegamos a la conclusión de que las vasijas con carena alta<sup>97</sup> eran bastante abundantes desde principios del último milenio, sin que siempre se pudieran hacer depender de un mismo tronco cultural.

93. Buen resumen e interesantes puntos de vista en W. SCHULE, *Die Meseta Kulturen der Iberischen Halbinsel*, Berlín, 1969, con bibliografía respectiva.

94. Así por ejemplo en O. ARTEAGA, *Problemas de la penetración céltica por el Pirineo occidental*, XIV Congreso Nacional de Arqueología, Vitoria, 1975, Zaragoza, 1977, págs. 549-564; ARTEAGA y MOLINA, *Anotaciones al problema de las cerámicas excisas...*, citado; O. ARTEAGA, *El problema de las incineraciones protohistóricas peninsulares*, en prensa; O. ARTEAGA, *Las vasijas de carena alta en el Bronce Final peninsular*, en prensa.

95. Algunas comparaciones entre el Sudeste y las tierras más occidentales de la Península en SCHUBART, *Acerca de las cerámicas del Bronce Final...*, citado.

96. ARTEAGA, *Las vasijas de carena alta...*, citado.

97. Recientemente tenemos que incluir aquí la mención de que junto con los materiales que don Alfredo González Prats ha tenido la amabilidad de darnos a conocer, procedentes de los nuevos yacimientos de Crevillente (Alicante), hemos apreciado la existencia de buenos ejemplares de este mismo tipo.

Pero este problema se nos ha presentado en un grado menor al estudiar los materiales del Bronce Final de Los Saladares, precisamente por conocer las evoluciones que en la Baja Andalucía conducen a la aparición de los cuencos carenados «tipo Carambolo», tan diferente de la que había producido otras formas carenadas en el Sudeste.

Por ello nos hemos atrevido a decir, refiriéndonos al conjunto de hallazgos que así parecen demostrarlo, que la evidencia de un enorme paralelismo entre Los Saladares y el Bajo Guadalquivir,<sup>98</sup> así como el estudio de las complejas relaciones del mundo indígena peninsular,<sup>99</sup> en tiempos posteriores al florecimiento de la cultura argárica y, por lo visto, antes de que los fenicios hubieran marcado su impronta, aportaban una serie de conclusiones válidas para el establecimiento de importantes relaciones en el rico *hinterland* meridional, extendido entre los territorios que se abren al Golfo de Cádiz y al Levante Meridional. Es decir, en el sentido que parecen dibujar las cuencas del Guadalquivir y del Segura, como dándole contorno a las del Genil, Guadiana Menor, Almanzora y Guadalentín.

Para nosotros ha venido resultando sumamente interesante la delimitación de estos dominios, abarcados por los paralelos más intensos de nuestro Bronce Final, porque ellos coinciden *grosso modo* con el área donde un poco después podremos observar la mayor concentra-

ción de los estímulos fenicios, que tan decisivamente impulsaron los fenómenos que llamamos preibéricos.<sup>100</sup>

Con esto queremos señalar que si los materiales que reflejan la llegada de estos influjos son aquellos que se estratifican en las factorías de la costa meridional, no cabe duda de que su impacto quedaba reflejado sobre unos ambientes culturales completamente separados del Bronce Medio. Es decir, que habrían sido otros los fenómenos que los habrían ayudado a desligarse de aquellas tradiciones y no los estímulos fenicios. A lo largo de estas páginas creemos que el asunto queda bastante claro.

Hemos visto, pues, que el Bronce Tardío significaba una intensificación de relaciones entre Andalucía, Sudeste y otras zonas de la Península,<sup>101</sup> de manera diferente a como se habían desarrollado hasta la época del Bronce Medio,<sup>102</sup> para después lograrse la citada relación entre Sudeste y Occidente, en época del Bronce Final.

Y es así, dentro de este cuadro problemático, donde definitivamente creemos poder valorar las significaciones materiales del Bronce Final del poblado de Los Saladares.

No en balde todas las evidencias arqueológicas que aquí hemos podido barajar parecen conducirnos a la comprobación de la exégesis de las fuentes escritas, que nos hablaban de un importante imperio Occidental, identificado con Tartessos, que había extendido su influencia

98. ARTEAGA y SERNA, *Los Saladares. Un yacimiento protohistórico...*, citado, ÍD., *Los Saladares* 71... citado, pág. 80.

99. ARTEAGA y SERNA, *Los Saladares. Un yacimiento protohistórico...*, citado.

100. ARTEAGA y SERNA, *Influjo fenicios...*, citado.

101. Ver lo dicho en la nota 88.

102. Con relación a las cuestiones metalúrgicas hasta el Bronce Pleno puede verse E. SANGMEISTER, *Metallurgia y comercio del cobre en la Europa prehistórica*, en *Zephyrus*, t. 11, 1960; BLANCE, *Die Anfänge der Metallurgie...*, citado.

hacia el Noroeste, a través de Extremadura, pero también hacia las poblaciones que habitaban en el Sudeste, a través de

las tierras de Andalucía oriental; es decir, hasta las regiones colindantes con el Cabo de la Nao.

#### IX. EL BRONCE FINAL DE LOS SALADARES Y SU SIGNIFICACIÓN DENTRO DEL PANORAMA GENERAL DE LOS ESTUDIOS PROTOHISTÓRICOS MEDITERRÁNEOS

La Edad del Bronce en la Península Ibérica, hasta nuestros días, se viene estudiando de acuerdo con un esquema constituido por cuatro grandes períodos.

Dos de ellos, que son llamados atlánticos, quedan referidos al Bronce III y IV.<sup>103</sup> Los otros dos restantes, que son llamados mediterráneos, resultan anteriores y se relacionan con el Bronce I y II, estando a su vez representados por la Cultura de Los Millares<sup>104</sup> y por la Cultura de El Argar.<sup>105</sup>

Para tales efectos, en el Sudeste, se han manejado sobre todo los resultados obtenidos por los hermanos Siret,<sup>106</sup> pudiendo añadirse muy pocas excavaciones posteriores. Destacan los intentos de sistematización emprendidos por los mis-

mos Siret y por los profesores P. Bosch Gimpera, J. Martínez Santa Olalla, L. Pericot García, M. Almagro Basch, y J. de M. Carriazo, J. Maluquer de Motes, etc., mientras que por otra parte continuaban existiendo sorprendentes vacíos en la investigación arqueológica de otros importantes puntos de la Península prehistórica.

Sin entrar en lo relacionado con la época de Los Millares, puede decirse que la mejor delimitación del área cultural argárica se comenzó a fomentar a partir de la tesis y trabajos del profesor M. Tarradell,<sup>107</sup> mientras que las investigaciones modernas han venido perfilando las características propias de sus períodos,<sup>108</sup> como también contadas matizaciones

103. Ver en la nota 92 las obras citadas, donde se recogen las referencias de trabajos anteriores, entre ellos los de los profesores P. Bosch-Gimpera y J. Martínez Santa-Olalla.

104. Con buena recopilación bibliográfica M. ALMAGRO y A. ARRIBAS, *El poblado y la necrópolis megalíticos de Los Millares, Santa Fe de Mondújar, Almería*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. III, Madrid, 1963.

105. SIRET, *Las primeras edades del metal...*, citado.

106. M. CARTAILHAC, *Les Âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, París, 1886; L. SIRET, *Questions de Chronologie et d'Ethnographie ibériques*, París, 1913; P. BOSCH-GIMPERA, *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932; ÍD., *El poblamiento y la formación de los pueblos de España*, México, 1945; ÍD., *La Edad del Bronce en la Península Ibérica*, en *Archivo Español de Arqueología*, t. 27, 1954, págs. 45-92; J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, *Esquema Paleontológico de la Península Hispánica*, Madrid, 1946; J. DE M. CARRIAZO, *La Edad del Bronce*, en *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, vol. I, Madrid, 1947, págs. 755-852; J. MALUQUER, *Concepto y periodificación de la Edad del Bronce peninsular*, en *Ampurias*, XI, 1949; L. PERICOT, *Para una sistematización de la Edad del Bronce*, en *I Congreso Nacional de Arqueología, Almería 1949*, Cartagena, 1950, págs. 184-187; M. ALMAGRO, *Manual de Historia Universal*, t. 1, *Prehistoria*, Madrid, 1960, págs. 764-768.

107. M. TARRADELL, *Sobre la delimitación geográfica de la cultura del Argar*, en *II Congreso Arqueológico del Sudeste, Albacete, 1946*, Cartagena, 1947, págs. 139-145; ÍD., *La Península Ibérica en la época del Argar*, en *Congreso Nacional de Arqueología, Almería, 1949*, Cartagena, 1949, págs. 72-84.

108. Para la época del cobre ver, por ejemplo, en G. y V. LEISNER, *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel*, vol. I, *Der Süden*, Berlín, 1943; ALMAGRO y ARRIBAS, *La necrópolis y el poblado megalíticos...*, citado; E. SANGMEISTER, *Die datierung des Rückstroms der Glockenbecher und ihre Auswirkung auf die Chronologie der Kupferzeit in Portugal*, en *Palaeohistoria*, XII, Groningen, 1966-1967; Abb. 1; para la época argárica ver, por ejemplo en J. D. EVANS, *Two phases of prehistoric settlement in the Western Mediterranean*, *Institute of Archeologie University of London, XIII anual report, 1955-56*, Londres, 1958; B. BLANCE, *Early Bronze Age Colonist in Iberia*, en *Antiquity*, t. 35, 1961, págs. 192-202, para complementar con BLANCE, *The Argaric Bronze Age in Iberia*, en *Revista de Guimaraes*, t. 74, págs. 129-140; ÍD., *Die Anfänge der Metallurgie...*, citado; H. SCHUBART, *Mediterrane Beziehungen der El Argar-Kultur*, en *Madriider Mitteilungen*, t. 14, 1973, con buen resumen y bibliografía.

socioeconómicas y culturales,<sup>109</sup> que todavía se siguen perfeccionando.<sup>110</sup>

Pero antes de que estos últimos avances se pusieran en marcha e, incluso, después de que esto hubiese ocurrido, los esquemas tradicionales no se habían abandonado del todo, quedando en ellos sin concretar: ¿qué ocurría en el Sudeste mientras que se desarrollaban los citados períodos atlánticos?

Han sido otros estudios más recientes los que plantearon la existencia de un Bronce avanzado que, en principio, fue llamado Bronce C.<sup>111</sup> Pero en la práctica

continuaba existiendo una tremenda laguna en nuestra región, que la mayoría de los investigadores trataban de llenar con una supuesta perduración del Bronce Medio,<sup>112</sup> hasta la «época de las invasiones», cuando no hasta finales del siglo v a. de J. C., que era cuando se solía colocar el inicio de la Cultura Ibérica.

En Andalucía oriental, puesto que en el Sudeste se había avanzado muy poco, la investigación arqueológica del Bronce Final comenzó cuando los profesores W. Schule y M. Pellicer realizaron sus excavaciones en el Cerro de la Virgen<sup>113</sup>

109. Para los aspectos socioeconómicos consultar, junto con las obras anteriormente citadas, en A. ARRIBAS *El urbanismo peninsular durante el Bronce primitivo*, en *Zephyrus*, X, 1959, págs. 81-128; *Id.*, *Las bases económicas del Neolítico al Bronce*, en *Primera reunión de la Historia de Economía de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968, págs. 33-60; W. SCHULE, *Faunas del Bronce y del Hierro en Orce y Galera*, en *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, t. 5, 1968, págs. 5-7; JUNGHANS, SANGMEISTER y SCHRODER, *Kupfer un Bronce in the Frühen Metallzeit Europas*, en *Studien zu den Anfängen der Metallurgie*, II, 1-3, Berlín, 1968; J. BOESSNECK, *Restos óseos de animales del cerro de la Virgen en Orce y del Cerro del Real, en Galera, Granada*, en *Noticario Arqueológico Hispánico*, t. X-XI-XII, 1969, págs. 172-187., etc. Para sincronismos culturales resulta muy interesante consultar en SANGMEISTER, *Palaeohistoria*, XII, citado, y en SCHUBART, *Mediterrane Beziehungen...*, citado.

110. De cara a los sincronismos aportados por los recientes esquemas del Prof. Sangmeister (*Palaeohistoria*, XII, Abb. I), completados por el Dr. H. Schubart (p. ej. *Acerca de las cerámicas del Bronce Tardío...*, citado, fig. 17, *Cuadro cronológico*), creemos que hoy se podría intentar un paso más en la ya compleja confrontación cultural que ellos traducen. En primer lugar, estamos de acuerdo en que los esquemas iniciales pudieran ser mucho más apropiados para el sudeste almeriense, tal y como han sido formulados. Luego, en el estado actual de la investigación, parece percibirse una mayor diferenciación en las áreas del neolítico final, por lo que el *hinterland* bien pudiera separarse, en muchos aspectos, del concepto «Cultura de Almería». Un poco después, como Los Millares y El Argar (como culturas), se ponen en relación con nuevas motivaciones marítimas, no dejando de ser «costeras» en su formación, siempre pueden aportar una mayor «sencillez» en sus sincronismos, que cuando se proyectan sus «influjos» o «sus gentes» hacia el *hinterland*. Y esto último es lo que, por ahora, creemos poder percibir en algunas zonas no estrictamente «costeras». Así por ejemplo (ver algunos yacimientos y dataciones de C-14 en A. ARRIBAS, *El C-14 y las bases de la cronología del eneolítico y Bronce del sudeste*, en *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vitoria, 1975) conocemos la existencia de cuevas (ej. Carigüela) y estaciones mixtas de cuevas y poblado (ej. Montefrío, Alfacar, etc.), cuyas raíces tienen que discutirse para saber si pueden englobarse en el término «Cultura de Almería». Frente a ellos, desde un cierto momento, se conocen los poblados portadores de la cultura del cobre (ej. Cerro de la Virgen), que completan un sincronismo en el que no hay que olvidar los asuntos del Vaso Campaniforme. Y en tiempos del Argar, hay todavía que sumar la propagación de los portadores de esa cultura (por lo menos en la zona Granada-Jaén), quedando fundados sus poblados en lugares cercanos a los de las «diferentes ramas culturales perviventes», hasta que estas últimas van siendo «argarizadas» en un mayor o menor grado: según su posición geográfica, de cara a las «relaciones argáricas». Y esta complejidad resulta todavía más importante para lo que aquí tratamos, porque a principios del período «postargárico» vamos a ver cómo muchos de los poblados que portaban la «plenitud argárica» van a desaparecer, acaso tan repentinamente como fueron fundados. Esto se puede apreciar más fácilmente en todos aquellos que no presentan estratos «culturalmente» anteriores ni muestras de haber pervivido más acá del Argar B. Otros, por el contrario, alcanzan la etapa «postargárica», que en muchos aspectos puede contemplarse como un Argar B evolucionado, en el mismo lugar que habían venido habitando (ej. Monachil). Dentro de estos últimos, puesto que no podemos asegurar una generalización en el *hinterland*, se conocen los que se quedaron perviviendo en el mismo sitio: simplemente porque lo habían venido ocupando desde el eneolítico, desarrollando una economía en gran parte independiente. En lo cultural puede decirse que estos poblados habían sido «argarizados», con lo cual no pueden considerarse «argáricos».

111. Ver por ejemplo SCHUBART, *Acerca de la cerámica del Bronce Tardío...*, citado, fig. 17.

112. W. SCHULE, *Tartessos y el Hinterland*, en *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera, 1968, Barcelona, 1969, págs. 28, donde se acusa directamente este problema.

113. W. SCHULE y M. PELLICER, *El Cerro de la Virgen, Orce, Granada*, Excavaciones Arqueológicas en España, t. 46, Madrid, 1966, con críticas iniciales a la antigua postura generalizada.

y en el Cerro del Real,<sup>114</sup> ambos yacimientos de la provincia de Granada.

Sus importantes resultados, parcialmente publicados, son un firme punto de partida para la investigación moderna y han sido enriquecidos por las excavaciones del Departamento de Arqueología de la Universidad de Granada, bajo la dirección del profesor A. Arribas Palau.<sup>115</sup>

Un ligero repaso a la bibliografía de los últimos quince años sirve para comprobar una intensa actividad arqueológica en toda Andalucía, que después de haber sido una de las regiones peninsulares más abandonadas por la investigación ha pasado a ser, dentro de lo que cabe, una de las mejor conocidas.

En el Sudeste y en el Levante, aunque los continuos avances de las investigaciones meridionales y los importantes descubrimientos en la comarca de Villena señalaban la necesidad de buscar unas secuencias de transición hacia lo ibérico,<sup>116</sup> tampoco se había llegado a concretar una posibilidad estratigráfica como

la que se consiguió mediante la excavación del poblado de Vinarragell (Burrriana-Castellón) y de Los Saladares (Orihuela-Alicante), permitiéndonos trasladar hasta las tierras murcianas, alicantinas y castellanenses una problemática concorde con la que años antes habíamos visto plantearse a los dos lados de la Sierra Nevada.

Y en general, según hemos podido apreciar, a base de las comparaciones que hemos venido exponiendo en las páginas anteriores, creemos que en el Sudeste y Levante, donde habían florecido las culturas del Argar y valenciana, no sólo se pueden intercalar varios períodos entre la plenitud del Bronce Medio y la Cultura Ibérica,<sup>117</sup> sino que también tenemos evidencias suficientes para intentar su integración en los esquemas relativos peninsulares, como a su vez en los propios de la cronología mediterránea.

Para el logro de esta importante integración, frente a las diferentes periodizaciones de la evolución cultural interna,<sup>118</sup>

114. PELLICER y SCHULE, *El Cerro del Real...*, citado.

115. ARRIBAS, PAREJA, MOLINA, ARTEAGA y MOLINA, *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce...*, citado.

116. Antes de las excavaciones meridionales y de Los Saladares, la mención de una posible etapa de transición entre la Edad del Bronce y la del Hierro, en el País Valenciano, aunque todavía no se haya argumentado de una manera más amplia, puede verse en el avance preliminar de Los Villares de Caudete de las Fuentes, dado por E. PLA BALLESTER, *El problema del tránsito de la Edad del Bronce a la del Hierro en la región valenciana*, en *V Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1957-1959, págs. 128 y ss., también un intento de aproximación al problema en LLOBREGAT, *El poblado de la... Serra Grossa...*, citado, donde se contempla la posibilidad de que el poblado de Serra Grossa (del Bronce) pudiera haber dado origen al del Tossal de Manises (ibérico) (ver lo dicho en J. M. SOLER y FERNÁNDEZ MOSCOSO, *Terlinques. Poblado de la Edad del Bronce en Villena, Alicante*, en *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, t. 10, 1970, pág. 61) para después suponer que los mismos hallazgos de la Serra Grossa, en vista del C-14, pudieran servir para comprender el origen de la Cultura del Argar a través del país valenciano, siguiendo la idea del Prof. Evans (E. LLOBREGAT, *Eine Siedlung des Bronce Valenciano auf der Serra Grossa, prov. Alicante*, en *Madrider Mitteilungen*, t. 12, 1971, págs. 87-100; ÍD., *Del fin del Neolítico de cerámicas impresas al comienzo de la Edad del Bronce en la región valenciana*, en *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, t. 9, 1973, pág. 8; ver por último E. LLOBREGAT, *Nuevos enfoques para el estudio del período del neolítico al hierro en la región valenciana*, en *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, t. 11, 1975, págs. 130-135).

117. ARTEAGA y SERNA, *Die Ausgrabungen...*, citado; ÍD., *Los Saladares 71...*, citado; estos últimos trabajos completando en algunos aspectos el cuadro que proporcionalmente presentamos al XII Congreso Nacional de Arqueología, celebrado en la ciudad de Jaén en octubre de 1971. Ver ARTEAGA y SERNA, *Los Saladares. Un yacimiento protohistórico...*, citado.

118. Con un criterio de prudente generalización, puesto que no siempre dependían de un fenómeno de propagación geográficamente uniforme, los topes cronológicos que de una manera relativa podemos establecer, de acuerdo con las relaciones externas, nos vienen sirviendo para intentar una cierta equiparación temporal entre los *diversos sincronismos de culturas regionales*, que no por una relativa vecindad y contemporaneidad llegan a ser idénticos. Para una idea del problema ver lo apuntado en la nota 110, referido sólo a una zona de la Península.

pensamos que las últimas excavaciones realizadas en los yacimientos fenicios de la costa meridional han servido para matizar los topes cronológicos, que también nos conectan con las periodizaciones orientales, completando las posibilidades de datación que ofrecían las excavaciones y algunas importaciones del mundo griego.<sup>119</sup>

Desde este punto de vista, observamos que desde la época de las colonias fenicias,<sup>120</sup> pasando por las distintas gradaciones de las cerámicas griegas y luego suditálicas,<sup>121</sup> hasta empalmar con las propias de la república y las imperia-

les,<sup>122</sup> nuestro esquema peninsular no puede ser mejor.

Pero es que, además, el horizonte de los materiales fenicios por ser cada vez más preciso, según veamos sus fluctuaciones entre el área del Estrecho de Gibraltar y el Nordeste, también nos permite fechar la existencia de períodos más antiguos, que estarían significados por la llegada a la Península de otros elementos, sobre todo materiales, portadores de igualaciones temporales con el exterior, antes de que las citadas fundaciones meridionales representaran el apogeo de las navegaciones fenicias a gran escala.<sup>123</sup>

119. Ver por ejemplo G. TRÍAS DE ARIBAS, *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*, vols. I-II, Valencia, 1967-1968; una reciente recopilación de cerámicas griegas del siglo VI puede verse en E. SANMARTÍ-GREGO, *Materiales cerámicos griegos y etruscos de época arcaica en las comarcas meridionales de Catalunya*, en *Ampurias*, t. 35, 1973, págs. 221-234 y en nota 40.

120. Para problemas actuales sobre cronología fenicia en la Península puede verse, entre otros: M. PELLICER, *Excavaciones en la necrópolis púnica «Laurita» del Cerro San Cristóbal, Almuñécar, Granada*, *Excavaciones Arqueológicas en España*, t. 17, Madrid, 1962; J. LECLANT, *Fouilles et travaux en Egypte et au Soudan*, 1962-1963, en *Orientalia*, XXXIII, fasc. 2-3, Roma, 1964, nota 4 y en págs. 403 ss.; SCHUBART, NIEMEYER, PELLICER, *Toscanos...*, citado; H. NIEMEYER, y H. SCHUBART, *Toscanos. Die altpunische Faktorei an der Mündung des Rio de Velaz*, *Madrid, Forschungen*, t. 6, Berlín, 1969; W. CULICAN, *Almuñécar, Assur and Phoenician penetration of the Western Mediterranean*, en *Levant*, t. 2, Londres, 1970; P. CINTAS, *Manuel d'Archéologie Punique*, París, 1970, págs. 435-437; J. FERRÓN, *La inscripción cartaginesa pintada en la urna cineraria de Almuñécar*, en *Trabajos de Prehistoria*, t. 27, 1970, sobre todo pág. 182; I. GAMER-WALLERT, *La inscripción del vaso de alabastro de la tumba número 1. Almuñécar (Granada)*, en *XII Congreso Nacional de Arqueología, Jaén, 1971*, Zaragoza, 1973, págs. 401-408; A. M. BISI, *La cerámica púnica*, Roma, 1970, págs. 171 ss.; J. PADRÓ PARCERISA, *Precisiones sobre la identificación del cartucho de un rey Sheshonq en Almuñécar*, en *XIII Congreso Nacional de Arqueología, Huelva, 1973*, Zaragoza, 1975, págs. 751-758; H. SCHUBART, *Las excavaciones de Torre del Mar y el panorama arqueológico de las fundaciones de colonias fenicias en la costa mediterránea de la Península Ibérica*, en *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, t. 11, 1975, págs. 199-206; A. ARRIBAS y O. ARTEAGA, *Guadalhorce. Eine phöniko-punische Niederlassung bei Malaga*, en *Madrid, Mitteilungen*, t. 17, 1976; ÍD., *La factoría fenicia de la desembocadura del río Guadalhorce...*, citado.

121. Ver por ejemplo las posibilidades cronológicas que ofrecen N. LAMBOGLIA, *Per una classificazione preliminare della ceramica campana*, *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Liguri*, Bordighera, 1950 (1952), págs. 139-206; J. P. MOREL, *L'atelier des petites estampilles*, en *Mélanges de l'École Française de Rome*, t. 81, 1969, págs. 59-117; E. SANMARTÍ, *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode*, *Monografías Ampuritanas*, IV, Barcelona, 1978; ÍD., *El taller de las pequeñas estampillas en la Península Ibérica*, en *Ampurias*, t. 35, 1974, págs. 135-173, con bibliografía precedente.

122. Junto con las obras de la nota precedente, entre otros, ver en F. OSWALD y T. D. PRYCE, *An introduction to the study of Terra Sigillata*, Londres, 1920; LAMBOGLIA, *Apuntes de cronología cerámica, I Curso de técnica arqueológica de Canfranc-Jaca*, 1951; ÍD., *Sulla cronologia delle anfore romane di età repubblicana (II-I secolo a. C.)*, en *Rivista di Studi Liguri*, t. 31, 1955; ÍD., *Nuove osservazione sulla «terra sigillata chiara» (tipi A e B)*, en *Rivista di Studi Liguri*, t. 24, 1958, págs. 257-330; ÍD., *Nuove osservazione sulla «terra sigillata chiara» (tipi C)*, (Lucente e D), en *Rivista di Studi Liguri*, t. 29, 1963, págs. 145-212; D. M. TAYLOR, *Cosa: Black-glaze pottery*, en *Memoirs of the American School in Rome*, t. 25, 1957, págs. 65-193; M. A. MEZQUIRIZ, *Terra Sigillata Hispanica*, Valencia, 1961; M. VEGAS, *Clasificación tipológica preliminar de algunas formas de la cerámica común romana*, *Publicaciones Eventuales del Instituto de Arqueología y Prehistoria*, n.º 8, Barcelona, 1964; J. P. MOREL, *La céramique a vernis noir du forum romain en du Palatin*, *École Française de Rome, Mélanges d'Archéologie et d'Histoire*, suppl. 3, París, 1965; A. ONE y H. CONFORT, *Corpus Vasorum Aretinorum*, Bonn, 1968; M. BELTRÁN LLORIS, *Las ánforas romanas en España*, Zaragoza, 1970., etc.

123. ARTEAGA y SERNA, *Die Ausgrabungen...*, citado, pág. 117, conclusiones n.º 5; ÍD., *Los Saladares 71...*, citado, conclusiones n.º 10.

Para este gran período y sus posibles subdivisiones, que tienen que ser estratigráficas y peninsulares, parece que la datación apropiada se puede ir colocando por encima del 750 a. de J. C., por lo menos en lo que al mediodía se refiere, y desde luego no faltan evidencias para intentar su caracterización.

Son bien conocidos los elementos que durante las últimas décadas se han venido valorando, en Andalucía y sobre todo en relación con las tierras vecinas al Golfo de Cádiz y más allá.

En este mismo trabajo crítico, de acuerdo con la postura que hemos adoptado en recientes publicaciones,<sup>124</sup> hemos querido insistir en que los fenómenos formativos del «mundo tartésico» se desarrollaban antes de la Edad del Hierro, como ocurría con otras comunidades proto-ibéricas, aunque llegando esta última época su esplendor hubiese alcanzado un grado máximo.

Sin embargo, en lo tocante a estos desenvolvimientos de lo tartésico siempre nos ha preocupado la cuestión gaditana, puesto que de ella creemos que se podrían desprender muchas de las precisiones que aquí querríamos manejar.

Cádiz constituye la más apremiante desiderata de los estudios protohistóricos en la Península y sobre ella no se puede afirmar nada definitivo, a tenor de lo poco que se sabe sobre sus primeros tiempos, como fundación fenicia.

Algunos autores niegan en absoluto

que las fechas aportadas por las fuentes escritas, para la fundación de la ciudad,<sup>125</sup> hacia el 1100 a. de J. C. aproximadamente, pudieran ser en algún modo ciertas.<sup>126</sup> Otros investigadores adoptan una postura conciliadora, buscando un cierto acoplamiento entre los datos sacados de las fuentes escritas y los resultados de la Arqueología de campo, que hasta el presente no aportan dataciones fenicias por encima del año 800-750 a. de J. C. en la Península.<sup>127</sup>

Así se ha pasado a la consideración de un posible período precolonial, todavía no muy concreto en cuanto a su amplitud temporal ni en su caracterización material, en espera de que Cádiz, bastante difícil de excavar,<sup>128</sup> pudiera brindar la última palabra.

Pero ante tales dificultades, cada vez más acentuadas por el crecimiento de la ciudad actual, nos queda por ahora otro recurso. El de observar lo que dicen las estratificaciones indígenas del *hinterland*, puesto que ellas funcionan como grandes espejos, en los que por fuerza se habrían reflejado las cuestiones más importantes de la costa cercana.

Desde este punto de vista, puramente lógico, no nos cabe la menor duda de que si en Cádiz había un establecimiento comercial, fundado por gentes orientales antes del 800-750 a. de J. C., los estratos del *hinterland* tendrían que aportarnos una relación material concordante. Y viéndolo de esta manera tenemos que

124. Ver por ejemplo ARTEAGA, *Problemas de la penetración céltica...*, citado; ARTEAGA y MOLINA, *Anotaciones al problema de las cerámicas excisas...*, citado; ARTEAGA, *El problema de las incineraciones...*, citado.

125. Sobre fundación de Cádiz ver, por ejemplo, lo dicho en A. GARCÍA BELLIDO, *Fenicios y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942; C. PEMÁN, *Las fuentes literarias de la antigüedad y fundación de Cádiz*, Madrid, 1954; P. BOSCH GIMPERA, *Precedentes y etapas de los fenicios en Occidente*, en *Anales de Antropología*, X, México, 1973, págs. 387-402, con buena bibliografía sobre el tema.

126. Hasta el presente este criterio no se puede rebatir arqueológicamente.

127. Sobre las cronologías arqueológicas actuales referidas a los fenicios, ver las obras de la nota 120.

128. Sobre problemas arqueológicos en el área de la Cádiz actual, ver en C. PEMÁN, *La ubicación de Tartessos vista desde la tartésida*, en *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez, 1968*, Barcelona, 1969, sobre todo en págs. 234-235.

confesar que las excavaciones estratigráficas ahora existentes, desde el Nordeste hasta Huelva, no parecen aportar materiales de clasificación «fenicia» indudable, que se remonten a finales del segundo milenio.

Una vez llegados a tal comprobación, que no sabemos hasta qué punto pudiera variar con las investigaciones en el área del Estrecho, tenemos que volver a recordar la problemática de los primeros estratos indígenas del Bronce Final, que ya se habían comenzado a depositar a partir del cambio de milenios.

En el caso del área tartésica, donde los influjos fenicios habrían tenido, en cualquier caso, una cierta antelación, nos quedaría también abierta la pregunta sobre «cuáles fueron los contactos que estimularon su gran transformación cultural y cuáles fueron los que después continuaron incidiendo en la primera etapa de su desarrollo, a principios del último milenio».

De esta manera queremos decir que si para todo el período «precolonial» no fuese posible utilizar una calificación para los influjos externos ligada con «lo fenicio» y, por lo tanto, no referida a las mismas gentes que después fundaron las factorías que hasta ahora conocemos en la costa meridional,<sup>129</sup> no quedaría otro remedio que preguntar, también de manera más general: ¿Quiénes eran los navegantes que trasladaban a la Península los elementos o intereses capaces de fomentar las grandes transformaciones

que desembocan en el Bronce Final configurando unas manifestaciones regionales tan diferenciadas del Bronce Medio?

Porque no hay que olvidar que aunque se demostrase una cierta antelación en las actividades fenicias a principios del último milenio, ello no sería suficiente para explicar, en otros puntos más alejados de la costa mediterránea, los procesos que se venían desarrollando desde finales del segundo milenio, como tampoco las grandes navegaciones que por entonces, con características renovadas, llevaban a cabo las mismas comunidades occidentales, incluso a lo largo de las costas atlánticas que van desde los mares nórdicos hasta Galicia y Portugal.

Como puede verse, si las interpretaciones estratigráficas y materiales pueden barajarse de esta manera, no cabe la menor duda de que habría que tomar en cuenta todos los puntos de vista posibles para la discusión moderna de tales problemas, incluyendo las hipótesis que hasta ahora se consideraban más contrapuestas.<sup>130</sup> Porque ciertamente, hasta nuestros días, mucho de lo que se viene aceptando carece de bases reales; incluso mucho de lo que se ha desechado no ha sido suficientemente confrontado con esquemas justos, en el tiempo y en el espacio.

Pero continuando con lo que aquí nos interesa tratar, parece ser que la vertiente o las vertientes marítimas siempre podrán ser propiciadoras de elementos de relación y, paralelamente, de aportaciones

129. Ver por ejemplo en SCHUBART, *Las excavaciones de Torre del Mar...*, citado, págs. 204; ARRIBAS y ARTEAGA, *Guadalhorce. Eine phönikiopunische Niederlassung...*, citado.

130. Al revisar la gran masa bibliográfica que existe sobre los problemas del «mundo tartésico», para confrontar nuestras deducciones relativas, no hemos podido comprender algunas de las discrepancias contra la obra del profesor A. Schulten. A pesar de los contados errores de detalle que se le achacan y de las «seguridades» que a veces se han «esgrimido» para tratar de «superarlos», creemos que muchas de sus directrices se mantienen vigentes. No pocas veces hemos tenido la sensación de que, sin pretenderlo, no hacemos más que aproximarnos a un resultado arqueológico, aunque no igual, bastante semejante al que él hubiese querido conseguir, sobre todo en lo tocante a las cuestiones geográficas del fenómeno tartésico.

cronológicas: mediterráneas y atlánticas.

En la Península Ibérica, como es harto sabido, nunca faltaron evidencias demostrativas de su gran riqueza, ni para comprobar cómo estas riquezas funcionaban como un imán en relación con distintos focos culturales del Mediterráneo. Sobre todo en aquellos ambientes abiertos al mar, donde con facilidad mayor se podían desarrollar y mantener actividades económicas, relacionadas las más de las veces con la explotación de materias primas, estas evidencias nunca han faltado.

Y si esto era así en tiempos prehistóricos, no resulta lógico pensar que las mismas se hubiesen abandonado de manera radical, durante todo el período que se extiende desde el apagamiento de la cultura argárica hasta el apogeo de las fundaciones tipo Almuñécar-Toscanos.<sup>131</sup>

Para introducir un elemento más en respaldo de esta idea, además de los múltiples ejemplos que la metalistería ofrece al período «prefenicio», nosotros nos preocuparíamos por la aparición y desaparición de motivos pintados como los de la cerámica geométrica del Carambolo,<sup>132</sup> que sin duda arrancaron desde fechas anteriores al siglo VIII-VII a. de J. C. y sin embargo no continuaron más acá. Ciertamente parece que tenían un arraigo tan fuerte como el que muestra la «retícula bruñida» y pudieron ser «re-

vividios» en aquella época concreta del Bronce Final, perdiéndose después en la misma medida en que se introducía el «torno policromo» de la Edad del Hierro. Por ello nos sentiríamos tendentes a considerar, siguiendo al profesor Pellicer,<sup>133</sup> que tales cerámicas representaban una variedad provincial del geometrismo que imperaba por aquellos tiempos en determinados ambientes de cultura elevada, en el área mediterránea.

Dentro de la misma perspectiva mediterránea, aunque acaso de acuerdo con otras precisiones cronológicas,<sup>134</sup> se tendrían que contemplar los motivos pintados que aparecen en otras vasijas de Andalucía oriental y del Sudeste,<sup>135</sup> igualmente hechas a mano. Los motivos son geométricos y se disponen a manera de metopas, con trazos de pincel muy finos y observando un gusto notable por la bicromía, lograda principalmente con el color rojo y el amarillo blancuzco. Algunos autores han querido emparentarlos con la cerámica pintada hallstättica del centro de Europa, que a nuestro entender resultan bastante diferentes, tanto en la técnica utilizada como en el estilo de la decoración. El profesor W. Schule, buen conocedor de los dos mundos, el andaluz y el centroeuropeo, refiriéndose a las pintadas que aquí tratamos, las considera como «variantes indígenas de

131. Ver obras citadas en la nota 129.

132. CARRIAZO, *Tartessos y el Carambolo...*, citado.

133. PELLICER, *Las primeras cerámicas a torno pintadas...*, citado, pág. 295; también referencias en J. MALUQUER, *Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos*, en *Primer Symposium de Prehistoria Peninsular*, Pamplona, 1960, pág. 284 ss.

134. Aunque todavía se encuentra sin hacer, un estudio comparativo y estratigráfico de las cerámicas «bruñidas» y «pintadas», hechas a mano, podría aportar interesantes datos para el esclarecimiento de los que pudieran haber sido los prototipos, o por lo menos para saber la evolución estilística, en el caso de que ésta, a partir de un momento de estímulo, hubiese sido estrictamente peninsular.

135. Hasta el presente, salvo determinados motivos geométricos de la cerámica almeriense publicada por Siret y los recientes hallazgos de Los Saladares, los motivos geométricos de las vasijas pintadas aparecen con mayor abundancia en las regiones de Granada y Jaén. Esto puede tomarse, sin embargo, con la debida prudencia. El número y difusión de los hallazgos bien pudiera variar, cuando se intensifiquen los trabajos arqueológicos en los yacimientos apropiados, demostrándose también variedades cronológicas en los motivos.

la cerámica geométrica tartésica»;<sup>136</sup> y ya habíamos visto como las fuentes carenadas que presentan dicha decoración son hermanas de otras sin decorar, que abundan en los estratos del Bronce Final-Hierro Antiguo desde Andalucía oriental hasta el Levante: inexistentes en Centroeuropa.

Para el caso resulta igualmente reveladora la presencia de la llamada «retícula bruñida»,<sup>137</sup> cuya principal difusión se halla delimitada en las zonas del Bajo Tajo y del Bajo Guadalquivir,<sup>138</sup> conociéndose también sus proyecciones hacia Extremadura<sup>139</sup> y también hacia Andalucía oriental.<sup>140</sup>

Es muy importante señalar, de cara a este tipo de decoración bruñida, que sus asociaciones con la cerámica a torno fenicia ocurren en el Bajo Guadalquivir y en Huelva durante el siglo VIII a. de

J. C.,<sup>141</sup> pero que también se había dado, sin cerámicas a torno, asociada con otras cerámicas indígenas, hechas a mano, pintadas con motivos geométricos monocromos, como en el fondo de cabaña de El Carambolo, sin que falten otras confrontaciones materiales, como las de la cerámica «tipo boquique»,<sup>142</sup> que permiten intentar mayores precisiones cronológicas. Ello, al parecer, querría decir que la decoración bruñida, si se compara con el torno fenicio, funcionaba desde mucho antes en Occidente.<sup>143</sup>

Las vasijas con decoración bruñida habían sido confrontadas y a veces identificadas con la cerámica conocida en la época del cobre,<sup>144</sup> cuando no con otras del Hierro Avanzado centroeuropeo,<sup>145</sup> hasta que fueron delimitados sus grupos del Bronce Final,<sup>146</sup> señalándose igualmente paralelos apropiados en Cerdeña<sup>147</sup> y

136. SCHULE, *Tartessos y el Hinterland...*, citado, pág. 28.

137. M. ESTEVE GUERRERO, *Excavaciones en Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez)*, en *Acta Arqueológica Hispánica*, III, 1945.

138. SCHUBART, *Acercas de las cerámicas del Bronce Tardío...*, citado, pág. 172, fig. 13, mapa de distribución, diferenciando los grupos del Guadalquivir y del Tajo.

139. M. DEL AMO, *Cerámicas de «retícula bruñida» en Medellín*, en *XII Congreso Nacional de Arqueología, Jaén, 1971*, Zaragoza, 1973, págs. 375-388.

140. Personalmente conocemos algunos fragmentos en la zona de Jaén y en el Cerro de la Encina (Monachil), todavía inéditos, que habría, en su momento, que sumar a los ya publicados del Cerro del Real (Galera). Igualmente tenemos noticias de hallazgos en la cuenca del Genil, siendo éste el camino de propagación hacia las tierras granadinas (Pinos Puente).

141. SCHUBART, *Acercas de la cerámica del Bronce Tardío...*, citado, págs. 169 ss.; SPINDLER y VEIGA FERREIRA, *Die spätbronzezeitliche Kuppelbau...*, citado.

142. Conocemos la presencia de cerámicas tipo Meseta en la zona de Tarifa (Gibraltar), con lo que los fragmentos del estrato más profundo de Carmona quedan comprendidos en un punto intermedio, como otros que tendrían que existir. Nada tendría de extraño que las gentes de la Meseta hubiesen intercambiado «directamente» sus «productos», llevándose a cambio muchos de los objetos «costeros» y «meridionales» que aparecen «difundidos» hacia las zonas más septentrionales. Esto no contradice, en nada, las posibilidades del «comercio de penetración», organizado en sentido contrario. En las recientes excavaciones de Setefilla (Lora del Río), muchos de los materiales aparecidos permiten admitir intensas relaciones con el mundo extremeño y de la Meseta. En el futuro, la gran «movilidad» de estas actividades a gran alcance, dentro de la Península, tendrán que valorarse muy especialmente para poder comprender en sus justos valores el papel que los comerciantes «costeros» podían haber desplegado.

143. SCHULE, *Die Meseta Kulturen...*, citado, págs. 30 sigs.; ID., *Tartessos y el Hinterland...* citado, pág. 29.

144. Ver por ejemplo A. FURNESS, *Some early pottery of Samos, Kolimnos and Chios*, en *Proceeding of the Prehistoric Society*, n. s., XXII, 1956, págs. 173-212; V. MILOVIC, *Samos, die prähistorische Siedlung unter dem Heraion*, Bonn, 1961; y para las comparaciones peninsulares, BLANCE, *Early Bronze Age Colonist...*, citado.

145. J. DE M. CARRIAZO y K. RADDATZ, *Ergebnisse einer ersten stratigraphischen Untersuchung in Carmona*, en *Madrid Mitteilungen*, t. 2, 1961; también en J. P. GARFIDO, *Excavaciones en la Necrópolis de «La Joya», Huelva*, Excavaciones Arqueológicas en España, t. 71, Madrid, 1970, pág. 75.

146. Esto es lo que puede asegurarse de acuerdo con los estudios más recientes, sin perjuicio de que durante el eneolítico también pudieran haber evolucionado en Occidente otros modelos cerámicos, con el mismo sistema decorativo.

147. SCHUBART, *Acercas de la cerámica del Bronce Tardío...*, citado, pág. 171.

posibles estímulos en algún foco oriental.<sup>148</sup>

A nosotros también nos parecen más apropiados estos últimos criterios, aunque por otra parte no podemos dejar de preocuparnos al observar que la decoración bruñida del Bronce Final coincide *grosso modo*, de una manera bastante curiosa, con aquellas regiones que habían conocido una técnica similar durante la Edad del Cobre: de la que podía haber evolucionado.

De cara a las bruñidas del Bronce Final resulta claro que sus poblados fueron fundados por las gentes de la región, que desde finales del segundo milenio se habrían reorganizado al calor de un nuevo esplendor económico o por otras causas de más profunda significación. En la cuenca del Guadalquivir parece que estos poblados, entre otras cosas, se encargaban de conectar los focos mineros de la Sierra Morena con los emporios costeros del metal, emplazándose equidistantes los unos de los otros y sin dejar de controlar la navegación fluvial.

Por si fuera poco, como ha observado el profesor W. Schule,<sup>149</sup> en lo que se refiere a estos grandes periodos predecesores de la Edad del Hierro, tampoco se conocen las necrópolis correspondientes: como si tal ausencia se debiera a un rito funerario extraño. Si bien no faltan menciones de «cistas» en la provincia de Almería,<sup>150</sup> que todavía no sabemos si decididamente se pueden colocar en el Bronce Final o *dentro del Bronce Final-Hierro Antiguo*,<sup>151</sup> considerando la mención de «incineraciones» expuesta por Siret y recordando las evidencias «orientalizantes» de la cremación bajo túmulos,<sup>152</sup> lo cierto es que son demasiadas las áreas donde continuamos sin evidencias arqueológicas positivas.<sup>153</sup> En Andalucía oriental y en el Sudeste, por ejemplo, resulta mucho más fácil encontrar un poblado del Bronce Final que sus necrópolis. Pero sin extendernos más, parece que todas estas cuestiones (materiales y no materiales) coinciden en un mismo momento: conformándose un fenómeno de suma importancia para la consideración del Bronce Final meridional.

148. Gracias a la amabilidad del Prof. W. Dehn y del Dr. V. Pingel hemos podido palpar algunos fragmentos con decoración bruñida, orientales, depositados en el Seminario de Prehistoria de la Universidad de Marburg, con la sorpresa del gran parecido que presentan con las bruñidas del Bajo Guadalquivir. Dada la gran tradición oriental de esta cerámica, no es de extrañar la confusión en que a veces se ha caído, no faltando las bruñidas antiguas de la Península, a la hora de establecer el asunto de los orígenes.

149. SCHULE, *Tartessos y el Hinterland...*, citado, pág. 28; para problemas algo parecidos, además del descubrimiento de las necrópolis pertenecientes a numerosos poblados del Bronce Final, puede verse H. SCHUBART, *Atalaia*, en *Archivo de Beja*, t. 22, 1965; M. DEL AMO, *Enterramientos en cista de la provincia de Huelva*, en *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*, Madrid, 1975, sobre todo lo dicho en págs. 122-123.

150. SIRET, *Las primeras edades...*, citado, *Qurénima, Barranco Hondo, Caldero de Mojúcar, Parazuelos...*, Sobre este problema relacionado con incineraciones hace falta excavar nuevas necrópolis que confirmen rotundamente la existencia de tal «rito», así como la fijación cronológica de dichas tumbas.

151. ARTEAGA, *El problema de las incineraciones...*, citado, donde se abunda en detalles. En recientes prospecciones realizadas entre la zona del Golfo de Almería y del Almanzora, hemos podido localizar varios yacimientos del Bronce Final y recoger en superficie cerámica a torno, con tipología fenicia. En algunos sitios hemos conocido la presencia de «cistas», al lado de las áreas pobladas, puestas al descubierto por rebuscas modernas. Por sus características son similares a las publicadas por Siret. Este dato, de importancia relevante, corrobora plenamente la existencia de un Bronce Final en el área del Argar, acaso con una personalidad un poco diferente de las que presentan los yacimientos postargáricos del *hinterland*, según podemos sospechar por la cerámica recogida en superficie. Para poder hacer una concordancia o discordancia entre las cerámicas a torno y los *origenes* o *desarrollos* de estas necrópolis, de una manera decisiva, la estratigrafía horizontal y, por ello mismo, la excavación metódica de algunas de ellas resulta fundamental, pudiendo ser algunas del Bronce Final.

152. Si los poblados de Bajo Guadalquivir contaban con una necrópolis de «incineración», no cabe duda de que éstas reflejaban un «rito» parecido al de la época del «torno» fenicio. Por ello, mientras que la muestra era indígena, el rito habría que discutirlo con relación al asunto de las dataciones mediterráneas.

153. SCHULE, *Tartessos y el Hinterland...*, citado, pág. 28.

Y vistas así las cosas, en lo que se refiere a las relaciones de fines del segundo milenio y principios del primero, un asunto parece claro: las corrientes culturizantes del Mediterráneo oriental, acaso después de un cierto colapso, motivado por las alteraciones ocurridas en las principales áreas del «mundo micénico»,<sup>154</sup> se habían reanudado con la Península de manera potente.

Como ya defendiera el profesor A. Schulten,<sup>155</sup> aunque sin tener que extremar la aceptación de todos sus criterios,<sup>156</sup> parece que la reanudación de aquellas relaciones pudiera haber colaborado en la consolidación de la gran cultura tartésica<sup>157</sup> y, de alguna manera más débil, en la de otras que florecieron en regiones vecinas.

Por otra parte, frente a las justas pro-

habilidades que pudieran haber tenido las relaciones transpirenaicas, como portadoras de elementos emparentados con la cuestión indoeuropea, hacia las tierras de la Meseta y del Occidente extremo de la Península,<sup>158</sup> tampoco queremos negar definitivamente la posibilidad de que muchos de estos elementos, como parecen requerir algunas explicaciones lingüísticas, hubieran venido realmente desde el Oriente mediterráneo, aventurándose hacia las comarcas atlánticas en tiempos «prefenicios», después de haber tenido en sus lugares de origen derivaciones etnológicas del continente euro-asiático;<sup>159</sup> mientras que de igual manera nos cuidamos en guardar un voto de prudencia, en razón de aquellos grandes contactos que se llevaban a cabo, en las mismas fechas y hacia idénticos predios, partiendo mu-

154. Sobre problemas cronológicos y culturales del «mundo micénico» o «época micénica», entre muchos otros puede verse en A. FURUMARK, *The chronology of Mycenaean pottery*, Estocolmo, 1941; T. J. DUNBABIN, *Minos and Daidalos in Sicily*, en *Papers of the British School at Rome*, t. 16, 1948; A. WACE, *Mycenae*, Princeton, 1949; A. FURUMARK, *The settlement of Ialysos and the Aegean History*, en *Institutum Romanum Regni Suecia*, en *Opuscula Archaeologica*, t. 6, Lund, 1950, págs. 150-271; L. BERNABÓ BREA, *La Sicilia Prehistórica y sus relaciones con Oriente*, en *Ampurias*, XV-XVI, 1953-1954, págs. 187 ss.; G. E. MYLONAS, *Ancien Mycenae. The Capitale City of Agamemnon*, Princeton, 1957; W. TAYLOR, *Mycenaean Pottery in Italy and adjacent areas*, University Press, Cambridge, 1958; D. H. TRUMPH, *The Apennine Culture of Italy*, en *Proceedings of the Prehistoric Society*, n. s., t. 24, 1958, págs. 165-200; V. R. DESBOROUGH, *The Last Mycenaean and their Successors*, Oxford, 1964; H. SCHUBART, *Mediterrane Beziehungen...*, citado, con interesantes puntos de vista.

155. A. SCHULTEN, *Tartessos*, Madrid, 1921 (nuevas ediciones en 1945 y en 1972).

156. Creemos necesario puntualizar que, personalmente, no podemos confrontar nuestras deducciones con las teorías del profesor Schulten más que desde un punto de vista arqueológico, dadas nuestras limitaciones en materia lingüística. Sin embargo, como apuntábamos en notas anteriores, creemos que las líneas fundamentales del pensamiento de este investigador aportan mejores soluciones con relación a las «huellas» de lo indoeuropeo en Occidente (desde fechas bastantes antiguas) que las mantenidas en razón de caminos continentales, es decir, transpirenaicos. No hay que olvidar tampoco el hecho de que algunos investigadores hayan sospechado posibles conexiones entre las cuestiones «indoeuropeas» y ciertas relaciones del megalitismo y de la Edad del Bronce Antiguo y Medio.

157. Ver en general las *Actas del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Jerez, 1968*, Barcelona, 1969, salvo contados casos lo «tartésico» se trata de relacionar con lo «orientalizante». Existiendo, como aquí nos esforzamos en señalar, una «entidad cultural» precedente (hallazgos materiales, problemas espirituales reflejados en necrópolis, cuestiones de urbanismo dadas por los poblados, actividades económicas externas e internas, cuando no también los asuntos de lengua y escritura), no podemos comprender que «Tartessos» sea meramente lo «orientalizante». Lo orientalizante es para nosotros una etapa más de lo tartésico, pensando en las raíces del poblamiento y no en la raíz del nombre «Tartessos».

158. Frente a otras opiniones contrarias ver por ejemplo: E. SANGMEISTER, *Die Kelten in Spanien*, en *Madridrer Mitteilungen*, t. 1, 1960; págs. 75-100; PELLICER, *Las primeras cerámicas a torno...*, citado, pág. 296; M. E. AUBET, *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, Barcelona, 1975. Ver lo dicho *supra*, nota 156.

159. Junto con otras posibilidades tratadas por los lingüistas y ciertos elementos materiales, vale la pena recordar que el rito de la incineración, con los consiguientes problemas espirituales que comporta, se propagó también hacia el Oriente mediterráneo desde el continente.

chas veces desde las costas del septentrión europeo.<sup>160</sup>

Es decir, que mientras no se demuestre lo contrario, nosotros también creemos que los caminos marítimos deberían discutirse como igualmente válidos; y no solamente las posibilidades de la ruta continental transpirenaica, tan exagerada en tantos aspectos, aunque en ningún caso excluyente.

Tal vez así contemos con nuevos recursos para explicar el origen de muchos de los nombres que transmiten las fuentes escritas, localizados en el extremo occidental de la Península, sin que acaben de aparecer por ningún lado las evidencias materiales que los conecten dependientemente con las culturas del Nordeste. Porque así, ciertamente, no existiría contradicción al sospechar que un «símbolo» como el nombre del rey tartésico Argantonios pudiera haber tenido otros abuelos.

Pero después de todo lo dicho, lo que sí podemos considerar claro es que existía un grandioso desarrollo occidental, antes de que se desarrollaran las fases

más antiguas del llamado período orientalizante, que se ha venido despejando gracias a los estudios realizados por A. Blanco,<sup>161</sup> J. Maluquer,<sup>162</sup> A. García Bellido,<sup>163</sup> E. Cuadrado,<sup>164</sup> E. Kukahn,<sup>165</sup> J. M. Blázquez,<sup>166</sup> J. de M. Carriazo,<sup>167</sup> M. Almagro,<sup>168</sup> etc., y por ello mismo coincidente con el apogeo del mundo «geometrizable» que imperaba en la cuenca mediterránea.<sup>169</sup>

Y mientras aquellos estímulos se parcializaban con mayor fuerza hacia Andalucía, encontramos el marco apropiado para considerar, hacia las tierras del Sudeste, el desenvolvimiento del período que habíamos hecho comenzar después del «postargar» y que considerábamos Bronce Final.

Por ello, si sumamos ahora todo lo dicho, con relación a los contactos mantenidos por el Sudeste, después del apagamiento argárico, habremos completado las comparaciones interiores y exteriores que hacían falta, para poder calibrar el papel que jugaba nuestra región, de cara a los marcos más amplios de la panorá-

160. ARTEAGA, *El problema de las incineraciones...*, citado, donde tratamos los asuntos de la relación atlántica paralela y precedente.

161. A. BLANCO FREIJEIRO, *Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península*, en *Archivo Español de Arqueología*, t. 29, 1956; ÍD., *Joyas antiguas de la colección Calzadilla*, en *Archivo Español de Arqueología*, t. 30, 1957, págs. 121 y ss.

162. J. MALUQUER DE MOTES, *De metalurgia tartésica: El Bronce Carriazo*, en *Zephyrus*, t. 7, 1957, páginas 157 ss.; ÍD., *Un interesante lote de bronce hallados en el castro de Sanchorreja (Ávila)*, en *Zephyrus*, t. 8, 1957, págs. 241 ss.; ÍD., *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco*, Salamanca, 1958, págs. 111 ss., lámina XXIII, etc.

163. A. GARCÍA BELLIDO, *Materiales de arqueología hispano-púnica: Jarros de bronce*, en *Archivo Español de Arqueología*, t. 29, 1956, págs. 65 ss.; ÍD., *Inventario de los jarros púnico-tartésicos*, en *Archivo Español de Arqueología*, t. 33, 1960, págs. 44 ss.; ÍD., *Los bronce tartésicos*, en *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez, 1968, Barcelona, 1969, págs. 165 ss.

164. E. CUADRADO, *Los recipientes rituales metálicos llamados «bracerillos» púnicos*, en *Archivo Español de Arqueología*, t. 29, 1956, págs. 32 ss.; ÍD., *Repertorio de recipientes rituales metálicos con «asas de manos» de la Península Ibérica*, en *Trabajos de Prehistoria*, t. 21, Madrid, 1966.

165. E. KUKAHN y A. BLANCO, *El tesoro de «El Carambolo»*, en *Archivo Español de Arqueología*, t. 33, 1959, págs. 38 ss.; E. KUKAHN, *Phönikische und Iberische Kunst*, en *Propyläen Kunstgeschichte*, Berlín, 1967.

166. J. M. BLÁZQUEZ, *Joyas orientalizantes del Museo Arqueológico Nacional de Madrid*, en *Zephyrus*, t. 14, 1963, págs. 5-15; ÍD., *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1968.

167. J. DE M. CARRIAZO, *El tesoro y las primeras excavaciones en el Carambolo (Camas - Sevilla)*, *Excavaciones Arqueológicas en España*, t. 68, Madrid, 1970; ÍD., *Tartessos y el Carambolo...*, citado.

168. M. ALMAGRO, *Los thymateria llamados candelabros de Lebrija*, en *Trabajos de Prehistoria*, t. 13, Madrid, 1964.

169. En prensa un trabajo relacionado con este tema en particular, que dada su extensión no ha podido ser incluido aquí. Aparecerá en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*.

mica peninsular, transpirenaica, mediterránea y atlántica. Son cuatro factores muy importantes a la hora de explicar los desenvolvimientos complejos que desembocan en la protohistoria que nos ocupa.

Podemos entonces resumirlo todo diciendo que a partir de la etapa postargárica, tanto en el Sudeste como en Andalucía oriental, se comenzó a dibujar un mosaico de localismos, como los que ahora se observan en Monachil, Cerro del Real, Cabezo Redondo, Fuente Álamo, etcétera, mientras que los focos culturales más occidentales crecían en importancia.

Desde los mismos momentos en que ocurría una cierta equiparación con la otrora floreciente Cultura del Argar, los citados focos occidentales desarrollaban una prosperidad económica creciente, siendo por ello explicable la mayor polarización de las actividades marítimas hacia el atlántico, poniéndose en valor un gran incremento de las actividades mineras, y sobre todo las fundamentadas en la mayor explotación de la plata, del cobre, del oro y del estaño.

Así se comprende que el Occidente extremo hubiese alcanzado un florecimiento tan brillante, entrando con tan buen pie en el Bronce Final, mostrando un esplendor solamente comparable al que habían tenido aquellos mismos territorios en la Edad del Cobre.<sup>170</sup>

Por todo ello, durante el Bronce Final no tendríamos inconveniente en admitir

una cierta «pervivencia» debilitada hacia el Sudeste, que solamente volvería a surgir con brillo cuando las rutas interiores de Andalucía fueron dejando de estar controladas por el comercio tartésico y se fomentó el de los fenicios, poniéndose también en valor la concentración de mineral de hierro que existe entre Cartagena y Sierra Nevada.

Pero antes de que esto ocurriera tampoco veríamos difícil de aceptar, por las mismas razones antes expuestas, que las principales secuelas socioeconómicas del Bronce Tardío occidental se hallaran en ambientes como los del Bajo Guadalquivir, precisamente porque durante el Bronce Medio se habían mantenido latentes.<sup>171</sup> En tal forma tampoco extraña que desde el Bronce Tardío las relaciones internas de la Península se hubiesen entrecruzado de una manera diferente, comparadas con las de la época anterior, cuando en su mejor parte se canalizaban desde los focos del Sudeste.<sup>172</sup>

No cabe duda de que los polos económicos en el pequeño continente, como también ocurría en diversas partes de Europa, se habían comenzado a manejar de otra manera. En mucho habían cambiado los protagonistas, en no poco los escenarios y motivaciones implicadas, y por ello mismo las cuestiones resultantes.

La Baja Andalucía es sin duda uno de los mejores ejemplos con que contamos. Después de cobrar una nueva fuerza, en torno al cambio de milenios, sus gentes fueron invirtiendo ciertos términos, lle-

170. En relación con las cuestiones dependientes de la metalurgia, ver por ejemplo SANGMEISTER, *Metalurgia y comercio del cobre...*, citado; págs. 138-139.

171. ARTEAGA, *El problema de las incineraciones...*, citado, donde se valoran algunos aspectos importantes de la tradición «eneolítica».

172. Para las relaciones peninsulares en la época del Argar ver TARRADELL, *La Península Ibérica en la época del Argar...*, citado; SANGMEISTER, *Metalurgia y comercio del cobre...*, citado; F. NUNES RIBEIRO, *O Bronze Meridional Portugues*, Beja, 1965; H. SCHUBART, *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*, Madrider Forschungen, t. 9, Berlín, 1974.

gando a proyectarse con fuerza hacia otras regiones.<sup>173</sup>

Tan grande hubo de ser el poder alcanzado que lejos de actuar solamente sobre un cañamazo indígena tradicionalmente relacionado, como habría sido el que se hallaba en Extremadura,<sup>174</sup> lo acabaron haciendo también sobre ciertas poblaciones del Este andaluz y del Sudeste. Es decir, sobre aquellos ambientes regionales que anteriormente habían visto el desarrollo de una potencia económica más elevada, representada por la expansión argárica desde las tierras murciano-almerienses, mientras que las citadas gentes del Bajo Guadalquivir y zonas limítrofes pervivían con una fuerza menor, en apariencia.<sup>175</sup>

Para terminar, de cara a la estructuración cronológica del Bronce Final-Hierro Antiguo, creemos que es sumamente importante que se comiencen a confrontar los diferentes esquemas estratigráficos, desde la Baja Andalucía hasta

los del Sudeste, puesto que ciertamente sus siglas no resultan en extremo coincidentes. No se puede intentar una denominación general de los diversos períodos si primero no se establecen las equivalencias estratigráficas.

Por ello creemos que en el futuro más inmediato se tendrían que revisar más a fondo los problemas concretos del agotamiento y transformación de la cultura argárica, como hemos venido insinuando en trabajos precedentes,<sup>176</sup> utilizando al máximo los resultados tipo Monachil II-A - II-B<sup>177</sup> y Cabezo Redondo,<sup>178</sup> al tiempo que se intensifican las excavaciones en yacimientos de esta etapa, que no faltan en las tierras murcianas y almerienses,<sup>179</sup> como igualmente las de otros poblados con secuencias algo más avanzadas, tipo Cerro del Real y Los Saladares.

Pero desde una consideración más amplia, e incluso, aunque nos hubiésemos equivocado en la manera de cotejar

173. Según la interpretación tradicional, comprobada por la arqueología, el «reino de Tartessos» mantenía relaciones marítimas, pero también de tipo terrestre. Estas últimas se alargarían hacia el Noroeste por Extremadura y hacia el Sudeste a través de Andalucía oriental, afectando también a la Mancha.

174. Los principales focos de «lo tartésico» florecen en territorios con enorme tradición «eneolítica». Dadas las estrechas relaciones que la región del Golfo de Cádiz parece haber mantenido hacia Extremadura (G. y V. LEISNER, *El Guadalperal*, en *Madrider Mitteilungen*, t. 1, 1960) y las grandes perduraciones que también existieron en la zona intermedia (Andalucía-Guadiana-Tajo) de las rutas hacia el Noroeste y parte septentrional de la Meseta (H. SCHUBART, *Tholos-Bauten von Colada de Monte Nuevo bei Olivenza, Badajoz*, en *Madrider Mitteilungen*, t. 14, 1973, págs. 11-40; SPINDLER y VEIGA FERREIRA, *Die spätbronzezeitliche Kuppelbau...*, citado, para la zona del Bajo Tajo) nada tendría de extraño que las relaciones externas de «lo tartésico» se llegasen a descubrir, como muy antiguas, en poblados y necrópolis semejantes. En todo caso, no cabe duda que las relaciones entre Tartessos y Extremadura continuaban frecuentando una ruta abonada por gentes de tradición parecida.

175. Resulta sumamente importante recordar que todavía no se ha esclarecido totalmente la manera como finalizó o se transformó la gran fuerza cultural implicada en los *dólmenes* de Antequera, ni la estructura socioeconómica que ellos reflejaban, en la misma frontera donde veríamos detenerse el fenómeno de las poblaciones culturizadas por el Argar y comenzaban a difuminarse hacia Occidente los estímulos de esta gran cultura. Las perduraciones del megalitismo, en la región situada entre Antequera y la Sierra Nevada (donde creemos poder percibir un fenómeno que en lo futuro habría que subrayar con énfasis) pueden rastrearse en Bermejales (A. ARRIBAS y J. M. SÁNCHEZ DEL CORRAL, *La necrópolis megalítica del Pantano de Los Bermejales*, en *XI Congreso Nacional de Arqueología, Mérida, 1968*, Zaragoza, 1970, pág. 291).

176. ARTEAGA y SERNA, *Die Ausgrabungen...*, citado; ÍD., *Los Saladares 71...*, citado.

177. La denominación de estas fases en Monachil es provisional. Por ahora nos referimos a la secuencia presentada en ARRIBAS, PAREJA, MOLINA, ARTEAGA y MOLINA, *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce Cerro de la Encina...*, citado.

178. Según comunicación oral de don José María Soler García, el trabajo general sobre Cabezo Redondo se encuentra finalizado desde hace varios años, esperando que alguna revista especializada se quiera hacer cargo de su publicación.

179. En noticia aparte esperamos dar a conocer varios fragmentos cerámicos, recogidos en prospecciones realizadas en la provincia de Almería.

los datos existentes, parece que la problemática protohistórica de la Península siempre podrá encontrar correspondencias cronológicas con Oriente. Es decir, desde la caída de Troya,<sup>180</sup> pasando por la época oscura de los asuntos «submicénicos», hasta empalmar con los períodos geométricos y orientalizantes. Y éste resulta, a

fin de cuentas, el mismo esquema relativo que han invocado los prehistoriadores suecos,<sup>181</sup> alemanes,<sup>182</sup> ingleses,<sup>183</sup> etc., para elaborar los propios esquemas del Bronce Tardío y Final europeo, y muchas veces para regiones que no tenían un contacto con las aguas mediterráneas, tan directo, como las costas de la Península Ibérica.

#### X. CONSIDERACIONES ACERCA DE UNA POSIBLE CRONOLOGÍA RELATIVA DEL BRONCE TARDÍO Y FINAL EN LA VEGA BAJA DEL SEGURA

Si bien es verdad que en las décadas precedentes, al buscar la sistematización de un cuadro cronológico referente al Bronce Final, parecía necesario acudir a las dataciones relativas en gran parte dependientes de las que se obtenían en Centroeuropa, ya que los datos que podían conducir a resultados más precisos, como aquellos procedentes del Mediterráneo, cuando no eran inexistentes se consideraban insuficientes o se atribuían a gentes y pueblos que no habían motivado su origen, hoy sin embargo creemos que los aportes continuos de la arqueología están suministrando unas bases cada vez

más sólidas, tanto para apoyar atribuciones verídicas como para intentar la estructuración de unas cronologías propias de la Península. Siendo conscientes de que muchas veces el proceso de la investigación no se debe elevar a la categoría de una verdad definitiva, sin contar con seguridades absolutas, porque con ello lo que se hace es confundir tal proceso con la realidad histórica buscada, no queremos sin embargo terminar el presente estudio sin aventurar, por lo menos, un nuevo esquema de cronologías relativas a la región del Bajo Segura, susceptible de necesarias mejoras (fig. 33). Así

180. Para los problemas cronológicos y las discusiones (generalmente centradas entre 1200-1100 a. de J. C.) sobre la caída de Troya puede verse, entre muchos otros: W. DÖRPFEL, *Troya und Ilion*, Atenas, 1902; C. W. BLEGEN en su conocido trabajo cronológico de los *Proceedings of the Prehistoric Society*, 1938, págs. 321 ss.; C. F. S. SCHAEFFER, *Stratigraphie comparée et chronologie de l'Asie occidentale (III et II millénaires)*, Londres, 1948; BLEGEN, BOULTER, CASKEY y RAWSON, *Troy*, University Press, vol. IV, Princeton, 1958; D. PAGE, *The historical sack of Troy*, en *Antiquity*, t. 33, 1959, págs. 25-31; C. NYLANDER, *The fall of Troy*, en *Antiquity*, t. 37, 1963, págs. 6-11; C. W. BLEGEN, *Troy and the Trojans*, Londres, 1963.

181. O. MONTELIUS, *Om tidsbestämning inom bronsåldern*, Estocolmo, 1885; ÍD., *Die Vorklassische chronologie italiens*, Estocolmo, 1912; ÍD., *La grèce préclassique, 1924-1928*; N. ABERG, *Bronzezeitliche und Früheisenzeitliche chronologie*, III-IV, Estocolmo, 1935, etc.

182. P. REINECKE, *Zur chronologie der zweiten hälfte des Bronzealters in süd und Norddeutschland*, en *Korr. Bl. Anthr. Eth. Urg.*, t. 33; ÍD., *Altertümer unserer heidnischen vorzeit*, en *Römisch-Germanischen Centralmuseums Mainz*, t. 5, 1911; W. KIMMIG, *Die Urnenfelder-Kultur in Baden*, en *Römisch-Germanische Forsch.*, t. 14, Berlín, 1940; H. MULLER-KARPE, *Beiträge zur Chronologie der Urnenfelderzeit nördlich und südlich der Alpen*, Berlín, 1959, etc.

183. V. G. CHILDE, *The Danube in Prehistory*, Oxford, 1929; ÍD., *The orient and Europe*, en *American Journal of Archaeology*, t. 44, 1939, págs. 10-66; ÍD., *La última edad del bronce en el Próximo Oriente y en Europa central*, en *Ampurias*, XIII, 1951, págs. 5-34; C. F. C. HAWKES, *Chronology of the Bronze and Early Iron Ages, Greek, Italian and Transalpine*, en *Atti*, I, C.I.P.P.M., págs. 256-264; C. F. C. HAWKES, *From Bronze Age to Iron Age: Middle Europe, Italy and the North and West*, en *Proceedings of the Prehistoric Society*, n. s., XIV, 1948, págs. 196-218; C. F. HAWKES, *Ensayo de cronología hallstättica, Italia, Europa central y occidental*, en *Ampurias*, IX-X, 1947-48, págs. 21-33.

pues, sin dudar que la futura investigación propiciará mejores avances en el conocimiento de los problemas que aquí planteamos, creemos que la equiparación cronológica del Levante meridional y de una gran parte del Sudeste, en relación con el proceso protohistórico mediterráneo, puede irse revisando de la siguiente manera:

#### BRONCE TARDÍO

Como una nueva fase o como una evolución posterior al florecimiento pleno de la Cultura del Argar y, por ello mismo, temporalmente «postargárica» y abierta cada vez más a la aceptación de nuevos estímulos. El comienzo efectivo de este período, sin que por ahora podamos atender a sus posibles subdivisiones, podría colocarse a partir de un momento situado entre los años 1300-1200 a. de J. C., o cuando menos desde el siglo XII a. de J. C. en adelante. Su desenvolvimiento coincidiría, en buena parte, con la etapa que hacia el Oriente mediterráneo se denomina «submicénica», completándose con un desarrollo conducente al «mundo geometrizable occidental», que algunos investigadores prefieren llamar «etapa precolonial».

De esta manera el final del apogeo argárico y el rompimiento posterior de su unidad cultural coincidirían, en un principio, con el apagamiento de todo un ciclo económico y cultural, que había florecido en Europa y en el Mediterráneo como propio del Bronce Medio, dando paso al Bronce Tardío (la época oscura).

#### BRONCE FINAL

Con un tope cronológico inicial que serviría, al mismo tiempo, para fijar su límite temporal con la etapa anterior: a principios del último milenio. Acaso una fechación aproximada al siglo IX a. de J. C., si no al siglo X, pudiera ser la acertada, aunque aquí tendríamos que buscar unas evidencias de mayor precisión, que en los estratos de Los Saladares por ahora se nos escapan.

En esta nueva etapa se continuarían desarrollando los caracteres de la cultura «postargárica» y se comenzarían a establecer importantes relaciones con la Baja Andalucía, mientras que los materiales «tipo Cogotas Antiguas» que llegaban a la región se iban difuminando.

El peso mayor de las relaciones con la Baja Andalucía y, en definitiva, con Tartessos, parece haber coincidido con un momento en que las tierras del Bajo Guadalquivir y de Huelva desarrollaban un período geométrico.

Después tenemos que considerar que mientras la Baja Andalucía entraba en una primera etapa del Hierro Antiguo en el Sudeste, en cambio, nos encontramos con un momento avanzado del Bronce Final: con un retardamiento.

El tope cronológico de nuestro Bronce Final viene dado por la intensificación de las evidencias fenicias, que se notan en la Vega Baja del Segura<sup>184</sup> a partir de los años 725/700 a. de J. C. poco más o menos.<sup>185</sup>

184. Es de esperar que las investigaciones en los territorios que se abren a la cuenca del Almanzora y a la costa de Cartagena ofrezcan estratificaciones similares a la de Los Saladares, para poder concluir un esquema cronológico más apropiado.

185. Un trabajo referido a Tartessos y a la problemática «orientalizante» en la Península Ibérica que no pudo ser incluido en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, n.º 1, 1976, por falta de espacio, ha sido reservado para el segundo número de esta revista.

## HIERRO ANTIGUO DEL BAJO SEGURA

Esta última época, comenzando a partir de 725/700 a. de J. C. marcaría el fin del Bronce Final propiamente dicho y culturalmente significaría en el Bajo Segura *el desarrollo* de una etapa protoibérica. Cronológicamente correría paralela con un primer período orientalizante occidental (Orientalizante I, 750-675 a. J. C.).

Si en la etapa anterior los progresos occidentales llegaban al Sudeste muchas veces mediatizados por el imperio tartésico, a partir de ahora comienzan a presionar los fenicios de una manera más directa. Es decir, jugando un papel más relevante, convirtiéndose sus relaciones en un gran beneficio para los procesos culturales de la región.

El final de esta gran etapa protoibérica lo hemos colocado con el comienzo del Horizonte Ibérico Antiguo. Es decir, alrededor del año 600 a. de J. C. o muy a principios del siglo VI a. de J. C., no contando

por ahora con otras evidencias que nos obliguen a rebajar esta datación relativa (fig. 33).<sup>186</sup>

En el mejor de los casos, la aceptación de unos topes cronológicos más absolutos creemos que serviría, muy bien, para matizar la mayor o menor duración de cada uno de los períodos citados, como también para intentar una subdivisión de los mismos.<sup>187</sup>

Pero mientras tanto, en espera de que nuevas estratificaciones vengán a facilitar ese propósito, queremos desear que nuestro primer «Estudio Crítico» sea en alguna manera constructivo,<sup>188</sup> esperando que la problemática observada en torno a los estratos más antiguos de Los Saladares pueda servir para abrir nuevas perspectivas a la investigación, en beneficio de un mejor conocimiento del Bronce Tardío y Final en el Sudeste y Levante meridional y, de una manera más general, en bien del avance de su estructuración en la Península Ibérica.<sup>189</sup>

186. Para algunas cuestiones de cronología relativa de nuestro Horizonte Ibérico Antiguo puede verse lo dicho en ARRIBAS y ARTEAGA, *La factoría fenicia de la desembocadura...*, citado, donde se intenta expresar que para la época de Guadalhorce II (fechado a partir de 575 a. de J. C. más o menos), muchas cerámicas fenicias con tipología «antigua» habían desaparecido. Dentro de ellas se citan determinados tipos de ánforas, algunas cerámicas grises, las jarras, oinochoes y ciertas lucernas, de la cerámica de barniz rojo, como también contadas formas de la cerámica policroma. En Los Saladares, las cerámicas fenicias continuaban apareciendo hasta la fase II-A de lo Ibérico Antiguo, cortándose después repentinamente. No existe en Los Saladares, desde esta fase, una continuidad del «barniz rojo» como vemos en Andalucía a partir de principios del siglo VI a. de J. C. Y dado que las últimas importaciones de Los Saladares alternaban en su fase II-A con las cerámicas a torno del yacimiento, si trasladamos las cronologías relativas del fenómeno de Guadalhorce, no cabe duda de que «lo ibérico» existía en la Vega Baja del Segura alrededor del 575 a. de J. C.

187. Siguiendo el proceso gradual de la investigación en el desarrollo del presente trabajo solamente hemos intentado comparaciones muy generales. Un ejercicio de estratigrafía comparada, que a nuestra manera de ver pudiera ser el próximo cometido, no podría establecerse hasta que no contásemos con secuencias válidas, a todo lo largo de la costa mediterránea. Un tercer paso quedaría, en definitiva, abocado al esclarecimiento de las cronologías interiores, puesto que las mismas siempre dependen de los resultados costeros.

188. Como habíamos anunciado en trabajos precedentes, el presente estudio será completado por otros relacionados con cada una de las fases culturales propuestas en nuestra memoria oficial, a las cuales habremos de revisar cronológicamente, en consecuencia con las dataciones que hemos asumido en el presente trabajo (ver fig. 33).

189. Ofrecemos el cuadro cronológico de la figura 33 en sustitución del anteriormente publicado en ARTEAGA-SERNA, *Los Saladares*, 71, citado, *supra*, nota I, pág. 82, fig. 12. En el cuadro que aquí presentamos quedan solamente revisadas las fases protohistóricas del yacimiento.